



Retrato al óleo, por JOSE SABOGAL

ALBERTO HIDALGO

JARDIN ZOOLOGICO

(SE PROHIBE LA ENTRADA A LOS MENORES DE EDAD)

JARDIN ZOOLOGICO



Obras de Hidalgo:

Arenga Lírica al Emperador de Alemania.
Otros Poemas.—1916.

Panoplia Lírica, (versos).—1917.

Hombres y Bestias, (crítica).—1918.

Las Voces de Colores, (versos).—1918.

Jardín Zoológico, (prosas).—1919.

Ladislao, el Guardador, (novela).—Lista para
la prensa.

La Sombra de Hércules, (epopeya).—En pre-
paración.

Los Grandes Poetas Nuevos de América,
(crítica).—En preparación.

ALBERTO HIDALGO

JARDIN ZOOLOGICO

Política. Historia. Humorismo. Poesía. Crítica.

Otros géneros. - Panfletos, elogios, crónicas,
cartas, versos, pensamientos, notas, aforismos, anécdotas, paisajes.



AREQUIPA - PERU

1919

Es propiedad reservada.
Queda absolutamente prohibida
la reproducción, aunque sea frag-
mentarla, de este libro.

TIP. QUIROZ PEREA - CALLE PERU 210

Al

doctor M. Lino Urquieta, espíritu ayer todo fuego, hoy tranquilo y apacible como agua de manantial; este libro violento y rugidor como volcán andino, CONSAGRO.

A. H.

PROLOGO

Casi todos los autores forman un plan antes de escribir un libro. Otros recogen sus diversos trabajos diseminados en periódicos y forman sus volúmenes. Por éste pudiera parecer que pertenezco a los segundos. Sin embargo, Jardín Zoológico obedece a un programa concebido antes de escribir las primeras cuartillas. Mi plan fué hacer un libro que no tuviera plan. Perdón por la paradoja. Las obras que tratan de un solo asunto, salvo raras

excepciones, se hacen pesadas para los lectores. Las amenas son generalmente las que no tienen unidad, aparte la espiritual, que la imprime el propio autor sin darse cuenta quizás y por muy antagónicos, complejos o varios que sean los motivos de sus producciones. Este pretende ser un libro ameno.

En Jardín Zoológico aparecen algunos de mis trabajos publicados en periódicos; pero la mayor parte de los artículos que lo integran son inéditos. Notas de crítica literaria, versos, crónicas, panfletos fulminantes, elogios mesurados, fragmentos de un diario íntimo; aquí hay de todo, como en botica.

Necesito explicar el tono, acaso bastante agresivo, de este libro, y, en general, de toda mi obra literaria. Al-

guna vez una amiga me preguntó:
"Hidalgo, ¿por qué es usted así?"
Aquí tiene la respuesta. Yo escribo
versos cuyos ritmos están acordes unas
veces con el vaivén casi bíblico de los
prados nativos y otras con el galope
tendido de los vientos que quizá arran-
caron las riendas en un espasmo pú-
gil. En este rincón de América en
que nací y aún vivo, hay un volcán
que cuando ruge parece un mar en
tempestad. Aquí la tierra tiene tem-
blores que se me antojan estremecimien-
tos de hembra necesitada. Aquí hay
un río pequeñín y pobre, pero formi-
dablemente bullicioso porque arrastra
entre sus aguas piedras como cabezas
de titanes, que, al caer de hueco en
hueco, dan la impresión de que un
niño antojadizo las arrojase unas con-

tra otras para alborotar con su ruido a los carneros de un redil. Como ese volcán, como esa tierra y como ese río son mis versos. Y como son mis versos es mi prosa. ¿Qué mucho, pues, que entre renglón y renglón aparezcan de cuando en cuando vocablos que tiran de espaldas al lector timorato?

He, felizmente, conseguido el mayor triunfo a que puede aspirar un hombre libre: que los pulidos no me lean. Todos esos hombrecitos que se persignan ante un vocablo viril, están orgánicamente predispuestos a bañarse en las nefastas aguas de Sodoma. Por eso yo sé que esos buenos homosexuales que fundan partidos ultranapolitanos (1)—este vocablo es de mi invención; pido patente—, no han de leer este

(1) Conste que no aludo a Riva Agüero y sus secuaces.

libro. Si no fuera de mal gusto, de buena gana pondría bajo el título Jardín Zoológico estas tres palabras que les harían correr, como a toreros cobardes las astas de un toro: sólo para hombres.

Naturalmente, este libro, como todos los míos, va a provocar una algarazara fenomenal. Huelga decir que en mi país será donde más se me insulte y donde más se pretenda desconocer los méritos de Jardín Zoológico. Ya me parece oír la grito tinterillezca de mis compatriotas. ¡Pobres paisanos míos! Cuando se ponen a hablar parece como que millares de borricos estuviesen rebuznando. ¡Qué desdichado país el Perú! Nada tenemos, nada somos, nada valemos. Nuestros políticos son patricidas; nuestros mé-

dicos, asesinos; nuestros abogados, ladrones; nuestros ingenieros, farsantes; nuestros literatos, plagiarios; nuestros comerciantes, rateros. ¡Ni maridos hay en el Perú: casi todos son cornudos! ¡Qué desventura!

A mí, porque soy distinto de ellos, tratarán de embestirme. El que yo llame las cosas por sus nombres es lo que más les indignará. Pero no podré nunca evitar esta indignación, porque para eso tendría que dejar de ser sincero. Y yo soy sincero hasta conmigo mismo, con una sinceridad casi salvaje. Las cosas las digo en bruto, tal como las piensi. Por eso, muchas veces, en mis escritos, asoman unas expresiones...

Allá va, pues, este libro a provocar las cóleras de estos antropopitecos res-

tidos a la moderna que son los peruanos. Chillen los unos, rujan los otros; mi orgullo me pone tan por encima que les creeré hormigas jugando en las melenas de un león. Y luego, para que, por asociación de ideas y semejanza de resultados, se den cuenta de lo que son las cataratas del Niágara, me orinaré en sus opiniones...

P. C. Nün

POLITICA

AUGUSTO DURAND

El señor Durand es jefe del partido político más populoso del Perú. Conste, de pasada, que los partidos políticos del Perú me dan asco. No pertenezco a ninguno, y de ello me enorgullezco. Para poder hablar de los políticos de mi país creo tener la suficiente independencia y el bastante orgullo interior que no me permitan decir mentira donde debe alzarse una verdad como un puño solemnemente erguido en las entrañas de la noche nacional.

Hoy día quiero resbalar la mirada sobre el panorama de la política peruana, deteniéndome principalmente sobre sus hombres. Mas quiero confesar, don Juan, primero, —pobre Argensola— que no llevo al hacerlo ningún fin premeditado, como no sea el apuntar lo que un escritor del Perú piensa de los dirigentes de su país, para que sus opiniones, honradas y leales, como todas las suyas, sean tenidas en cuenta por las gentes de bien, tan escasas en estos pueblos que hace cerca de cien años claman a grito herido por la mano opresora de un tirano. El primer nombre que se me ocurre es el del jefe de los liberales.

Allá por el año 1895 apareció en el centro del Perú un hombre que por sus trazas hacía esperar una especie de Mesías prometido a cuyo brazo pudiera arrimarse el pobre y adolorido cuerpo de la nación, enflaquecida y desvencijada por varios años de guerras interiores que acabaron en la espantosa hecatombe del 79. Ese hombre era entonces

un muchacho con todos los arrebatos de la juventud, lleno de ambiciones y ebrio de idealismos mal encañonados. A su paso por los pueblos los hombres se sumaban a sus filas, no tanto por simpatía hacia su causa, que los hombres de entonces no tenían simpatías definidas, pues lo único que deseaban era pelear sin saber cómo ni por quién, cuanto por admiración al valor un poco salvaje de ese joven luchador.

Era el tal, Augusto Durand. Joven como era, no tuvo tino —el tino es don de viejos— para escoger a los suyos, y así se arrojó en brazos del famoso don Nicolás de Piérola. Nicolás de Piérola, —pasarán los años y se irá viendo la verdad de lo que digo— era no otra cosa que un caudillo, el más vulgar y anodino; un político especial para gobernar no un país sino una casa de lenocinio con cortesanas procedentes de las raleas de París; un inquisidor con alas de sacristán y fingidas beatitudes de monja imuber; un tirano sin la salvaje fiereza

de Rosas ni la consciente crueldad de García Moreno; un guerrero juglar con casco de emperador y barbilla de sátiro criollo. Este Nicolás Piérola, que enflaqueciera las arcas nacionales para vestir de seda y rociar de perfumes a una francesa amiga suya, con la cual tuviera orgías en que él oficiara de Petronio, un Petronio demasiado rústico para llamar la atención, fué el principal factor en la derrota sufrida por Durand, cuando éste era presidente de la Cámara de Diputados, a donde fué mañosamente conducido por el propio Piérola.

Poco después de ese desastre, Durand fundó el Partido Liberal. Desde entonces a esta parte su vida pública ha tenido más serias finalidades que las del comienzo. Varias revoluciones a gobiernos más o menos patricidas fueron hechas por él. Triste es decirlo; todas anemizaron su partido, todas le desprestigiaron, todas acabaron con ese su acerado empuje de las primeras

épocas. En todas ellas, sin embargo, Durand aprendió mucho. Por lo menos el conocer a los hombres. Entre los mismos que le adulaban y seguían pudo descubrir miserables y sinverguenzas. Se encontró con tanto traidor como estrellas en el cielo. Recordemos al señor Orestes Ferro, en cuya faz está retratado su espíritu. Ferro tiene una cara de ratón que no ha comido muchos días. Como buen ratón anduvo siempre por las rendijas atisbando que los dueños de casa estuvieran descuidados para coger el queso. Ferro fué decidido partidario de Durand. Caído éste, fué a merodear en otros partidos, lo que le permitió encontrar, a fuerza de agacharse humildemente, el pan de cada día; mas para hacerlo comenzó por casi ultrajar a aquél a quien tanto fingió querer al principio.

Hay en la sicología de Durand, —desgraciadamente, rasgos que denuncian al hombre antiguo, cuyas características son:

ingenuidad, bondad y honradez. Por honrado, bueno e ingenuo es que no supo aprovechar las ventajosas situaciones en que una que otra vez se colocó su partido. Es ejemplo de ello el célebre cuartelazo del «4 de febrero», que fué dirigido por él para derrocar a un gobierno que se presentaba con todos los síntomas de la dictadura más oprobiosa y detestable: la de los atorrantes. Debido a Durand se salvó el país en ese tiempo. El tuvo sobrado derecho para asumir el mando de la nación. No lo hizo, sin embargo, porque quiso probar que no tenía ambiciones bastardas. Pero, en cambio, es culpable de no haberse dado cuenta de que entre las sombras se alzaba la figurilla operetesca de un soldado que esgrimía no una espada de guerrero sino un puñal de asesino: el general Oscar R. Benavides. Este miserable, enriquecido con los dineros de la patria vive hoy en Europa de modo tal que parece estar orgulloso de su crimen. Y a este miserable se

le da la representación del Perú ante naciones extranjeras, cuando se le debería quemar en una plaza pública, para escarmiento de bribones y dictadores de zarzuela. Todo esto ultimo por cobardía del Civilismo, que le adula.

Cierto es que hay en el Partido Liberal mucho saneamiento por hacer; cierto es que muchas veces no ha cumplido los principios de su programa; cierto es que hizo alianzas vergonzosas; cierto es todo eso. Pero también es cierto que a sus hombres debemos una enérgica acción controladora de los gobiernos, una apreciable libertad ciudadana, y un enorme soliviantamiento de las clases populares sobre la opresión de las llamadas aristocracias.

Al frente de este partido, que cuenta en sus filas a un Lino Urquieta -su más alta figura- cuyo nombre ha de resonar en el corazón de los peruanos de mañana casi casi como toque a gloria, porque abrió brecha donde había monte, porque hizo

cauce donde todo era marea, porque encendió luz donde todo era tiniebla; al frente de este partido, repito, de este partido tan zarandeado por almas engrasadas con óleos de sacristía, estuvo siempre, avanzando hacia el peligro, el doctor Durand. Por encima de sus defectos, que son muchos y muy graves —¿quién es perfecto?— debemos reconocer en él a uno de los hombres que empezaron a poner los cimientos de la grandeza nacional. Y si llegado al poder se corrompe como todos los otros, maldigámosle a voz en cuello, desde el fondo de nuestro corazón hecho volcán; pero mientras eso no suceda, hagámosle justicia. Justicia es lo único que hay que pedir. ¡Justicia!

JOSE PARDO

Hace algunos meses publiqué en *La Semana*, de Arequipa, una crónica sobre el actual Presidente de la República, doctor José Pardo (*). Hoy, sé que este señor, después de leerla varias veces, calificó a mi

(*) Con el único fin de que se vea qué laya de artículo es ese, lo reproduzco en este libro, en la sección respectiva. De pasada debo advertir que *La Semana*, que codirijo con el escritor Miguel A. Urquieta, ha acompañado algunas veces la política del gobierno actual, pero que yo he sido y soy absolutamente ajeno a esos aplausos, pues la sección política del hebdomadario referido ha corrido y corre a cargo de mi querido compañero. Así pues, no he claudicado.

pobre crónica de «artículo tonto». Se me antoja que debió de parecerle un artículo tonto puesto que yo no decía que, allá en su juventud, vivió conyugalmente con el viejo Heeren, su suegro. Un artículo tonto debió de parecerle puesto que le tomaba el pelo al decir que en la entrevista que tuvimos salí perdiendo «pues mientras el doctor es un Presidente de República, yo soy un altísimo Emperador del Verso...» Un artículo tonto debió de parecerle, puesto que le ponía en ridículo al describir cómo tuvo vergüenza de preguntarme dónde había adquirido el curioso relojito que llevaba en la muñeca. Un artículo tonto debió de parecerle, puesto que no le llamaba ladrón, como le llaman todos y cada uno de los periódicos libres que hay en el país. Un artículo tonto debió de parecerle, puesto que no hablaba de su gesto de indio blanco a quien un buen día la suerte lleva a gobernar un pueblo. Un artículo tonto debió de parecerle, puesto que no aplaudía su

política mezquina y desquiciadora. Un artículo tonto debió de parecerle, puesto que no le *mentaba* la madre, cual suelen hacerlo los cronistas de la oposición. ¡Este artículo sí que no le va a parecer tonto!

Escribí aquella crónica, llevado de mis buenos sentimientos, cuando no tenía el menor concepto de cómo se ha desarrallado y se desarrolla aún la política interna del Perú. No me pesa, puesto que puedo rectificarme. Hoy he dado una mirada, analítica se puede decir, sobre la persona y obra pública de este doctor José Pardo.

Es hijo de don Manuel Pardo, antiguo presidente de la República, a quien un soldado Montoya castigó como a perro matándole de un balazo, y que, como todos sus antecesores y descendientes, fué reo de la patria.

Un asno puesto en dos pies, eso es José Pardo. Dice Marinetti que los ingleses, homosexuales durante la juventud, a los treinta años regresan de Sodoma para ha-

cerse novios de una muchacha escandalosamente descotada. Así lo hizo Pardo. A los treinta y seis años regresó de Sodoma para dedicarse a político. Su primer acto fué hacerse nombrar presidente del país, sirviéndose para ello del cohecho, la mentira y el fraude, que son, digámoslo de una vez, las armas de combate del partido a que pertenece: el Partido Civil, sanguijuela nefasta y oprobiosa que chupa los dineros fiscales, como vampiresa histérica y corrompida.

Me siento henchido de unas ansias locas de matarle, de reducirle a la nada, de destrozarle, de acogotarle, de retorcerle el hocico, puedo decir con frase de Giovanni Papini. Sí; es necesario retorcerle el hocico a esta mala bestia que se mete a hurgar en vidas privadas que no le incumben (*). Para eso bastará con presentarle al desnudo, desde que fué elegido mandatario de la nación, hasta hoy en que todo el Perú le ha

(*) El sabe por qué lo digo.

maldecido con sus escupitajos de desprecio.

Durante dos períodos, de cuatro años cada uno, hemos soportado con humildad nazarena los desmanes incalificables de este ex-pederasta. En el primero, su gobierno fué desgraciadísimo, pero no tanto como en el segundo. El crimen y el robo se han dado la mano en estos cuatro años; ya se ve que siempre han sido hermanos. Desde 1915, el Perú ha podido llenarse de dinero pues, según el mensaje del propio Pardo, ha tenido un superávit enorme en su renta, y sin embargo no sabemos que ha sucedido con ese superávit. El doctor Pardo dice que él tampoco lo sabe. ¡Qué vá a saberlo! Lo más probable es que él mismo se lo haya robado.

La cuenta de sus crímenes es larga. Lleva sobre la frente manchas sangrantes que son su propia condenación. El hizo asesinar vilmente, cobardemente, al doctor Rafael Grau, hijo del héroe de Angamos, por el delito de ser opositor suyo. El pre-

tendió hacer asesinar al señor Augusto B. Leguía, candidato de oposición a la Presidencia de la República, que cuenta con la simpatía unánime del país. El mandó victimar al ciudadano Bazán, en una provincia del norte, también por el delito de hacerle oposición. El hizo dar muerte a un señor Tupiño, hermano de un candidato antigobiernista. Ultimamente despachó a Huánuco unos cuantos rufianes que llevaban orden de quitar la vida al jefe de los liberales doctor Augusto Durand, por el curioso delito de haberse negado a seguir prestando su apoyo y el de su partido a este régimen de rufianes de levita, podridos hasta el corazón. La Justicia no le puede castigar porque, como Pilatos, se lava las manos, y, como las ramera, hace zalamerías a los mismos que quiere hacer desaparecer.

Su gobierno es una vergüenza para la libertad y el honor nacionales. Por ser enemigo personal del señor Leguía, quiere

impedir a todo trance que le suceda en el poder. Conste que no soy leguista. Antes bien, juzgo que este señor debería ser execrado por sus métodos muy mucho parecidos a los sanguinarios y absolutistas del mandón de que me ocupo. Pero todo el país, unánimemente, quiere llevarlo a la primera magistratura, y el deber de un hombre honrado es hacer que se satisfagan las aspiraciones nacionales. Pero estoy pecando de ingenuo, porque pedirle honradez al doctor Pardo es como pedirle guayabas al plátano o pretender que yo sea tranquilo y eutrapélico.

¿Para qué hablar más de este cretino? Mi único deseo era desenmascararle y hacerle ver que también soy capaz de escribir artículos que no han de parecerle tontos. ¡Que estas mis palabras se unan a la maldición que todo el Perú ha lanzado sobre él!

NICOLAS DE PIEROLA

La noche había caído sobre la tierra peruana. Las montañas parecían viejas acurrucadas en lo más espeso de la sombra, como si quisieran que las tinieblas las abrigasen del frío. Los árboles centenarios, en que quizás los Incas colgaron sus miradas ante los crepúsculos sangrantes del Tahuantisuyo, se doblaban bajo el peso de un dolor enorme: el dolor de lo oscuro. Los ríos, anchos y luminosos como brochazos de agua fuerte, no corrían diciendo

cantos de júbilo salvaje sino rumores de tristeza amarga. La tierra no rugía; suspiraba. Los campos no eran fecundos como antaño; padecían de esterilidad. El viento no silbaba; enmudecía. Todo, todo era triste. De repente un grande y espantoso gemido se escuchó; tan fuerte fué que allá en los cielos hubo algo digno de un ditirambo de epopeya: se separaron dos nubes como cortinas de trono y surgió con magestad de reina blanca la luna llena. Bajo su luz todos volvieron las miradas hacia el lugar de donde partió aquel hondo gemido. Lo que vieron fué una virgen desnuda que retorcía su cuerpo flagelado por todos los dolores: era la Patria. Un lamento sin nombre sucedió a la visión. Y de lejos venía un ruido de caballos de guerra: era el invasor chileno, maldito por los siglos de los siglos, que avanzaba entre las sombras ocultando su puñal de asesino. En este trágico momento apareció sobre una cumbre la figura de un hombre: Nicolás

de Piérola.

Todos se detuvieron para verle. Hasta por las vértebras mismas de los Andes corrió un estremecimiento de alegría. En tal instante, ese hombre era más que un hombre: era una esperanza. Una revuelta, nacional porque todo el país la hizo, le llevó al poder. El juró amar a la Patria y para seducirla más le dió grandes pruebas de amor. Y he aquí el tremendo error de nuestros padres: no se fijaron en que Piérola amaba a la patria no como a madre o esposa sino como a querida. Y como a querida la ultrajó cuando se hartó de sus caricias. Debió consagrar su vida a la Nación y sucedió lo contrario; la Nación se consagró a él. De pronto, un buen día, la Patria tuvo una rival: era una francesa cuyo nombre no sabe recordar mi memoria, porque mi memoria se respeta tanto que no recuerda nombres nefastos. Esta mujer supo seducir a Piérola, y él, entonces, ciego de pasión, sacrificó al pobre país en

aras de su amor adulterino. Así fué como en vez de tirano con pantalones, lo tuvimos con polleras; la casa, la legendaria casa de Francisco Pizarro, se convirtió en mancebía; los ministros de estado en alcahuetes; los militares en rufianes uniformados; las señoritas de la aristocracia en pupilas; los diputados y senadores en clientes; y por sobre todo este cuadro de mugre y de cinismo, los frailes puercos y regordetes rociaban agua bendita sobre las médulas convulsas de hombres y mujeres.

González Prada ha lanzado algunas veces sus bofetadas de prosa lapidaria sobre el beato rostro de este dictador juglaresco. En un solo párrafo, el Maestro, hace la historia de sus delitos. Lo reproduzco y lo ratifico. «Veamos a Piérola instalado en el Poder, como quien dice en la silla gestatoria. El *Inmaculado* concede su intimidad, sus favores y los cargos de más confianza a los hombres que en todas las épocas y bajo todos los gobiernos se

distinguieron por la rapacidad y la desvergüenza; el *Restaurador* de las garantías individuales encarcela diputados, clausura periódicos y se vale de subterfugios o triquiñuelas de *tinterillo* para confiscar imprentas y sellar el labio de los hombres que hablan con independencia y osadía; el *Regenerador* hace de la Capital una leprosería de monjas y frailes, entrega medio Perú a las comunidades religiosas, arroja del Cuzco a los clérigos ingleses, que fundan un colegio y se imagina que lo negro de las conciencias se borra con el yeso aplicado a las torres de una iglesia; el *Federalista* responde con denuestos y cañones al movimiento inicial en Iquitos, insinúa la supresión de los Concejos Departamentales y sueña cuanta medida puede concebirse para llevar a cabo la más opresora centralización; el *Demócrata* no recibe a los huelguistas con la dulzura y afabilidad de un correigionario, sino que les rechaza con el ceño y dureza del señor feudal, hasta con la in-

solencia del mandón, listo a despachar unos cuantos esbirros que den plomo a los hambrientos que demandan pan; en fin, el *Protector de la Raza Indígena* restablece en el camino del Pichis el régimen de las antiguas mitas y renueva con los desheredados indios de Ilave y Huanta los horrores y carnicerías de Weyler en Cuba y del Sultán en Armenia». Dice verdad el Maestro. Todo fué así. Piérola, además, está manchado con un crimen de sacrilegio. Hom- bres ha habido tan fanáticamente patrio- tas que para dormir se cubrían con la ban- dera de su país. Al revés de ellos, Piérola hizo que la Constitución del Perú le sirvie- ra de lecho. No se vaya a creer que dormía sobre ella, nó; hendía las entrañas de su amante. Tenía la voluptuosidad de los sacrílegos. Hay que maldecirle.

Y no se contentó con esto. En plena guerra con Chile, en la triste guerra del 79, su querida almorzaba y comía con cham- paña mientras los soldados que peleaban

por el honor y el interés de la nación no tenían ni agua para beber, viéndose obligados a apagar muchas veces la sed que les devoraba, con sus propios orines. ¡Ah, menguado! Dueño de un espíritu de cómico de zarzuela, les quita a los generales el mando del Ejército y se proclama jefe supremo de él, para darse el lujo de pasarle revista, adornado con un casco prusiano. Así, es un bufón desdoblado de un político de aldea. Después, viendo que por su culpa el enemigo avanzaba, fuga de la capital, Entonces los chilenos tomaron a Lima e impusieron el tratado de Ancón.

Es curioso lo que pasa con este hombre. Sabiéndose sus delitos, en vida se le quería; hoy, muerto, se le adora: Casi todo el Perú le admira; seguramente, por ser un miserable. Pero la Historia ha puesto ya sobre su lápida esta palabra terrible: ¡Infame!

MARIANO IGNACIO PRADO

La máquina con que escribo, ha querido detenerse al estampar las letras de este nombre, como si élla, con su alma de acero, le maldijese ante los siglos. El papel mismo se arruga, en espantosa mueca de asco. Los dedos se ponen rígidos negándose casi a obedecer los mandatos del pensamiento. El corazón relincha de furia. El alma se subleva. Pero es necesario sacrificar un instante los sentimien-

tos estos para hacer justicia ya que no al miserable por lo menos al nombre del sér que de seguro no lo tiene en la zoología.

Mariano Ignacio Prado tiene, a veces, toda la grotesca apariencia de un mal comediante bufo. Por eso cuando en 1867 era ya insoportable su dictadura de dos años, abandona el poder siendo derrocado por lo que se ha llamado muy justamente «una revolución de silbidos». Siendo nada más que maniquí de determinados políticos, hubo que tomarlo en solfa. Y así, en lugar de herirle con balas fué necesario insultarle con silbatos.

Nueve años después, por falta de hombres sanos y por intrigas de bribones, fué nuevamente llevado al poder. A los treintidós meses, más o menos, de su gobierno, se declaró la guerra con Chile. Y fué en ese momento cuando el Perú se dió cuenta de que quien lo gobernaba era la más cabal encarnación de la imbecilidad. Porque Mariano Ignacio Prado es la imagen de

la Estupidez, una imagen con ínfulas de tirano y charreteras de general. Fué un criminal inconsciente al principio, porque lo romo de sus entendederas no le permitía darse cuenta de la maldad de sus actos. Después el crimen le gusta y lo comete cuantas veces se lo pide su alma voluptuosa de cerdo que goza emporcándose en sus propios delitos, como en un pantano perfumado de ignominias. Así, cuando Miguel Grau, aquél ínclito patriota que debió ser engendrado en una cueva de leones, al mando de un solo monitor, burla el poderío de la escuadra chilena en repetidas ocasiones, él cree que tales hazañas se deben a la felicidad; y por eso cuando Grau juzga desatinada, en vista del mal estado de su buque, una orden suya para hacer una expedición sobre las costas chilenas, le contesta con ingenuidad de niño idiota ordenándole nuevamente la partida pues confía en la «buena suerte del *Huascar*». Y todos saben ya que a los pocos días el

Huascar, después de haber sostenido un combate con el enemigo, tan monstruoso y bravío por su parte que para cantarlo fuera necesario la lira del propio Dios, era abordado por los chilenos. De este modo, de desastre en desastre, nos lleva a la derrota, hasta que un día viendo perdida la causa del Perú, acepta el oro enemigo y se va a Europa en la más cobarde e inicua de las fugas.

Maldecido en vida, Mariano Ignacio Prado es castigado en la posteridad. ¡Ah, con cuánta alegría los gusanos le deben haber roído el corazón asqueroso y hediondo! Sus deudos han plantado rosas al borde de su tumba; pero el olor de las rosas no es tan fuerte que pueda apagar el de su obra sembrada de indignidad y desvergüenza. Y más potente que este olor aún es el de su alma corrompida y abyecta, tan corrompida y abyecta que Satán al recibirla en su imperio debió de sonrojarse...

Decía yo que Mariano Ignacio Prado

ha sido castigado en la posteridad. Veamos cómo. Su castigo son sus hijos. Les dejó, es verdad, una fortuna inmensa, hecha con la maldición de los muertos, el dolor de los heridos, las lágrimas de las madres y el hambre de los hijos; pero les legó su apellido, y con su apellido la infamia de su obra, y, aún más todavía, les transmitió su bajeza espiritual. Su hijo Javier puede servir de ejemplo. Javier Prado y Ugarteche es la prolongación de este nefando general de pacotilla. El querrá ser bueno, pero nunca lo conseguirá. La herencia de su padre le empujará al delito. ¡Qué desgracia ser miserable sin quererlo! Ya tiene el pobre manchas sobre su vida: la dictadura de Benavides, que fué obra suya; el pretender transar con Chile, cediéndole Arica. ¡Pobre Javier, tener talento para serlo todo y no poder ser nada! Siempre aspirando a la Presidencia de la República y siempre oyendo, ante las risas sarcásticas de los vivos, el grito de millares de muertos

que se incorporan en su tumba para decirle: ¡nó! Vivirá siempre condenado a ser lo que es: un hombre con talento y un sátiro de levita. Cuando quiera levantar la cabeza para mirar arriba, algo trágico y terrible le obligará a bajarla: ¡El crimen de su padre!...

ANDRES A. CACERES

Dos carátulas, absolutamente desemejantes y contradictorias, tiene la personalidad del general Cáceres. Una la da el guerrero, otra el político; una el héroe, otra el mandón.

En la guerra con Chile se baña de gloria; en el poder, de ignominia. Primero es el hijo abnegado que derrama su sangre por la patria; después, el gobernante que la humilla. Un día, el hombre que se sacrifica; otro, el apache que la roba: el he-

roísmo cede el paso a la traición, la dignidad se torna rufianería, la honradez se convierte en sanguijuela.

Nunca un hombre caminó por tan diversos caminos, jamás se bañó en aguas tan contrarias, nunca vivió en climas tan diferentes. En la guerra, lucha con denotada valentía en las principales batallas; en el gobierno, mata cobardemente a cuantos puede, con el objeto de quedarse, como hiena famélica, a solas con su presa: el erario nacional. Un día es tigre que venga las injurias de la patria; otro, ratón que devora el queso de la alacena. Primero es soldado que, a riesgo de la suya, busca la vida de su pueblo pasando las fronteras del heroísmo; después, mercachifle que a riesgo de matarla, trafica con su patria, atravesando los linderos de la infamia. Al principio fué el último baluarte de su defensa; al fin, su postrer asesino.

Por sus campañas de Huamachuco merece un Homero que le cante; por sus

gracias de mandatario, un bufón que le apostrofe con carcajadas. El hizo en tierra lo que Grau en el mar: peleó hasta el último momento con un santo coraje que llega a los límites de la alucinación. A estos dos leones nadie los igualará. El heroísmo de Bolognesi en Arica resulta pequeño comparado con el de Cáceres en la Breña. La desgracia de muchos hombres es no morir con oportunidad. Si Cáceres hubiera muerto inmediatamente después de su célebre campaña, los peruanos le bendecirían por los siglos de los siglos. Porque manchó sus glorias con oprobios, no se las quieren reconocer hoy día. En el gobierno, él, militarote a la antigua, sanguinario y brutal, se corrompe como todos y se vuelve codicioso. Manda decapitar a sus enemigos con la misma tranquilidad que llamar a una ramera para que le harte de caricias, Después firma el famoso «Contrato Grace» que fué, es y será por muchos años todavía,

la ruína del país (*), con lo cual, mercader sin escrúpulos, llena de cuartos su faltriquera.

¡Pobre Cáceres!

Es, sin embargo, de nuestras figuras trágicas la menos despreciable. Hay que perdonarlo porque era casi un inconsciente. El quizás hubiera sido bueno si la naturaleza no le hubiera negado lo que tan rotundamente le negó: la inteligencia. Inteligente lo era tanto como un adoquín: nació pa-

(*) Ese famoso contrato se hizo, como todos lo saben, siendo ministro de Hacienda el señor Antero Aspíllaga. Es una mancha cancerosa en su vida pública; ello no se puede negar. Pero la justicia nos aconseja que no le culpemos, porque él no tuvo arte ni parte en el contrato mismo. Seguramente se lo entregaron para que lo firmase y lo firmó. Nada más. Nadie ignora que en el Perú los Ministros de Estado no son tales, sino meros firmantes de lo que les manda el Presidente. Firmar, esa es su misión. Por eso casi todos son unos mulas. Generalmente se busca a los hombres más brutos y de ninguna figuración política para darles esos puestos que aceptan a cambio de pasearse en automóviles del gobierno y de que les llamen: ¡señor ministro!

Podrá decirse que Aspíllaga no estando en este caso, pues que es uno de los hombres mejor preparados que hay en el país, debió renunciar la cartera; pero eso tiene otro cantar, y es que depende de atrenzos partidaristas, de manejos políticos, de intereses creados.

ra servir de piso en una calle, pero el destino le llevó a regiones no soñadas.

¡Y quién sabe si bajo las ruedas de los coches y los cascos de los caballos hubiese estado más contento!

MARIANO NICOLAS VALCARCEL

Estamos en presencia de un chimpancé. ¿De qué selva vino? ¿Qué madre lo parió? La primera pregunta se queda sin respuesta. Nunca llegaremos a saberlo. La segunda nos deja perplejos: muchos dicen que han conocido a su madre, pero el mismo Valcárcel parece desmentirlo porque cuando esa señora que pasa por tal, está en Arequipa, sin recursos, casi con hambre, él, a quien la fortuna sonríe, no la socorre si-

quiera con unos céntimos. Es que no es su madre. Aclaremos el punto. Alguien ha dicho que el nacer en tal o cual país es una casualidad geográfica. Parodiando ese decir, que tiene mucho de cierto, podemos asegurar que el nacer de tal o cual entraña es una casualidad de gestación. Y como nada hay más contundente que los ejemplos aquí tenéis uno: Mariano Nicolás Valcárcel. La mujer que lo parió no es su madre. Fué casualidad que se le engendrara en sus entrañas. El debió de nacer de una hiena, una víbora o una diablesa. Su origen, por línea paterna, no se presta a dudas: su frente de mono lúbrico lo delata...

La historia de este político cabe en muy breves líneas. También su actuación pública fué rápida: pasa por la Historia como un relámpago de maldición, pero, al revés del relámpago, no da luz sino sombra.

Simulador de talento, parlanchín y vocinglero como loro histérico, ameno y con-

vincente como vendedor ambulante, se hizo llamar en sus tiempos, por sus discursos pomposos y ramplones «pico de oro». «Pico de oro» le decían sus compañeros de las Cámaras, porque los dejaba bizeos con sus frasecitas de similor y sus maneras y actitudes de actor criollo. ¿Debemos decir que la metáfora no le iba bien? Sí. Porque al suponer que tuviera pico se le hacía un favor. Sólo los aves lo tienen; pero ellas saben volar. Y el vuelo, aunque sea en las de corral que vuelan a ras de tierra, es algo muy elevado. Valcárcel no volaba; lo más que hacía era arrastrarse como las serpientes o revolcarse como los cerdos. Para ser justos debieron llamarle «hocico de oro»

Llegado al poder, para vengarse de los hombres, él, que es un poco híbrido, de orador pasa a tirano. Cruel como pocos, brutal como ninguno, presa de voluptuosidad morbosa, firma el decreto que manda fusilar a una centena de revolucionarios (me

refiero al famoso fusilamiento de *Santa Catalina*), Allí sucumbieron las más hermosas esperanzas del país; pero allí sucumbió también el tiranillo. El Congreso Nacional lo lanzó del poder como se lanza a un perro. Y nunca más volvió a levantarse; mas si lo hubiera pretendido los muertos se hubiesen alzado de sus tumbas para escupirle en la cara. Hoy, viejo ya, este mico sanguinario, arrastra por los salones de la alta sociedad, tan corrompida como él, su repugnante carga de crímenes y oprobios.

Parece que hasta la misma naturaleza le hiciera justicia, pues las arrugas de su rostro son cual gusanos empeñados en desfigurarle.

Hay asesinos que provocan ira; éste da asco...

OSCAR R. BENAVIDES

Detengamos al primer miserable que pase por la calle. Digámosle que nos cuente su historia. Si no lo quiere hacer llevémosle a la cantina más próxima. El alcohol le volverá locuaz, amén de sincero. Y entonces, nos dirá que de joven, para matar el hambre que a él le mataba, se metió soldado, que en el cuartel, como sucede algunas veces, aprendió todas las degeneraciones y todos los crímenes, aun las más depravadas y los más inicuos, y que can-

sado ya de tanta corrupción, se dedica hoy a vivir de sus rapiñas. Si a este miserable le preguntamos su nombre, es muy posible que diga: Oscar R. Benavides.

Imaginemos un hombre de esos a quienes se llama hombres sólo por llamarles de algún modo, que la lengua de Cervantes no tiene vocablo preciso para calificar esta especie de nuevo sexo. Preguntémosle su nombre. Dirá: Oscar R. Benavides.

Supongamos un fraile caminando frente a frente de nosotros. Su sotana será invisible para la gente que sufre de miopía espiritual. Para los que ven dos cuartas mas allá de sus narices será, quizá, la su indumentaria más vistosa. Si nos llegamos al fraile y levantamos una punta de su sotana, atisbaremos bajo ella los pantalones de un militar, y más arriba veremos, a la altura del cincho, no una espada sino un puñal, un puñal lleno de sangre caliente todavía, la sangre de otro militar. Quiere decir, pues, que nos encontramos

ante un tipo de esos que Anatolio France llama «bandidos uniformados». —¿Cómo te llamas militarillo ensotonado?— Responderá de fijo: Oscar R. Benavides.

Contemplemos en la calle la figurita de un generalillo de feria. Por el meneo lúbrico de sus caderas y la mirada libidinosa de sus ojillos bizcos sonreiremos benévolamente. El se sentirá ofendido y pedirá el auxilio de la policía. Pero nosotros avanzando resueltamente lanzaremos una trompada sobre el tórax un poco femenino del soldadete. Un chorro de pus será la contestación. Porque el corazón del generalillo está pudrido y hediondo. Es de un cadáver que vive para apestar el mundo. —¿Quién eres tú que llevas una morgue en el cuerpo? —Soy Oscar R. Benavides.

Y así, a cuanto asesino, ladrón, dipsómano, apestando y criminal de cualquier especie encontremos en la calle, le preguntaremos su nombre. El asesino, el ladrón, el dipsómano, el apestando y el criminal de

cualquier especie, sabrán responder siempre de esta manera: Oscar R. Benavides.

¡Oscar R. Benavides! He aquí un nombre que ya se está haciendo en el Perú sinónimo de traidor. Yo he oído a los chicos de mi tierra, cuando alguien les da por detrás una trompada o un puntapié, gritarle a voz en cuello: ¡Benavides!

Oscar R. Benavides compendia y concreta en sí todas las características de un dictadorcillo de ópera bufa. Desgraciado ha sido el Perú para producir tiranos. Nunca los hemos tenido. Verdaderamente es de lamentarse, porque hay tiranos tan grandes que produciendo terror provocan admiración. Y todo cuanto es amirable, es capaz de honrar a un pueblo. Un gran asesino, un gran ladrón, hasta un gran imbecil. Si hubiera un hombre tan bruto como genial Victor Hugo, yo le haría levantar un monumento. Sería el polo opuesto de la Inteligencia. La Gloria les cubriría a ambos con el mismo afecto. Estarían en

igualdad de condiciones. El uno, grande por el talento; el otro, por la brutalidad. Aquél, por abarcarlo todo, hasta el misterio; éste, por no ver nada, ni la luz. Quién por ser faro; cuál por ser tiniebla. Ambos se abrazarían, fraternalmente, en la Inmortalidad. Miremos en la Historia. Rosas, Francia, Balmaseda, hasta cuando jugaban, se hacían admirar. Nuestros tiranos, aun en los más trágicos momentos, no provocaron sino risa. El paso de los tiranos extranjeros es seguido casi siempre por un cortejo de llantos; el de los nuestros, por un reguero de carcajadas. Las tumbas de aquéllos están humedecidas de lágrimas; las de éstos, adornadas de muecas. Desierta de grandes nombres está la página de nuestros oprobios. En todo hemos llegado a la grandeza menos en el Crimen. ¡Qué triste! En la guerra tuvimos un Cáceres en la Breña y un Grau en Angamos, que nos llevan hasta las cumbres del heroísmo. En literatura, un Chocano, cuyo verbo ha despertado

do el alma de la raza dormida sobre la falda de nuestros volcanes seculares. En el apostolado, un Vigil, un González Prada y un Urquieta, que rechazan amenazas o dádivas con el humilde orgullo de Jesucristo. En la tiranía somos tan pequeños que nos perdemos en la sombra. Nuestros tiranos apenas merecen el nombre de tiranuelos. Sobre las playas de la Infamia no son rocas, como Melgarejo o García Moreno; son granos de arena. Las olas juegan con ellos, como el león con las hormigas. ¡Qué vergüenza! A esta familia pertenece Oscar R. Benavides. Su mayor crimen es este: ¡ser un mediocre!

JOSE DE LA RIVA AGUERO

Cuentan que después de una corrida de toros, el matador de preferencia, que era lo que en jerga tauromáquica llaman un *maleta*, pero que ingenuamente se creía el primer torero del orbe, preguntaba a un su amigo qué impresión habían dejado en el «respetable» sue faenas de esa tarde.

—Aquello fué de ver! —le repuso el amigo— Las opiniones estaban divididas.

El maleta comenzó a alegrarse creyen-

do naturalmente que ya era un torero. discutido capaz de crear un bando que se pelease por él, como por Belmonte, Joselito, Gaona.

—Bueno, ¿y qué decían? —preguntó.

Unos maldecían a tu madre y otros a tu padre...

Igual cosa le acontece al Partido Nacional Democrático o *Futurista*, como le apodan en solfa. Unos maldicen a Riva Agüero y otros a Belaúnde. Ignoro yo cuál de estos es el padre y cuál la madre, aunque me inclino a creer que la madre es el primero, porque trazas le sobran. A Riva Agüero, para pasar por mujer, sólo le faltan las polleras. A Jorge Sand le plagia la indumentaria. Se viste como hombre para despistar, mas desprestigia a los pantalones, pues estos gustan de abrirse por delante y Riva Agüero los humilla abriéndolos por detrás. Debería usar calzones, calzones de seda, como las damas elegantes, provistos de un ojal de a sesma en la par-

te central, cabe las nalgas, y llenos de adornos y encajes, que realcen la donosura de los muslos, si son donosos.

Es nieto de aquel indigno e imbécil general José de la Riva Agüero que traicionó la santa causa de Bolívar. El ha tratado de defender a su abuelo en un libro suyo: cada panadero vuelve por su pan. Hijo de una familia acaudalada y aristocrática fué educado, como todos sus iguales, en un colegio de frailes. Allí, seguramente, algún sacerdotillo relamido le dió las primeras miradas lascivas y le robó a hurtadillas los primeros besos. Después, a través de la reja de un confesonario, quizás puso en práctica aquello de «que la mano derecha ignore lo que hace la izquierda», y así mientras le daba la absolución con la una mano, con la otra le pulsaba las carnes jóvenes, presa el fraile de ataques de epilepsia sicalíptica.

Si quiséramos hacer una etopeya de este hombre, ¡cómo estas páginas se llenarían

de podre!, ¡cuántos delitos monstruosos y vergonzantes se harían públicos! y ¡con cuánta repugnancia la haríamos!

A decir verdad, cuando el Partido Nacional Democrático se fundó, el país se dió un baño de esperanza. En el Perú no hay ni ha habido nunca un partido honesto que trabaje con desinterés por el bienestar de la nación. El que más lejos ha ido es el Liberal, fundado por Durand, que aprovechó algunas enseñanzas, que no todas, de González Prada. Todos nuestros partidos políticos, el Civil, el Demócrata, el Liberal, el Constitucional, el Cívico —menos que todos el Liberal y más el Civil— han arrastrado al país a lo que es hoy día: un estercolero de impudores. Por eso, cuando algunos intelectuales anunciaron en Lima la fundación de un partido nuevo, hecho de Juventud y de Esperanza, una convulsión de júbilo sintió en su médula la Patria. Los optimistas y vehementes se alistaron en sus filas, mientras los pesimistas y tran-

quilos quedamos en expectativa. Desgraciadamente sucedió lo que esperábamos los segundos: el partido no cumplía su programa y trataba de encaramarse por medio de convenciones desdorosas y cobardías femeninas. Sus elementos eran absolutamente heterogéneos, pero se entendían en esto: el deseo de medrar. Justo, muy justo, es decir que hay algunas excepciones, más de diez, entre las que destacan los hermanos La Jara y Ureta, grandes ambos por el talento, el patriotismo y la dignidad; pero quienes están en peligro de malograrse por eso de que «las manzanas podridas corrompen a las sanas».

No estoy seguro de que Riva Agüero practique aún los vicios asquerosos que adquirió en la niñez; pero me es posible asegurar que por lo menos le queda el compás. Así, cuando se presenta la Ley de Divorcio absoluto, él, que no tiene ni ha tenido ni tendrá nunca tratos con mujeres, encabeza la protesta que hicieron los «señoritos» de Li-

ma; y es que seguramente se acordó de los frailes que tanto le hicieron gozar...

El Perú no le perdonará nunca el haberle engañado: aseguró que fundaba un partido lleno de sanos ideales y resultó fundando una asociación de socorros mutuos donde casi todos los miembros son andróginos. Salvo, repito, unas diez excepciones, ¿qué es, en resumen, el Partido Nacional Democrático, o *Futurista*, como le apodan en solfa los ingenios festivos? Nada más que una *Sociedad de la Rosca*, presidida por el millonario que paga los caprichos de los clientes: Riva Agüero.

APUNTES

¡Nada más que apuntes!

HOMERO

He terminado hoy día una segunda lectura de *La Iliada*. *La Iliada* y *La Odisea*, bien lo sabéis, son los únicos libros de Homero que se conocen. Parece que, según dicen los críticos, escribió algunos más. ¿Por qué no? Adelante. *La Odisea* me place más que *La Iliada*. Bien pudiera decir que me disgusta menos. Homero, para mí, —oh, no rebuznéis, erúditos— es uno de los primeros poetas del mundo, pero sólo cronológicamente. Por lo demás, me

parece oportuno declarar que la medicina moderna no se ha fijado en esta cosa sensacional: que los libros de Homero son mejores anestésicos que el cloroformo, la cocaína y demás sustancias de la laya. Y todo es cuestión de nombre. Con decir «homeroformo» u «homeroína», la ciencia estaría al otro lado del río. Hágase la prueba. Cuando se quiera operar a un paciente, désele a leer, media hora antes, *La Ilíada* o *La Odisea*. Se dormirá como un bendito. Y así se le saque las tripas, el corazón, los pulmones o cualquiera otra paparrucha humana, no volverá a la realidad. Para ello será necesario un poderoso reactivo.

Es muy curioso lo que pasa con Homero. Cualquier hijo de vecino dice con una frescura de cuatro grados bajo cero: "Homero es el primer poeta del mundo". Este hijo de vecino, puede darse por cosa segura, no ha visto en toda su perra vida ni siquiera la cubierta de los libros del poeta.

Jardín Zoológico 75

griego. Y si hubiera leído alguno, no sabría entenderlo.

Sin embargo, hay señores muy respetables, que llamándose eruditos, pasan largos años de su vida desentrañando los textos homéricos. Ya encuentran en cada lectura una belleza nueva, ya descubren asombrosos datos sobre hechos cuya jurisdicción es de los historiadores, ya sienten sensaciones exquisitísimas. ¡Sensaciones! Sensaciones sí deben de sentir. Es cosa probada que a los eruditos no les gustan las mujeres. Ejemplo de esto fué don Marcelino Menéndez y Pelayo. No recuerdo a quién le he oído decir que Menéndez y Pelayo era pajero. Lo creo. Y es de suponer que las sensaciones exquisitas que los eruditos sienten al leer las obras de Homero provienen de que, probablemente, se hacen la paja sobre las columnas de sus versos. ¡Pobre poeta!

CERVANTES

El alboroto provocado por don Atanasio Rivero con motivo de sus artículos sobre las *Memorias* de Cervantes, que él llama maravillosas y asegura haber descubierto, me hace pensar una vez más en la imbecilidad española, mejor dicho, en la imbecilidad de los españoles. Me pongo del lado de Rivero.

Rivero es un hombre que ha querido ganarse unas pesetas, y creo que lo ha conseguido. Los españoles cervantófilos, que

són todos unos cojudos, con Rodríguez Marín a la cabeza, pusieron el grito en el cielo, cuando lo más cuerdo era hacerse los zuecos. ¿Qué han obtenido con sus gritos? Hacer que Rivero se popularizase en un dos por tres, y que el público, aún habiéndose probado plenamente la falsedad de los descubrimientos de don Atanasio, siga teniendo interés por las cábalas de éste.

Basta de tonterías y hablemos de Cervantes. Cervantes es el escritor más célebre del mundo; al menos así parece. Ni Shakespeare ni Dante ni Victor Hugo han llegado tanto al alma popular como el manco de Lepanto. Voy a decir una herejía. Cervantes no me gusta. Su *Quijote* es una gran obra, la obra de un genio. Muy bien; pero Cervantes no me gusta porque es el principal factor de la estulticia española. Quien ame a España no amará a Cervantes.

Hasta en la literatura de la península ibérica se puede ver su desastrosa influen-

cia. La prosa no progresa porque todos quieren imitar a Cervantes, creyendo que el que más lo iguale será el que mejor escriba. Aberración. El que mejor escriba será siempre el más moderno, el que esté con la época. Cervantes, escribiendo hoy día, sería un pobre diablo. Nosotros no necesitamos ya que la prosa sea tan castiza como en su tiempo. A nosotros no nos importa que en el idioma se empleen vocablos ingleses, franceses, alemanes, chinos. Lo que queremos es hacernos entender; eso nos basta.

VARGAS VILA

No es necesario poner el nombre de este escritor. Su apellido es suficiente. Por él se le conoce en todos los países de habla castellana. Parece como que su familia principiara en él y que nadie tuviera derecho para apellidar de la misma manera. Sin embargo, que yo sepa, hay uno que lo tiene. Su hermano José Ignacio. Este es también escritor. No puedo opinar sobre su obra, porque he leído de él muy poco, casi nada. Pero puedo asegurar que, bue-

no o malo, nunca será conocido, nunca será leído, en una palabra, que nunca llegará a ser. Su desgracia es esta: apellidar Vargas Vila. El nombre de su hermano José María lo aplana, lo eclipsa, lo sumerge en la sombra.

Pocos escritores americanos, quizá ninguno, han llegado a ejercer la influencia de Vargas Vila en la juventud del Continente. Desde los niños le leen con avidez. Las mujeres le devoran a hurtadillas, en la noche, para que nadie las vea y cuando alguien llama a su puerta esconden sus libros bajo la almohada, como si se tratara de una reliquia. Los frailes lo digieren en la oscuridad, porque son como los gatos: en la tiniebla ven mejor. Los padres de familia lo leen a ocultas «para no dar mal ejemplo». Y así, Vargas Vila triunfa entre los tres sexos (masculino, femenino y mixto: frailes). Y en todos va dejando simiente.

Donde más claramente se advierte su

poderosa influencia es en la literatura. Casi casi pudiera asegurarse que no hay escritor de América que no haya comenzado imitando, plagiando a Vargas Vila. Y, cosa extraña, cuando se ha pasado de los veinte años, se le odia, se vocifera contra él y contra su obra, y de este modo vemos que los que ayer le llamaban genio, hoy le califican de imbécil. Pasa con Vila lo que con Villalpando: está de moda insultarle. Es cuestión de bellaquería y hasta de ingratitud.

Para mí, que creo tener alguna serenidad, Vargas Vila no es ni un genio ni un imbécil. Es, sencillamente, uno de los hombres de más talento, de la América española, y uno de sus más grandes escritores. Sus novelas son detestables; sus libros de filosofía, faltos de originalidad; su crítica, insustancial, palabarrera; su estilo, sandio, petulante. Pero como panfletario, como publicista de combate, no tiene igual en lengua castellana. Su libro *Los Divinos y*

los Humanos es un puñado de rosas corrosivas. Además es un libro de justicia. Siquiera esto se debería reconocer. Denigrando a Francia, flagelando a Rosas, burlándose de Guzmán Blanco, riendo de *Fray Candil* (esto en otro libro), es estupendo. Ya es trágico, ya cómico. Unas veces es rayo de tormenta andina; otras sonrisa de león irónico. A ratos iguala a Víctor Hugo; a ratos a Voltaire. Por eso es grande. En resumen, no es genio; pero sí genial...

DARIO Y ALMAFUERTE

Sin pretender meter baza en el asunto, que soy enemigo de polémicas bellacas, daré mi opinión sobre estos dos poetas que tanto se está trayendo y llevando con motivo de la polémica sostenida entre Carrere y Cejador, la cual ha degenerado en lío de comadres, cosa bastante explicable si se tiene en cuenta las infladas pretensiones de esos dos mediocrísimos escritores: Carrere, un poeta llorón de a dos por cinco centavos, con desgonzamientos de hetaíra

y genuflexiones de Job criollo; Cejador, un crítico apolillado, de estilo petulante, gusto senil y espíritu de sacristán escapado de los rebaños de la Compañía de Jesús.

Ciertamente, al leer los artículos de una y otra parte, me puse del lado de Carrere. Y, como a Carrere, me pareció una irreverencia que se pretendiera comparar a Darío con Almafuerte. En esa época conocía ya siquiera una veintena de composiciones del poeta argentino, entre ellas su lamentable *Apóstrofe* al Emperador alemán, en que se adivina no a un gran poeta y ni siquiera a un gran panfletario sino, simple y sencillamente, a pobre rufián comprado por el oro de Francia para morder los talones de un hombre que, como el Kaiser, nos hace creer en que no está muy lejano el tipo del *ubermensch* que ideara Nietzsche y a quien los que vivimos en estos tiempos no tenemos el derecho de juzgar, acaso por estar demasiado cerca de él. Y por lo que a Darío respecta, nunca fui

admirador incondicional de su obra; y hasta puedo decir, como jalón de orgullo, que soy de los pocos que en América han rechazado su influencia.

Sin embargo, me puse, lo repito, al lado de Carrere. Últimamente he cambiado de opinión. Un amigo de Montevideo se sirvió enviarme, hace poco tiempo, dos libros de Almafuerte, cuya lectura es la causa del cambio. Es Almafuerte un poeta lleno de defectos, de un gusto deplorable muchas veces y de ritmos un poco trasnochados. Pero es vigoroso, como roble americano; a veces tiene truenos y relámpagos, como tempestad de sierra; es desigual, como río de la selva: ya acaricia blandamente las arenas de la orilla, ya se lanza entre las piedras con furias de titán. Es desordenado: como la América. Rubén nos trajo nuevos ritmos, bellezas nuevas, aunque bien es verdad que no hizo sino importarlas del extranjero; pero en cambio su influencia fué en cierto sentido per-

niciosa para la juventud americana, por que afrancesando exageradamente su gusto, lo pervertió.

Darío y Almafuerite, como casi todos, son poetas incomparables. Hay entre ellos antagonismo de conceptos y antagonismo de formas. No hay manera de que se den la mano. Sólo a este par de chape-tes —¿por qué serán tan brutos los españoles?— se les puede haber ocurrido sostener tan necia contienda. Dedíquese el señor Cejador a mirar nuevamente a Loyola, si tanto le agrada, y el señor Carrere a escribir versos sobre *la tristeza del burdel*, que quizá es la casa que frecuenta; y no nos vengán a encasillar nuestros poetas ni a darles galones, a éste de coronel, al otro de comandante, a quién de capitán, que la poesía no es regimiento, ni mucho menos.

¡No hay que meterse en camisa de once varas!

E. BOBADILLA

He leído una gran parte de los libros de Emilio Bobadilla. Casi todos. En los primeros años de mi juventud literaria, no lo admiraba; le tenía miedo. Hoy, ya no tengo por él ni lo uno ni lo otro. Me es indiferente, como a la luna los perros que la ladran. Quiere decir que estoy en la mejor aptitud para opinar sobre su obra. Cuando se admira demasiado a un escritor no se le puede juzgar, porque se cierra de tal modo los ojos que no se ve sus

defectos; cuando se les aborrece mucho, tampoco, porque es tal nuestro odio que nos impide reconocer sus méritos. En el caso presente me encuentro en un plano de imparcialidad tan austera que me asombra. Y me asombra porque siendo como soy un temperamento frenéticamente romántico es natural que esté colmado de pasiones, repleto de odios. Sin embargo, pasa todo lo contrario. Me siento juez.

Bobadilla es poeta, crítico, novelista, filósofo, periodista y una serie de cosas más. No sería demás advertir que la popularidad de Bobadilla es exclusivamente debida a sus libros de crítica.

Como poeta, juzgado por *Vórtice*, es detestable por su mal gusto, su ramplonería y su insipidez habituales; además, bien merecería ser afeitado de cabellos y cejas, como hace la policía con los rateros de oficio, por sus robos en despoblado: sirvan de ejemplo sus versos a Velázquez y especialmente la composición titulada *No-*

turno, en la cual desvalija al pobre Asunción Silva con un cinismo digno de mejor aplicación; juzgando por sus últimos versos, especialmente los que ha escrito al margen de la guerra europea, no es malo sino pésimo.

Como novelista, salvando el libro *Novelas en germen* que es lo mejor que ha escrito, produce, yo no sé por qué, la impresión de un fraile lúbrico, adiposo y corrompido. Su vocabulario es el de los jesuitas cuando se ponen a enamorar a los alumnos del colegio para cambiarles el sexo. Sus novelas *A fuego lento* y *En la noche dormida* tienen alguna acción, especialmente la primera; pero cansan con la repetición exagerada de escenas grotescas y la pequeñez de léxico. Al canasto.

Filósofo, usa ideas de alquiler; periodista, emplea frases de pacotilla. Hombre que presume saber de ciencias, exclama un día que la luz eléctrica es fría; periodista, asegura que el periodismo es «trabajo de mula de noria». Puede ser que esto último

seá una confesión autobiográfica. Por sus escritos se ve que es librepensador; pero por su manera de escribir, mejor dicho, por su modo de decir las cosas, se ve que es jesuita. Este es su mayor castigo: que quizá sin quererlo, acabará en un convento o se meterá de cura de aldea. ¡Pobrecito! Por algo firma *Fray Candil*.

Hablemos del crítico. Primero, su manera no es suya. La ha copiado en parte de Valbuena y en parte del doctor Nordau. Quiere imitar, mejor, igualar a estos autores, y no puede. Para llegar a Valbuena, le falta gracia y soltura; para llegar a Nordau, ciencia y talento. Es un desgraciado. Pretende hablar y no consigue sino hacer *muecas*; quisiera pensar serenamente y sólo puede juzgar *al través de sus nervios*.

Quiero, honradamente, hacer esta declaración: Bobadilla no es torpe, es necio. Y, por hoy, basta de necios...

RUFINO BLANCO- FOMBONA

Medallón.

Fué encima de la pampa americana, ardiente y deseosa como inviolado sexo de virgen tropical. El sol la había dorado con sus pinceles de fuego, tanto que a lo lejos parecía el manto de oro de algún Inca galante que lo hubiese extendido sobre la tierra para que sirviera de alfombra al paso de su ñusta. Sobre esa pampa pasó una vez Bolívar con su mirada de águila caudal y su aspecto de estatua grie-

ga vaciada en bronce, conduciendo a la victoria sus épicos soldados intuitivos, cuyas lanzas amenazantes apuntaban al cielo, no implorando, sino exigiendo justicia y libertad. Las huestes valerosas de San Martín, aquel ínclito guerrero que pudo hacerlo todo y, sin embargo, hizo muy poco, porque le sobró ingenuidad y le faltó ambición, pasaron también sobre esa pampa. Después dejó sus huellas Juan Montalvo, quien en vez de pasar al frente de batallones de guerra, fué llevando, pleno de arrestos y altiveces, las poderosas baterías de su prosa libertaria.

Sobre tal pampa, prestigiada por esas huellas luminosas, había un gran silencio de antesala mortuoria. Nada se oía y nadie quería turbar ese silencio. El mismo viento pasaba sin hacer ruido, como un ladrón que se alejase de puntillas. Sólo el sol era sonoro, pues sus rayos derramaban cataratas de luz, y una luna exagerada es como una música ruidosa! Derepen-

te, un titánico bullicio animó aquella pampa. Fué como si cien caballos de guerra avanzaran en tropel, o el mar, con un anhelo de conquista, ensanchase sus dominios, o un Amazonas tempestuoso se desbordara sin medida. ¿Qué era aquello? Era un hombre que hablaba: Rufino Blanco-Fombona. No era un guerrero, pero era un conquistador. Como Bolívar, tenía una sublime ambición: la conquista de la libertad. Si aquel la consiguió con la espada, él la conseguiría con la pluma.

Tal se me antoja la aparición en las letras americanas de este tigre de Bengala. Hince un día la garra en la conciencia misma de su patria y dándole una sacudida formidable le enseña sus lepras y le dá el remedio: así, *El Hombre de Hierro*. Otro día clava las pupilas ávidas en uno de esos crepúsculos de sangre tan frecuentes en nuestros cielos; mira el correr de un río; gusta la quietud de los campos; rememora

su vida; se contempla interiormente; siente que el corazón le palpita por una mujer, pues también los tigres son contemplativos y tienen corazón, y produce la *Pequeña Opera Lírica*. Viaja por todo el mundo, viaja mucho, estudiando, pensando, sintiendo; su único equipaje es la lámpara de Aladino, el mago de las leyendas árabes; y en el descanso escribe un libro sincero, desenfadado, viril.

Y su prosa ¡qué prosa! A mí me hace pensar en un garrido caballero, jinete sobre unos de esos potros arrogantes que caminan braceando como si hicieran lujo de su hermosura. Va el caballero llamando la atención de las gentes con la elegancia de su hablar y la pureza de su estilo. De pronto, el potro relincha y entonces ¡adiós gramática!, pero luego vuelve a ser él. Y si por acaso chocan con un escollo los cascos de su potro qué chispas las que lanza: son sus panfletos, que hieren como rayos y a-

lumbran como relámpagos. Hoy vive en España, y yo quisiera preguntar a los españoles cuántas cosas han aprendido de este criollo.

Blanco-Fombona más que un americano es un pedazo de América. Casi es la América misma. Como ella tiene tempestades y cielos claros, rugidos de fiera y dulzuras de prado, estremecimientos de volcán y remansos de fuente. Cuando se lee sus libros pasan ante la imaginación ríos, mares, cielos, fieras, fuentes y volcanes americanos. Inclinarle ante él es inclinarse ante la América...

LOS HERMANOS GONZALEZ BLANCO

Edmundo, Andrés y Pedro González Blanco son tres escritores españoles que conocerán seguramente casi todos mis lectores, unos de oídas, otros de lectura. Ignoro cuál es el mayor. El mejor, a mi modo de entender las cosas, es Edmundo. Hablemos de ellos.

Edmundo es un escritor bastante serio. Es uno de los muy escasos españoles que es-

criben con alguna seriedad. Su libro sobre Strauss es inmejorable. Igual cosa se podría decir del que titula *Jesús de Nazaret*. Se diferencia de casi todos los literatos de su patria en esto: en que piensa. Para ser respetado, ¡eso basta!

Andrés. Andrés González Blanco es un pendejo de marca. Tiene todas las agallas de los que quieren hacerse célebres a todo trance. El, como Bobadilla, es poeta, novelista, crítico, sociólogo, cuentista y una porción de cosas más. También es erudito, lo cual quiere decir que ya es despreciable. Todos los bellacos tienen sus manías: la de éste es la citorrea. En sus libros se divierte uno mucho más que en un circo. Baraja ideas ajenas con la misma facilidad que el payaso chistes que no son suyos. Dogmatiza como magister y se llama, muy suelto de huesos, el mejor crítico español. El mejor crítico español, creo que sí puede ser por aquello de «tal hueso para tal perro». Lali-

teratura española actual, tan mala como es, tiene necesidad de un crítico malo, aunque siendo González Blanco no es malo sino... peor. ¡Qué pobres diablos son los escritores de España! Salvando a unos cuantos, sólo cacatúas puede verse en el panorama de la literatura y el pensamiento españoles. Quedamos, pues, en que el mejor crítico español es Andrés González Blanco.

Pedro es lo peor de la familia. Seguramente su señor papá lo fabricó en un momento de cólera, según el decir de las viejas de mi tierra. Conste que yo no he leído nunca nada de este buen señor. Le he oído dos conferencias que diera en Lima, y por ellas le juzgo. Aseguro, pues, que es un mentecato que no ve dos cuartas más allá de sus narices. En una habló contra no me acuerdo qué revolucionarios mexicanos. Inútil decir que fué contratado para eso por el señor Carranza, actual presidente de México. ¿Qué nos importaría a nosotros la política in-

terna de aquel país? En otra dijo estupidez y media sobre la literatura española. Habló contra Echegaray, Pérez Galdós, Benavente, Valle-Inclán, y todos los españoles que pudo. Los ridiculizó contando detalles más o menos miserables de su vida, como si por ellos se pudiera juzgar sus obras. Me calenté y me sañí. Alguien me ha dicho que este Pedro González Blanco habla así por envidia, pues siendo contemporáneo suyo nunca pudo formarse un nombre, viéndose últimamente obligado a oficiar de traductor. Es muy probable.

Para ser justo debo confesar que en Lima tuvo un gesto verdaderamente admirable. Es cosa acostumbrada en estos pueblos reportear a cualquier títere que llega del extranjero. En la capital del Perú, un jóven Balarezo Pinillos que tiene mucho ingenio para escribir sobre adoquines y chimeneas y que desde hace poco tiempo quiere sentar plaza de «literato» sin tener dedos para organista, al hacerle un reportaje, le preguntó:

—¿Quién le parece el primer literato español?

Don Pedro repuso:

—Mi hermano Andrés.

El joven Balarezo se quedó de una pieza.

RAMON DEL VALLE INCLAN

Días pasados, un joven amigo mío, bastante inteligente y leído, me hizo una especie de interrogatorio sobre la actual literatura española. Le manifesté mi escaso entusiasmo por los escritores de España, y como él me dijese que era desatinada mi opinión y me preguntase si creía que todos los españoles son unas malas bestias, hube de contestarle repitiéndole seis u ocho nombres que, en mi concepto, son los únicos que pueden salvarse de este mar de estupidez y fraseología

que es la literatura de hoy en España. Entre esos nombres no estaba el de don Ramón Javier María del Valle-Inclán y Montenegro. Suponiendo mi interlocutor que me hubiese olvidado del «gran don Ramón de las barbas de chivo», me lo recordó. Le repuse:

—Don Ramón del Valle-Inclán, ciertamente, no merece ser despreciado, pero creo que tampoco es acreedor a mi respeto.

Poco faltó para que le diese un vahido. Abrió tamaña boca, se puso pálido y se quedó petrificado en el asiento, con ganas de no levantarse nunca. Por felicidad mía, estaba el chico sentado. Si mi respuesta la recibe de pie, de seguro que se hubiera caído al suelo y roto el cráneo por lo menos. Después de unos minutos, que aprovechó para tomar aire, rugió:

—¡Qué herejía!

—Sí, mi amigo. Esto le parece a usted una herejía y crea que a mi también me lo hubiera parecido si hace dos o tres años alguien me lo hubiese dicho. Cuando se es

joven y se lee por primera vez a Valle-Inclán, se entusiasma uno más de lo necesario con la elegancia de sus frases, la limpidez de su estilo y la casticidad de su lenguaje. Después que uno ha ido creciendo en edad y en estudios, se va despegando poco a poco de aquella admiración, porque ya no buscamos únicamente en el escritor la pureza de su verbo sino también, y acaso de modo especial, la solidez de su pensamiento o la grandeza de su imaginación, que nos produzcan o el deleite de pensar o el placer de sentir. Y Valle-Inclán, amigo mío, no satisface entonces nuestras aspiraciones, porque él no sabe ni pensar ni hacer pensar, ni sentir ni hacer sentir. El no pasa de escribir bien, todo lo maravillosamente bien que usted quiera. Me dirá quizás, que eso es suficiente para ganarse la inmortalidad. Pero yo le responderé dejando que el tiempo lo diga.

Pasados treinta o cuarenta años, y muerto Valle-Inclán, nadie se acordará de su li-

teratura y algún comentarista de entonces escribirá: «Ramón del Valle-Inclán, escritor nacido en 1869, autor de mas de una docena de volúmenes, de los cuales los mejores son: *Romance de Lobos*, *Flor de Santidad* y las *Sonatas de Primavera*, *de Estío*, *de Otoño* y *de Invierno*. Se distinguió especialmente por su indumentaria caprichosa y sus poses nada originales. Usaba unas barbas que un gran poeta americano comparó con las de los chivos, y unos quevedos fenomenales. El formato de sus libros guardaba relación con el de su persona: les hacía poner grandes adornos y feroces garabatos y eran impresos con tipo de catorce a veinte puntos, lo cual tenía por objeto aumentar el número de páginas y engañar a los bobos. Era muy curioso en sus posturas: una vez, habiendo perdido uno de los brazos en un vulgar pugilato, declaró que se lo habían cercenado en un duelo a sable, que tuvo, por defender el honor de una dama. Maneja-

ba el castellano con pureza, gracia y flexibilidad singulares, y puede asegurarse que fué uno de los mejores estilistas de su tiempo».

FEDERICO HEBBEL

A Ricardo Baeza debemos la traducción al castellano de la *Judith* de Federico Hebbel, y a Jacinto Grau un hermoso estudio crítico de la obra. A Grau y a Baeza debemos también otras muchas cosas. Al primero, las tragedias *Entre llamas* y *El Conde Alarcos*, que son, a mi ver, las mejores producciones del teatro español contemporáneo, con perdón, sea dicho, de Jacinto Benavente y Manuel Linares Rivas. Al segundo, unos admirables juicios sobre

André Suáres, Oscar Wilde, Gabriel d' Annunzio y el mismo Hebbel, y un atinado y contundente garrotazo al señor Felipe Sassone, mi paisano, poeta de guardarropía y literatillo de tres al cuarto.

Dice el señor Baeza que «el teatro es la manifestación artística que mejor representa la conciencia de un pueblo, y merece atención preferente sobre todas las demás». No. Eso se puede decir de la novela. El teatro siempre será *teatro*. No copiará jamás á la naturaleza o la vida. Lo más que se puede hacer, lo más que se ha hecho, es interpretar fragmentariamente el alma de un pueblo, resolver un problema, no todos, de su psicología. A mí el arte teatral se me antoja una poderosa lente fotográfica que tiene el mérito de hacer resaltar los detalles de la vida, haciendo que los espectadores se solidaricen con las simpatías u odios del autor, pero que, en cambio, no puede alcanzar a reproducir íntegramente lo que es la conciencia humana, porque al hacerlo

correría el peligro de caer en la desunidad y confundir al espectador. Por eso es que casi todas las obras que se llama *de tesis* fracasan en la representación. La tesis no está bien en el teatro, pero sí en el libro. El poeta de hoy, el poeta moderno, no debe limitarse a estar encerrado en su «reino interior»; debe confundirse con su pueblo, para, estudiando sus cualidades, marcarle sus derroteros. El señor Baeza opina en contrario. Dice: «El poeta no hace nunca obra de polémica ni de propaganda». No sea usted, magister, amigo Baeza. Yo creo lo contrario: el poeta debe conducir a las multitudes, y para eso necesita de la propaganda y la polémica.

La *Judith* de Federico Hebbel es, no sé cómo decirlo, una de las obras más admirables que tiene el teatro de todos los siglos. Es, sobre todo, la obra de un poeta desdoblado de un pensador alemán. Su Holofernes, el protagonista, es una figura gigantesca que se presenta con las caracte-

ísticas de un *übermensch*. Guerrero al servicio de un rey, declara un día, con un orgullo casi salvaje, que quiere «someterle el mundo y una vez que le tenga, arrebatar-selo!» Judith, uno de los personajes centrales de la tragedia, es una supermujer. Sus frases, casi siempre sentenciosas, sacuden como un temblor de tierra el alma del lector «Rezo —dice— para sumergirme en Dios, como una especie de suicidio».

No soy amigo de explicar el argumento de los dramas o novelas, como suelen hacerlo casi todos los críticos. Además, no estoy haciendo una crítica, ni mucho menos, de la obra de Hebbel. Apunto mis impresiones, nada más. Pocas veces, he leído una obra más conmovedora y que invite tanto a pensar como esta tragedia. Casi todos los personajes tienen una lucidez intelectual verdaderamente asombrosa. Mas los diálogos entre Holofernes y Judith rayan en lo maravilloso. Holofernes pregunta:

«—¿Qué es el pecado?

—Lo mismo me preguntó una vez un niño. Le dí un beso. A tí no sé qué contestarte.»—le responde Judith.

Comentando esos renglones sería muy fácil escribir un bello libro. ¡Cuánto misterio hay entre líneas!

En el último acto, Judith le dice:

«—¡Aprende hacer caso de esta mujer! ¡Ha venido para matarte! ¡Y te lo dice!»

Y el gran Holofernes le responde:

«—Para defenderme de tí, no tengo más que hacerte un hijo.»

Basta. No quiero extenderme más. Algún día escribiré largo y tendido sobre esta tragedia que tanto me ha impresionado. Por ahora, me limito a enviar desde aquí un saludo de agradecimiento a Ricardo Baeza por el bien que traduciéndola ha hecho a los lectores castellanos.

EDUARDO MARQUINA

He aquí uno de los valores más positivos de la España actual. Eduardo Marquina es, indudablemente, un gran poeta. A través de todas sus obras se le ve de cuerpo entero. Tiene ese mérito. En sus libros él es siempre él. Nada de imitaciones. Tendrá, como todos, influencias extrañas. Muy bien. Pero no alcanzan nunca a opacar lo suyo, lo medularmente suyo.

Tiene una chifladura: sentar plaza de poeta civil. Es un desastre. Esto le lleva

a escribir las *Canciones del Momento*, que son pistonudamente malas, y las odas a las ciudades que ha recorrido con la compañía de María Guerrero y Díaz de Mendoza, en su gira última por la América del Sur. Ya se vé que tiene su quid este asunto, como no podía ser menos, y el tal quid consiste en adular a los pueblos por donde ha pasado para que los Ateneos le dieran banquetes y le concedieran «audiencia» los presidentes de república. ¡Qué pícaro!

Si Marquina es admirable como poeta por su maravilloso *Vendimión*, su *En Flandes se ha puesto el Sol*, su *Tierras de España* y muchas de sus *Elegías*, es vituperable como hombre, por servil, por necio y por hipócrita. Allá va la razón de estos adjetivos.

Antes de salir de España, Marquina, interrogado por un periodista, declaró su admiración vehemente por las letras americanas y, entre otras cosas, puso sobre los cuernos de la luna a mi paisano el señor

Sassone. Al hacerlo se diría: «con esto me gano la simpatía de los peruanos». Nos creyó tontos. En Lima, un selecto grupo de periodistas ofreció un té de despedida a la genial Tórtola Valencia. Fué invitado Marquina, y allí, recuerdo que, discutiéndole sus ideas sobre América, de cuya superioridad intelectual, moral y política sobre su país se habrá dado cuenta, le dijimos:

—¿En verdad, cree usted, Marquina, que Sassone es un dramaturgo admirable?

—Por lo menos, el título de su obra *Lo que se llevan las horas* es bastante bueno...

La respuesta entrañaba una cobardía. O tenía vergüenza de sostener lo que dijo al periodista español, o tenía miedo de malquistarse con nosotros, pues se percató oportunamente del desprecio que en el Perú tenemos, los que sabemos pensar, por el compadre Felipe.

También recuerdo que antes de sentarnos a la mesa, Tórtola nos aseguró que Marquina no la quería bien y se manifestó

un poco fastidiada con la presencia del poeta de *Vendimión*. Bueno; a los postres, nos entregó un álbum suyo que debíamos firmar todos los presentes. Marquina puso más o menos: «A Tórtola Valencia, alma de España», y se lo pasó. Después de leerlo, ella dijo al inteligente *Croniqueur*, que estaba a su lado: «Yo siempre creeré que Marquina es un animal». (!!)

Imaginaba yo que Marquina vendría con gran melena, capa española, zapatos de torero y noble espíritu bohemio. Recuerdo haber visto un retrato suyo con tal indumentaria. Pero parece que él quiso hacernos a los americanos *teatro* de modestia y burguesía. Y nos lo hizo, que conste; pero nosotros le tomamos el pelo. Un día le dije yo, en un almuerzo a la criolla, que le ofrecí: «¿Marquina, por qué usa usted medias de algodón? Es de mal gusto...»

RICARDO LEON

El señor Gómez de Baquero, inteligente y acucioso crítico español, al hablar de un libro de Ricardo León, comienza lamentándose por la que él llama «la extinción del estilo». Dice que «la precipitación de la vida moderna hace que se lea muy de prisa. La mayoría de los lectores lee en los libros, no las palabras, sino los conceptos e imágenes que ellas acarrearán. El estilo se va haciendo una cosa superflua». Como

era de esperarse, dice estas cosas con el objeto de hacer resaltar los méritos del señor Leon, «escritor que cultiva los primores del habla y se presenta como heredero de la tradición culta y erudita». Creo que está en error el señor Baquero. Y es deplorable, porque el señor Baquero es hombre de muchas luces y vastos conocimientos. Hoy no asistimos a la extinción del estilo, no; más bien, presenciamos el nacimiento de un estilo nuevo, que pudiera llamarse *un estilo sin estilo*. Es decir, que —repito lo que dije en otra ocasión— a los hombres modernos sólo nos importa el hacernos entender; eso nos es suficiente. No nos interesa el cómo digamos las cosas, sino las cosas que digamos. Ahora, decir grandes conceptos, bellas imágenes y nuevas ideas, y decirlos bien, es harina de otro costal. Más méritos tendrá, naturalmente, el gran pensador que sepa expresar sus pensamientos que el que no lo sepa. Pero lo primero influirá

muy poco ante la estima de la gente, porque el estilo es algo tan superficial que no merece la pena de hacer por él cuestión de estado. Yo le podría decir al señor Baquero, como su amigo el purista indignado, que «¡se puede ser escritor sin saber escribir!»

Por lo demás, hay que felicitarse de que la mayoría de los lectores modernos lea en los libros, no las palabras, sino los conceptos é imágenes que ellas acarrean. Eso no prueba precipitación sino ausencia de frivolidad. Y prueba también que el arte no debe ser mero juego del espíritu, como quiere Guyau, sino que está llamado a desempeñar un papel importantísimo en el progreso de la humanidad. Oigamos a Eucken: «En nuestros días se afirma que el arte debe ser indiferente a toda materia y a todo contenido y que no debe ocuparse más que de la perfección de la forma; sólo así, se dice, que es completamente él mis-

mo, y que puede sin obstáculos seguir su propio camino. Pero semejante desprendimiento del resto de la vida ¿es bueno en el interés del arte y éste puede dar así todo aquello de que es capaz? El arte, comprendido así, corre gran riesgo de degenerar en una pura maestría de la forma, en una técnica brillante, esplendorosa de virtuosidad, y de no tener detrás de él al hombre todo entero, de llegar a ser incapaz de influir sobre éste y sobre la humanidad». Y más adelante: «Las grandes obras de arte que hablan de una manera duradera a la humanidad ofrecen la particularidad de que en ellas toda oposición de contenido y de forma ha sido superada, y con la perfección de la forma han expresado plenamente lo que llenaba el interior de la vida».

Bueno. A todo esto me he olvidado de lo que tenía que hablar. Tenía que hablar del señor León, novelista y poeta. No

están demás las ideas arriba apuntadas, que refuerzan las citas del filósofo alemán. Si destruimos los argumentos de que se vale Baquero para elogiar a León, es como si hubiéramos destruído al mismo señor León. Se va de narices. El autor de *Casta de Hidalgos* no es sino un estilista, y por cierto que no de los muy buenos. Há llamado la atención por su manera arcaica y su espíritu, conservador *a outrance*. En sus libros, tanto de prosa como de verso, se advierte que tiene alma de polilla, corazón de sacristán, cerebro de hortera.

Si fuera necesario clasificarlo, yo aseguraría que el señor León es un escritor intestinal. Diré el porqué. Pues sencillamente, porque antes de escribir piensa en el estómago. Un hombre como él, de relativo talento, no puede creer sinceramente que el Catolicismo, con toda su legión de frailes gordos, es quien menos daño ha hecho a la nación española. Muchas veces,

traído de los cabellos, nos presenta en sus novelas un sacerdote, con el solo fin de tener oportunidad para defender su religión. Es que los frailes, me parece, deben pasarle una pensión. Que le aproveche...

VICTOR PEREZ PETIT

Víctor Pérez Petit, siendo un gran escritor, es un desconocido. Ha nacido en el Uruguay, y allí ha publicado sus libros. Estoy casi seguro de que sólo lo conocen los intelectuales. El público grueso, la Gran Bestia, como le llama Vargas Vila, lo ignora. Y es porque Pérez Petit no ha publicado sus libros en Europa. A los escritores que publicamos en nuestros propios países no nos conoce ni Moya. Esto de Moya es un decir. No se vaya a creer que

me refiero al periodista español del mismo apellido. Para hablar de Petit, que escribiendo es por cierto menos *petit* de lo que pudiera sospechar cualquier Perogrullo de esos que tanto abundan en América, hay que hacer una separación de labores. Los puntos culminantes de su obra son dos. A saber.

Primero. Pérez Petit es gran poeta, tan grande, por lo menos, como Darío, Lugones, Almafuerce, Nervo, Chocano, y otros prestigiosos portaliras americanos. *Joyeles Bárbaros*, me sirve para hacer esta afirmación, que algunos necios encontrarán quizá demasiado rotunda y dogmática. *Joyeles Bárbaros* es un libro de sonetos que tienen una justeza de líneas de mármol clásico. Más que escribir sus versos, Pérez Petit los esculpe. Tienen, además, una serenidad parnasiana que es exótica en nuestro idioma. Sin embargo, a veces grita, grita por medio de metáforas relum-

brantes y sonoras como chasquidos de látigo en el silencio de un desierto. Su manera de decir las cosas la encuentro personalísima. No sé si me equivoco. Véanlo ustedes. Hablando de un tren, dice que al pasar dejó «un atronador derroche de chispas», y luego:

..... ya lejos, su alarido
se clavó en las entrañas de la noche

¿No es esto de una originalidad rarísima? Transcribo un soneto suyo llamado *La creación de los desfladeros*. Y pregunto: ¿se ha escrito muchos en lengua castellan: tan hermosos como este? Ved que belleza de concepto, qué rotundidad de endecasílabos, qué justeza de expresión:

Era en los tiempos rudos y salvajes
en que el hombre y los dioses combatían
en duelos formidables que tenían
del mar los iracundos oleajes.

Empañaban del cielo los celajes
las columnas de polvo que subían
bajo el pie de los cíclopes que ardían
como fraguas de férvidos corajes.

Alguna vez un golpe se extraviaba
en el furioso ardor del entrevero
y en la rocosa tierra se incrustaba.

Y al retirar el cíclope altanero
su espada del peñón allí quedaba
la senda de un atroz desfiladero!

Segundo punto: Pérez Petit es crítico
sesudo, enjundioso, acucioso, avizor. Como
Blanco-Fombona, pienso que su libro *Los
Modernistas* debería llamarse *Los Moder-
nos*. ¿Por qué modernistas? En este libro
hay juicios definitivos. El estudio, por
ejemplo, de la lírica francesa, es acabado.
Además, como prosista tiene momentos
felicísimos, nada más que momentos, ¡eso
sí! Ejemplo de esto son sus renglones sobre
Victor Hugo.

¡Salud, Pérez Petit!

OPINIONES

CAMILA SANCHEZ

He aquí un libro olvidado. Al menos que yo sepa, nadie se ocupa de él. Y aunque este olvido no le importe ni poco ni mucho al simpático López-Penha, yo protesto. Y conste que protesto no porque me da la gana simplemente sino porque ese olvido es injusto. *Camila Sánchez*, como novela, no

(*) Este artículo fué escrito y publicado el año de 1918. López-Penha, según colijo de varias cartas suyas, tiene en muy poca estima esta novela. En la dedicatoria de un ejemplar me dice que «fué escrita a guisa de distracción, al correr de la pluma», y después: «no me hable nunca de la impresión que le

es una maravilla, ni cosa que lo parezca. Antes bien, por su desarrollo, por su argumento y principalmente por su estilo, un estilo de comunicado de periódico provinciano a veces y a veces de suelto de crónica, merecería ser arrojada al canasto si en cambio de sus muchos defectos no tuviera méritos de muy subidos quilates.

Como primera providencia hay que declarar que *Camila Sánchez* es obra de juventud. El estilo la delata. Basta leer

produzca CAMILA SANCHEZ si llega algún día a sus manos para mala suerte suya y peor suerte mía»

Escribí el anterior artículo, que hoy reproduco algo corregido, contrariando los deseos de mi gran amigo, casi involuntariamente. Hallábame en la Oficina de Correos, conversando con un director de periódico que me pedía con recalcitrante insistencia un artículo de crítica «para honrar sus columnas» Le manifesté que no tenía sobre qué escribir, pero que tan luego hubiera motivo lo haría muy gustoso, y ya se iba a dar por satisfecho el peticionario, cuando un maldito empleado me avisó que había un certificado para mí. Mi sorpresa fué mayúscula al encontrarme con el libro de López-Penha, que yo, dicho de paso, le había solicitado. Entonces el periodista provinciano me preguntó: «¿Se negará usted ahora?» -Claro que no, fué mi respuesta. Y al día siguiente le entregué el articulejo.

He aquí la razón de haber contrariado al ilustre López-Penha, tan maravilloso poeta como grande y generoso amigo.

Las primeras páginas para percatarse de que su autor cuando escribía el libro estaba recién aprendiendo a manejar la pluma. Se me antoja, sin embargo, que ya tenía pretensiones de literato, esas pretensiones que todos hemos tenido en los primeros pasos de nuestra carrera artística. Por eso, después de dos o tres páginas de prosa sencilla, pero con sencillez de reportero, asoman unos cuantos renglones de «literatura», en cuyas entrelíneas se palpa el esfuerzo que se ha hecho para «hacer frases».

La acción novelesca del libro es bastante pobre; casi puede decirse que no tiene. Muy claro se ve que fué escrito sin plan ninguno, a lo salga pato o gallareta. Malicio que escritas unas treinta o cuarenta páginas, López-Penha quiso acabarlo cuanto antes. Por eso fué acumulando escenas, agregando situaciones y arrimando personajes sin ton ni son. Hay capítulos que se podrían suprimir de plano, sin por ello alterar la sencillísima trama de la obra. Luego, al final, el autor no

sabe ya que hacerse con la novela, y la acaba de golpe, casando á sus dos protagonistas.

Señalo, no como defecto, sino como síntoma de mal gusto, el modo de nombrar los personajes. Me refiero a la tosquedad de sus apellidos o nombres. Esto mismo se advierte en *El Hombre de Oro*, la estupenda novela de Blanco-Fombona, que es, a mi juicio, la mejor de cuantas se han escrito en América en género *americano*. Uno de los personajes de *Camila Sanchez*, por ejemplo se llama Crisóstomo Quijada; otro apellida. García del Cocotal. Ni más ni menos que sucede en la citada obra de Fombona: el protagonista tiene el nombre de Andrés Rata; a un médico de mala muerte y sacapotra por añadidura lo bautiza con el nombre de Cirilo Matamoros. ¿No es esta una forma de ir ridiculizando los personajes? Claro que sí. Y yo creo que el novelista no debe valerse de esa clase de recursos para hacernos simpatizar o aborrecer a tal o cual de sus tipos. Casi es una prueba de que no está seguro de

caracterizarlos bien. Además, me parece que un escritor, un buen escritor de verdad, escribe no con palabras sino con sensaciones.

Todo lo dicho son los defectos del libro. Veamos ahora sus méritos. Cuando se quiere escribir la historia de la novela americana —fíjese bien, *americana*— se tendrá forzosamente que tomar en cuenta esta del gran poeta colombiano; no tanto por sus méritos mismos cuanto porque ella marca el nacimiento del género entre nosotros. Quizás es por eso mismo que está tan llena de lunares. Los primeros partos son siempre, además de dolorosos, poco perfectos en el resultado. Si la comparación no fuese grosera yo diría que cuando un género literario está apareciendo es como una mujer que se entrega por primera vez. Si hay hijo, el hijo sale raquítico, porque es concebido sin arrebatos sensuales. Acaso influyan en ello el temor de una sorpresa en lo mejor de la función, el deseo de acabarla cuanto antes y el natural

pudor de las mujeres primerizas. En la literatura sucede lo mismo.

Inútil es decir que todo cuanto hay de bello en *Amila Sánchez* es debido exclusivamente al fuerte temperamento artístico del poeta, del poeta que luego escribirá esos originalísimos versos de *El Libro de las Incoherencias*. Para pintarnos uno de sus tipos nos dice que llevaba el sombrero de amplias alas «misteriosamente tumbado sobre el ojo izquierdo». No necesita más para presentárnoslo. Ya lo conocemos. Es un tipo de esos que se ve todos los días y que más tarde describirá Luis C. López en uno de sus mejores sonetos:

y del gorro, que porta a medio lado,
surge la hirsuta rebelión del pelo.

A veces con sólo un adjetivo dice lo que muchos no podrían decir en todo un volumen. Así, hablando del idioma de Byron, dice «la ladrante lengua de John Bull». Una verdad como un templo. ¡Vosotros cuando estáis escuchando a unos cuantos ingleses, no sen-

tís una impresión como de oír un terrible aullido de perros? Será quizá por la analogía-espiritual de perros y británicos. .

Ah!, lo más notable del libro es su amargo dejo de humorismo, un humorismo que casi emparenta con la ironía. ¡Con cuánta gracia y con cuánta crueldad a la vez se ríe nuestro autor de la pobre tierruca! Allá en Barranquilla-nos lo dice en carta particular- las buenas gentes mestizas se sublevaron con furia elevada al cubo.

Una aclaración: López-Penha novelista, es a López-Penha poeta, como Salvador Rueda a Victor Hugo, pongo por caso.

LOS POETAS CHILENOS

En el Perú se ha creído siempre que nuestros enemigos del sur son unos imbéciles. Confieso que yo participaba de esta opinión hasta hace muy poco tiempo. Pudiera, acaso, decirse que el abismo que la guerra del 79 puso entre ambas naciones, nos hacía cerrar los ojos para no ver si realmente había allí verdaderos valores intelectuales. Pero no es eso lo cierto. En efecto, hasta que no aparecieron las últimas

generaciones no hubo en Chile valor literario de ninguna especie. Lo puedo asegurar.

En otros ramos del saber y el arte humanos alguna que otra vez dimos importancia a un chileno. En literatura nunca. Siempre creimos a los chilenos hombres habilidosos para la política, inteligentes para la industria, fuertes para la guerra; nunca les concedimos ni un ápice de talento. Suponiéndolos demasiado «prácticos» jamás pensamos en que allí pudiera nacer un poeta. Cuando nos hablaban de un escritor chileno reíamos con una risa de desdén. Nos parecía que un poeta de Chile tenía que escribir versos empleando palabras como la *guata* y el *pu*. En fin, que eran unos pobres diablos. Y yo estoy empeñado en creer que la razón estuvo de nuestra parte.

Pero hoy, gracias a las dos últimas generaciones, tenemos que reconocer, si queremos ser justos, que Chile es uno de los pueblos que van a la cabeza del movimien-

to literario de América. Estoy plenamente seguro de que nunca hubo en estos países una juventud tan numerosa y a la vez homogénea y brillante como la actual juventud de Chile. Hay allí una veintena de poetas de los que cabe esperar obras que honren la literatura de este continente. Hablaremos de algunos de ellos.

LUCILA GODOY. Hace tres años, más o menos, que mi espíritu de quechua rebelde, testarudo y bravío, hizo conocimiento con el reconcentrado, doliente y peregrino de esta mujer maravillosa que firma con el seudónimo de *Gabriela Mistral*. Fué en la revista «*Cervantes*», del ilustre poeta andaluz Francisco Villaespesa. Villaespesa, a quien tantos favores y no pocas desventuras —entre estas puede contarse su detestable influencia poética— debe la literatura americana, el mismo que en el año de 1911 daba a conocer en España la labor, por ese entonces ignorada, de aquel elegan-

te y único apolonida que se llamó Julio Herrera y Reissig, el mismo que desde su citada revista ha presentado ante la consideración del público español los nombres y las obras de muchos ingenios de estos países de América, tiene el honor de haber sido casi casi el introductor en los mercados literarios del idioma castellano de esta estupenda poetisa nacida al pie de las montañas araucanas, para honra de un pueblo hasta ayer infecundo en el arte divino de Nuestra Señora la Poesía.

Yo no podré olvidar nunca la abrupta sacudida que tuvo mi alma al leer por primera vez aquellos *Sonetos de la Muerte*, que luego me aprendería de memoria. Yo no podré olvidar nunca aquel momento, porque en aquel momento me sentí orgulloso de ser americano y pensé que agüeitaba ya tras de la crestería azul de los Andes un sol primaveral, anunciador de una literatura genuinamente nues-

Porque esta poetisa es un innegable producto racial. El americanismo no consiste solamente en cantar las cosas de América sino, y quizá eso es lo esencial, en la manera de cantar. La raza americana por el hecho de ser resultado de un cruzamiento entre españoles valerosos y audaces e indios fieros y salvajes, tiene como características psicológicas un desorden, una dureza, un vigor y un ímpetu desenfrenado de decirlo todo con claridad de agua corriente, que jamás se ha visto en raza alguna. Y esto, por encima de otras cualidades, es lo que define de manera inconfundible la personalidad estética de Gabriela Mistral. Cuando esta mujer se pone a gritar a pulmón abierto las amarguras de su corazón lacerado por desgracias precoces y las expansiones de un amor insatisfecho, cree el que las escucha encontrarse en plena selva, donde una princesa india, desnudando el cuerpo y enérgico el ademán, se arro-

jase sobre la tumba del amado desaparecido, para quemar a besos la tierra que le cubre.

En nuestro idioma nunca resonó verso más lleno de amargura, de fuerza y de verdad. Nunca corazón castellano se vació en poemas, tan plenamente como el de ella. Nunca pluma de mujer expresó con más claridad las reconditeces de un espíritu. Asombra y exalta que una mujer diga las cosas que ella dice. Nuestras mujeres fueron siempre y son aún amigas del recato. No descubren su corazón para sanearlo con el aire de fuera, aunque las esté quemando. Más que el pudor de su carne tienen el de su espíritu. Justo sería declarar que obran así más que por propios sentimientos por temor a prejuicios sociales. Y es que en nuestras sociedades, estas mestizas sociedades de la América llenas de pretensiones aristocráticas y gustos de rastacuero, la hipocresía se ha convertido en virtud. Han

declarado guerra sin cuartel a la verdad. Se llega hasta tolerar que un hombre lance imprecaciones más o menos rotundas y más o menos groseras; pero no se consiente que lo haga una mujer. Gabriela Mistral tiene ese mérito: se ha reído de los prejuicios. Por eso, siendo femenina hasta donde puede serlo una hembra, a veces parece un macho. Sus versos tienen la dulzura de la fuente, pero entre líneas se advina el arretrato del río tempestuoso. Hay poemas suyos escritos para ser leídos en voz baja, y, sin embargo, tienen toda la franqueza de un alarido. Estudiemos sus *Sonetos de la Muerte*.

Gabriela Mistral, según se me cuenta, tuvo un enamorado. Este hombre tenía relaciones con una mujercilla de quilombo. Una noche, devorada por los celos, esa ramera le asesinó. El dolor clavó su terrible puñal en el corazón puro y ardiente de nuestra poetisa. Ese dolor será eterno. Al día siguiente de realizado el crimen, doble

porque asesinándose a un hombre se des-
trozaba un corazón, el cadáver del amigo
fué enterrado. Entonces, Gabriela escribió
el primero de *Los Sonetos de la Muerte*.

Del nicho helado donde los hombres te pusieron,
te bajaré a la tierra humilde y soleada...
¡Que he de dormirme en ella los hombres no supieron
y que hemos de soñar sobre una misma almohada!

Te acostaré en la tierra soleada con una
dulcedumbre de madre para el hijo dormido,
y la tierra ha de hacerse suavidades de cuna,
para tocar tu cuerpo de niño dolorido.

Luego iré espolvoreando tierra y polvo de rosas,
y en la azulada y leve polvareda de luna,
los despojos livianos irán quedando presos.

Me alejaré cantando mis venganzas hermosas,
porque a ese hondor recóndito la mano de ninguna
bajará a disputarme tu puñado de huesos!...

¡Qué amargura, Dios mío! ¡Cuánta tris-
teza y a la vez qué tremenda amenaza hay
en estos versos! Llama la atención la va-
riedad de tonos y la diversidad de emocio-
nes producidas. Ya es grito de sacrilegio:
¡Que he de dormirme en ella los hombres no supieron
y que hemos de soñar sobre una misma almohada!

Ya ternura maternal:

Te acostaré en la tierra soleada con una
dulcedumbre de madre para el niño dormido.

Ya caricia de pequeñuelo:

Luego irá espolvoreando tierra y polvo de rosas

Y finalmente el grito de la hembra a quien le han arrebatado su único amor. Es la venganza hecha verbo, un verbo empapado en vitriolo. ¿No es verdad que esa frase «la mano de ninguna» parece un puño amenazante?:

Me alejaré cantando mis venganzas hermosas, porque a ese hondor recóndito la mano de ninguna, bajará a disputarme tu puñado de huesos!...

El soneto número II no tiene las bellezas del primero, pero sí un dejo de tristeza que llega a conmover. Como algunas producciones de la Mistral, es un poco trágico. En el segundo cuarteto hay una idea verdaderamente macabra y después una ingenuidad que hace sonreír. La poetisa piensa cavar un hueco al lado del muerto, en la «quieta ciudad»: el cementerio, y después de que la hayan cubierto de tierra, para que no la oiga nadie, le promete conversarle por una eternidad:

Este largo cansancio se hará mayor un día,
y el alma dirá al cuerpo qué no quiere seguir
arrastrando su masa por la rosada vía
por donde van los hombres contentos de vivir.

Sentirás que a tu lado cavan briosamente,
que otra dormida llega a la quieta ciudad...
Esperaré que me hayan cubierto totalmente
y después hablaremos por una eternidad.

Estos amores de Gabriela Mistral, inspiran casi toda su poesía. Rara vez, muy rara, abandona esta cuerda; pero cuando lo hace, cantando sublimes himnos a los árboles, vuelve con nuevos bríos para preguntar al amado muerto si a través de la tierra le pasa «el perfume agudo de las madreselvas». Luego:

¡si bajo la tierra, pegada la boca
bella no tuvieras!

Quizá algún día pueda yo, con más serenidad y reposo, escribir más largo sobre la obra poética de esta mujer. Ahora no puedo sino enviarle un saludo admirativo desde la insustancialidad de estas líneas, pensadas a la lijera y de mero afán informativo, a élla, que es la mayor poe-

tisa actual de lengua castellana.

MANUEL MAGALLANES MOURE. He aquí un poeta cuajado. Ya encontró su camino. Pertenece a la familia de Amado Nervo y en tal familia es uno de los primeros. Con el propio Nervo puede competir de igual a igual. Es místico, no con el misticismo arrebatador del maravilloso González Martínez sino con el tranquilo y alucinado de Juan Ramón Jiménez. Su verso no es sonoro; tiene una suavidad de terciopelo. Este poeta debe ser un hombre bueno. La bondad rebalsa por los bordes de sus poemas. Ha publicado cuatro libros de versos. Es de los dos últimos de los que daré referencias en esta nota. *La Jornada* es un hermoso libro de versos que tienen un ritmo apacible y mesurado. Es verdaderamente asombrosa la tranquilidad de espíritu que se adivina a través de este volumen. No hay en él exaltaciones líricas, gritos de dolor, cantos de júbilo.

Cuando este hombre llora sus amarguras, canta sus alegrías o pinta sus paisajes, nos llega a conmover de tal manera que nosotros comenzamos no a decir sino a suspirar sus versos, como si temiéramos que en la habitación vecina se despertase un niño que estuviese durmiendo. Tiene una *Elegía*, escrita con ocasión de la muerte de Isaías Gamboa, en la cual, sin inventar nuevas formas ni hacer combinaciones métricas, da la impresión más fiel de un momento fúnebre. He leído alguna vez que el *Responso* de Rubén es lo más avanzado en esta clase de tonos fúnebres. Mentira! La *Elegía* de Magallanes va más lejos. Hace temblar. Produce el miedo respetuoso de la muerte.

La Casa junto al Mar, es el último libro de Magallanes. Si no escribiera más versos, este volumen bastaría para cimentar su renombre. Es definitivo. La composición *Los cimientos* tiene una grandeza

que abruma. ¡Y qué serenidad! No hay sobresaltos ni mareas. El verso es claro, puro y dulce como agua de remanso. Yo he salido a la calle, jubiloso y alegre, llevando en las manos *La Casa junto al Mar*, con la intención de leer sus versos a toda la multitud desde la altura de un cuarto piso; pero he pensado luego que acaso la declamación rotunda malograría las emociones. El verso moderno, según leo en un libro de Rodenbach, no es para recitado sino más bien leído en voz baja, cuanto más baja, mejor. Así los de Magallanes.

DANIEL VASQUEZ. Daniel Vásquez es un muchacho genial. No tiene más de veintitantos años y ya es uno de los más notables poetas americanos. Con su verdadero nombre J. Domingo Gómez Rojas, publicó el año de 1913 un libro de versos titulado *Rebeldías Líricas* que es absolutamente malo, tan malo que parece escrito por esos poetillas anarquistas, sin pizca de inspiración,

que inundaron a América ha no mucho tiempo y que felizmente ya han desaparecido. Vásquez debería quemar ese su libro, porque hay entre él y sus obras de hoy una distancia tan grande como la que media entre la Tierra y el Sol. Sin comentario alguno reproduzco dos composiciones suyas para que los lectores juzguen por sí propios y pesen los subidos quilates de este muchacho que llegará a ser, no hay que dudarlo, uno de los mayores poetas de la lengua y una de las mejores honras de América:

DIVINIDAD

Como un milagro siento que la vida
florece con la sangre de mi herida
(Sobre mi corazón pongo la mano...
Siento como se putre mi tristeza).

El éxtasis de Dios es mi belleza,
y el éxtasis de Dios no está lejano.
(Tiembla mi corazón estremecido:
sobre mi corazón Dios se ha dormido).

MISERERE...

La juventud, amor, lo que se quiere,
han de irse con nosotros: ¡miserere!

La belleza del mundo y lo que fuere
morirá en el futuro: ¡miserere!

La tierra misma lentamente muere
con los astros lejanos: ¡miserere!

Y hasta, quizás, la muerte que nos hiera
también tendrá su muerte: ¡miserere!

PEDRO PRADO. Poeta de pujante inspiración es un exaltador de la Vida. Su poesía tiene a veces el sabor democrático de Whitman y otras la vaguedad metafísica de aquel raro espíritu que se llamó Jules Laforgue. Escribe versos totalmente arrítmicos como el americano y libres como Viélé-Griffin o Gustave Khan. Su *Oración al hermano arquitecto* tiene trozos sencillamente sublimes. Hay también en él madera para llegar a las más altas cumbres.

DANIEL DE LA VEGA. Este es autor de *Claridad* (así se llama, si mal no recuerdo, un volumen que me prestó Guzmán Cruchaga) uno de los mejores libros de versos que he leído en estos últimos tiempos. Daniel de la Vega que, en un plebiscito provocado por la revista *Zig-Zag*, obtuvo el nombramiento de «primer poeta de Chile», lo

cual, dicho sea de paso, me parece injusto y estúpido, porque tratándose de poetas no hay primeros ni segundos, pues si a mí me gusta éste a mi vecino puede gustarle aquél, es un espíritu delicado y sutil a la manera de Juan Ramón Jiménez. Alguna vez desdobla su personalidad para adquirir un tono transcendental, simplemente conmovedor:

Todo lo espero del futuro
y al presente no le pido nada,
y me aterro pensando
que el futuro tendrá que ser presente
yo que sueño que el futuro
sea siempre futuro.

ALBERTO MORENO. Es de esos espíritus que son exóticos en nuestra América. En estas tierras llenas de sol y de vida, surcadas por ríos poderosos, con selvas fecundas y campañas pródigas, nada más extraño que un hombre atenaceado por ideas diabolistas y dolorosas. Discípulo de Baudelaire, cuya *Giganta* ha parodiado admirablemente, es uno de los mejores y más intensos poetas de Chile. ¡Lastima que sea bohemio!

JORGE HUBNER BENZANILLA.

Este poeta que así canta a la Luz:

Vi al arroyo anegarse en la luz del oriente.
en pupilas de niño sorprendí su claror.
entró a la pieza tibia de una convaleciente.
¡la luz se ha dado a todos como Nuestro Señor!

embriaga como la propia Naturaleza. Cantor de ella, produce en el alma del lector una especie de exaltación lírica que le hace amar todas las cosas. De un poderoso subjetivismo dinámico, es de aquellos muchachos que caminan con rumbo hacia la gloria.

AIDA MORENO LAGOS. Chile asiste en estos momentos a la gestación de una nueva y muy interesante poetisa. Parecía que con Gabriela Mistral, el bello sexo tenía de sobra razones poderosas para enorgullecerse; pero es necesario agregar a aquel nombre de mujer, ilustre ya en las letras castellanas, el de esta joven poetisa talqueña. Aída Moreno recibe ahora en su espíritu abierto y entusiasta una fuerte influencia de la genial autora de los célebres *Sonetos de*

la Muerte. Sin embargo hay muchas producciones suyas que dejan columbrar lo que será en el mañana quien como ella está dotada de un exquisito temperamento artístico y un grande y fervoroso sentimiento. Ya llegará el día en que se desprenda de una manera definitiva de esa influencia que ahora debe bendecir, porque, mediante ella, sabrá encontrar su verdadera personalidad. Mientras llega ese día hagamos votos porque esta joven amiga nuestra continúe con el mismo brío que hasta hoy, sin hacer caso de los olvidos de la crítica ni resentirse de las acusaciones de imitación que se le hagan, entre las cuales se cuenta la mía ciertamente, que nada pierde más los espíritus artísticos que el arredrarse ante esta clase de obstáculos, que, más que obstáculos, son estimulantes de la acción y el trabajo.

ANGEL CRUCHAGA SANTA MARIA. Hay en el espíritu de este poeta de veintitrés años una formidable tormenta líri-

ca. Cantor de su sombra que queda triste en la pared «como la sombra que dejara un muerto», produce una enorme emoción de tristeza contenida antes de llegar al lamento. Y hace bien en no llorar, que nada es más sandio que contar a los lectores las amarguras de la vida, como si a ellos les importara una higa lo que les sucede a los poetas. Siga por el camino que se ha trazado Angel Cruchaga Santa María, y esté seguro de que la fama ha de llegarle quizá más temprano de lo que piensa.

JUAN GUZMAN CRUCHAGA. El libro *Junto al brasero*, que tengo al frente para escribir esta nota, no tan grande como la quisiera porque además de admirador soy amigo del poeta, me da derecho a decir a todo pulmón que éste a pesar de su aparente desorientación artística y de que su libro es libro de juventud, es el embrión del que ha de ser mañana un inmenso poeta lírico. Pulsa la nota más delicada de la lira. Su poesía

es poesía sentimental de muy altos quilates. Quisieran ya esos poetillas que creen que el sentimentalismo consiste en llorarle elegías a la amada muerta, que las más de las veces es fingida, tener la consistencia medularmente poética de este muchacho que

quisiera hacer del alma un aro azul
para echarla a rodar sobre los valles

PEDRO SIENNA. Hace algún tiempo buscaba yo en los recovecos de mi memoria los nombres que debieran figurar en el anuncio de un libro mío, en gestación aún, *Los Grandes Poetas Nuevos de América*, cuando de repente, acudió solícito el de este chileno, poeta y actor. Inmediatamente eché mano a *Selva Lírica*, la antología de poetas chilenos más completa que conozco. Desgraciadamente, son muy pocas y mal escogidas las composiciones de Sienna que allí figuran, y me fué por eso imposible formar un juicio-definitivo de su rara y compleja personalidad.

Las Rogativas a mi corazón, premiadas

en los Juegos Florales de Santiago, del año 1914, son admirables. Ved un trozo:

.....Y cuando veas ondular
una silueta de pasión,
medita en el dolor de amar,
¡yo te lo ruego! ¡¡corazón!!

LUCIANO MORGAD. He aquí uno de esos poetas que merecen el calificativo de originales. Ciertamente es que éste es solamente original en la América Latina. En Europa no lo sería. Entre nosotros sí, porque es un *futurista* a las derechas. Aquí, el señor Vasseur se ha llamado y creo que aún se llama futurista, pero es justo declarar que su futurismo es nada más que palabrero; nada de acción. Morgad, exaltador animoso de su propio yo, cantor apasionado del Porvenir, es de los que están más próximos al triunfo definitivo.

* * *

Las notas que preceden fueron escritas en los primeros meses de 1918. Salvo los apuntes sobre Mistral, Magallanes Moure y

Vásquez, nada se ha aumentado. Mi opinión sobre los poetas chilenos ha cambiado muy poco, casi nada. Innecesario decir que los que aquí no figuran, a pesar de tener algunos, en su país, tanto renombre como Victor Domingo Silva, Francisco Contreras, Miguel Luis Rocuant y Carlos Mondaca, no son de mi agrado. El señor Silva es un poeta de pacotilla, ridículo parodiador de Chocano, gritón y bulcioso como un cántaro repleto de vidrios rotos; es incoloro: no hay en él personalidad de ninguna clase; pertenece a esa clase de rimadores que han hecho de la poesía un pedestal para conseguir puestos públicos o figurar como miembros de un Ateneo. Contreras no emociona; sus versos están muy bien hechos, pero nos dejan fríos; no entusiasman ni en pró ni en contra; se puede decir que el señor Contreras escribe buenos versos a fuerza de talento, porque eso sí, tiene talento, y lo tiene en tal cantidad que, como Fombona dijo de otro, podría enrique-

cer dos continentes quedando todavía millonario. Su estudio sobre la evolución del soneto es notable, pero es lo único bueno de su libro *Toisón*; en resumen: es tan buen poeta como yo cirujano, pongo por caso. De Rocuant diría lo mismo que de Contreras, si quisiera repetirme; no quiero y por eso no digo nada. Mondaca es más poeta que estos, pero tiene el peor defecto que puede tener un artista: la vulgaridad; sus versos ya se los sabe el lector de memoria; al canasto.

Dos poetas hay de quienes deberíamos habernos ocupado: Ernesto Guzmán y Gerónimo Lagos Lisboa. Los dos merecen puesto de honor. No hablamos de ellos en nuestra crónica de 1918 por olvido. Hoy, ya sería extemporáneo.

¡Aquí, paz y después, gloria!

1775
The first of the year was a
very dry one, and the
season was not very
productive of grain. The
crops were small, and the
harvest was late. The
winter was very cold, and
the spring was very dry.

The summer was very hot, and
the crops were small. The
harvest was late, and the
winter was very cold. The
spring was very dry, and
the summer was very hot.

The autumn was very dry, and
the crops were small. The
harvest was late, and the
winter was very cold. The
spring was very dry, and
the summer was very hot.

The year was not very
productive of grain. The
crops were small, and the
harvest was late.

CARTAS

A DON RAMON VINYES

Debo a *Voces* la inefable alegría de haberle conocido. Usted, excelente Vinyes, es uno de los hombres que han abierto en mi espíritu un inmenso panorama de esperanzas, de esperanzas para esta América tan fecunda en malos escritores, o, por lo menos, en escritores de valor negativo. Yo saludo con una trompetería de victoria la aparición de usted en nuestra literatura.

Quienes nos precedieron se dedicaron a escribir versos sonoros como rugidos de

buey (Chocano), o fríos como mármoles griegos donde asoman siempre, dándoles carácter híbrido, las impetuosidades criollas (Valencia), o gritones y retumbantes como discursos anarquistas (Almafuerte), o de sexo indefinido y de un cosmopolitismo rastacuerizante (Darío), o místicamente lamentosos como niños sensibleros (Nervo).

Nuestros novelistas —Pardo y Blanco-Fombona son excepciones— han buscado tan sólo los lados más triviales de las cosas y los aspectos más monótonos de nuestro paisaje para ponerlos en sus libros.

Nuestros críticos han hecho papeles de ratones atisbadores de gazapos; en cada uno de nuestros países hay más Bobadillas que subprefectos, lo cual ya es decir, y Bobadilla, amigo mío, a pesar de sus violencias, es anodino, por exceso de chistorrea; hay que tomarlo en broma.

Nuestros pensadores no han pensado por cuenta propia; sus ideas han sido siem-

pre de alquiler. Por cada González Prada, Rodó, Ugarte, Ingenieros, García Calderón y Alfredo Palacios, ¡cuánto merca-chifle del pensamiento!

En prosadores hemos andado de cuatro patas: Rodríguez Larreta, a quien tanto se elogia, parece un hombre sin sexo; por más que se busque en su literatura, no se encontrará jamás la garra del varón, como tampoco la caricia afelpada de la hembra. César Zumeta, tan elogiado como Rodríguez, no es sino pulidor de frases; mejor hubiera sido que se dedicara a joyero.

Además, con muy poca frecuencia se ha abierto en nuestros jardines la rosa del panfleto, esa especie de espolón del talento contra la estupidez de los de arriba. Es que nuestros escritores han usado, en lugar de tinta, agua bendita. Y así, cuando se escriba la historia de nuestras letras viriles sólo estos nombres se salvarán del olvido: los Montalvo, Vargas Vila, Blanco-

Fombona y el mío.

Recién, de pocos años a esta parte, se advierte una reacción. Y justo sería declarar que es exclusivamente debida a las modernas generaciones, como también lo sería decir que más está en el verso que en la prosa.

En verso son ya muchos los que están plantando sus pendones de triunfo. En el país azteca hay por ejemplo un González Martínez, tan grande que me asombra no por grande precisamente —pues lo grande más que asombrar, admira— sino por haber tenido la ocurrencia de nacer en América. ¿Usted ha leído a González Martínez? ¿No? Pues es un poeta que hace honor no sólo a nosotros mismos sino al mundo entero. En la patria de usted, Luis C. López y Abraham López-Penha cantan con voces desconocidas. En la mía hay dos que para no herir su modestia no quisiera nombrar, pero que es necesario: José M. Eguren y Luis Fernán Cisneros. En Chile hay

muchos, más de cinco. En Argentina hay uno, que yo sepa, capaz de grandes obras: Rafael Alberto Arrieta. Centro América también fecunda plantas insignes: sirva de ejemplo Pérez Alfonseca.

En cambio, los prosistas son muy escasos: Alfonso Reyes, Jesús Castellanos, Gonzalo Zaldumbide y pocos más. Hace ya mucho tiempo que necesitamos un crítico, no gramatical ni palabrero sino psicológico. En mi patria, Valdelomar se ha ensayado; pero es tan desesperantemente inculto, es decir, ha estudiado tan poco, que hace que en sus juicios nos encontremos con un fárrago de cosas, geniales a veces, pero que no son sino meros productos de una intuición y una imaginación más o menos lujuriosas, y, por lo mismo, desprovistas de solidez, lógica y unidad.

Usted, al revés, nos ofrece un conjunto admirable. Su obra sale del margen corriente. Sus artículos de crítica abren de-

reteros, y es porque trabaja con el estilete del analista ayudado por la serenidad del erudito y la linterna mágica del pensador. Además, se tendrá que reconocer que es acreedor a la gratitud del Continente, porque vulgarizando las literaturas extranjeras hace que los jóvenes ensanchen los horizontes de su pensamiento.

Acabo de recibir la carta que ha tenido la bondad de escribirme con motivo de haber leído los dos libros míos *Panoplia Lirica* y *Hombres y Bestias*, que mandé para la revista *Voces*. Permita que reproduzca unos fragmentos. Vale la pena. En dos renglones nos da un juicio definitivo de Chocano. ¡Lo que dice es la verdad! Luego advierto que sus ideas sobre las letras americanas coinciden con las mías, y siento que la coincidencia me enorgullece. Así resulta que el reproducirlos tiene su pizca de egoísmo. Hélos aquí:

«No conozco bien su literatura. Desea.

ría leerá Abraham Valdelomar, a José María Eguren. Los editados en Europa me merecen conceptos parecidos a los suyos. Chocano es un poeta que se revuelve en grandes imágenes, que en vez de poder ser clasificado por la meditación que despierta el choque poético se empequeñece hasta llegar a veces a lo levemente cómico: «Una estrella condecorando el pecho del abismo» Amo tanto la *pureza* poética!

»Reif für das Leben». Hay un personaje en la obra de Carl Adolf Gjellerup que podría traducirse de las palabras alemanas por «el que ha sido madurado por la vida». Este es mi elogio de usted. «El que la vida no madurará». La inquietud de hoy, la incertidumbre, el deseo, el tantear, endurecerán esta juventud que hoy es excesiva. Vendrán la medida y la poesía. No la medida falsamente clásica; la medida sin medida, el desbordamiento que crea orillas gloriosas.

»Van en «Voces» algunos sonetos suyos. Hay ocultas sorprendentes originalidades. Oh, sí! Creo que sobre grandes marcos de naturaleza sabría poner personajes a los que su sencillez tornaría levemente cómicos. Nada de programas. Poeta épico? No. Influencias de Santos Chocano? Ninguna. Fervor por Marinetti? No. Trascendentalista? Tampoco. Yo digo a Luis C. López poeta pictórico. Poeta pictórico le digo a usted también. Al llamarlo así, esperaríá ver ver en sus poesías algo del paisaje aun no *civil*. Me refiero al paisaje que hay que *sorprender* aún. El paisaje americano de *fuerza*, no de *nombres*.

»Cómo es difícil encontrarnos en esta América! Le confieso mis escasas simpatías por nuestra literatura. Hace tres años, al venir de Europa, me hice el propósito de buscar lo que tuvierámos prescindiendo de este montón heteróclito que París edita. Ahora es cuando empiezo a

interesarme por haber encontrado aquí y allá poetas que valen y que prometen. Uno que otro pensador. Con cuántas dificultades!»

Yo le agradezco, amigo Vinyes, las frases que me dedica. He tenido la suerte de que sobre mi obra se escriba mucho, y crea que no le engaño si le aseguro que es usted uno de los que más han acertado al juzgarme. Por lo menos, así me juzgo yo. En lo que no estoy de acuerdo es en el que me llame poeta pictórico. No me creo tal, como tampoco le creo a López. López, según mi lea-saber y entender, más que pictórico, que sólo lo es a ratos, es poeta caricaturista, un genial caricaturista de la vida. Yo creo ser poeta dinámico. Si alguna vez pinto, se porque mi espíritu no puede permanecer insensible ante la formidable belleza de nuestra América. Mi libro *Las Voces de Colores*, que ya debe haber leído, es cierto que es casi un conjunto de paisajes; mas como ha

dicho un inteligente comentarista mío, en ese mi libro «me cambio de casa, guardo mi aljaba y ante el sugestionismo de la naturaleza me voy al campo». No es más. Y siento que, aun a través de mis cuadros, palpita una fuerza ignorada. A esa fuerza es a lo que llamo *trascendentalismo*. En todo lo demás somos de la misma opinión, y, como arriba le digo, me felicito de pensar al igual de usted.

No puedo concluir sin encomiar el alto espíritu crítico suyo. Lo que dice de Chocano está ajustado a la razón. Cuando se exagera los tonos se cae en lo ridículo. Es necesario que haga el mismo análisis y con más acopio de datos, en las obras de los que tan petulantemente se hacen llamar maestros. Le morderán, amigo. Aguántese, en bien de la justicia. Muchos se le resentirán, porque estos escritores de América se resienten cuando se les muestra sus defectos; tienen la sensiblería de los gatos: si se les pasa la mano por el lomo, se erizan y lanzan

chispas y, si mucho apura, arañan. Además, creo que está en la obligación de hacer lo que le digo. No lo olvide. Cultura, talento y sentimiento le sobran.

Le admiro.

A Don Abelardo Gamarra

Tengo desde hace un mes sobre mi mesa de trabajo, mi ilustre amigo, el folleto *Naciones de Moral*, que ha tenido la bondad de enviarme, y en cuya dedicatoria me pide que se lo anuncie «con un poco de mecha para tanto bribón». Desgraciadamente no pude hacerlo al pronto, porque habiéndome salido un bultito desagradable cabe el ojo izquierdo, hube de recurrir a un cirujano para que le diera un corte y de una vez por todas lo

mandara a pasear, pues caliente estaba yo con él en vista de que fueron infructuosos los esfuerzos de la medicina criolla para hacerlo desaparecer, en la creencia de que fuese orzuelo, quiste, flemón u otra paparrucha de la laya. El cirujano cogió el párpado con unas como tenazas y acto seguido hincó la aguja de un termocauterio en la parte conveniente. Con la incandescencia del aparatito de marras la carne comenzó a cocinarse, y entonces yo creí que me volvía churrasco. Quise protestar, pero no me fué posible. Después me taparon el ojo con unos trapos sujetos a la piel mediante una cosa que los entendidos en estas materias llaman *esparadrapo* si no me equivoco, y me prohibieron que leyese. «¡Cáspita! —me dije yo— no podré anunciar el librito de don Abelardo hasta después de haberlo leído». Quise rebelarme —cosa natural en un rebelde— contra la autoridad facultativa y comenzar la lectura; pero de repente se me ocurrió pensar que

leyendo con un solo ojo, no sería posible sino entender la mitad. Supongo que eso les acontezca a los tuertos. ¡Pobrecitos! Así es que me resolví a esperar siquiera un restablecimiento relativo.

Recién hoy ha comenzado la mejoría. Lo primero que hice, no bien me quitaron las vendas, fué lanzarme sobre su folleto y devorarlo de cabo a rabo, con la precipitación de un hambriento.

Se extrañará mucha gente de que yo haya leído con avidez una obra moralizadora, como es la suya. Tengo, entre mis paisanos, fama de inmoral. (¡Quizá las mujeres me quieran más que los hombres, porque soy erudito en cosas de amor!) Hay quienes me creen hijo del mismísimo Satanás y otros aseguran —sobre todo los frailes— que soy el Anticristo en persona. No es raro ver a las viejas de por acá persignarse cuando me ven y rociar con agua bendita las veredas por que camino. No miento, señor don Abelar-

do, si le afirmo que este prestigio, que pudieran llamarse diabólico, lo tienen tambien todas las personas que aquí piensan y hablan con libertad, si que estas son bastante escasas.

Bueno; en verdad le digo que no hay cosa que me cargue más que un moralista. Felizmente usted está muy lejos de serlo. Creo que en el mundo nada es moral ni inmoral. Oscar Wilde, dice en *El Retrato de Dorian Gray*, que «un libro nunca es moral o inmoral. Está bien o mal escrito. Esto es todo». Esa opinion no debe tomarse en cuenta, porque Wilde fue maricón, y el androginismo es lo único asqueroso y despreciable que hay en la vida. Pero todo es cuestión de convencionalismos. Al uno le puede parecer inmoral el asesinato; al otro profundamente moral, ¿Quién está en razón? ¿Qué leyes rigen? ¿Quién puede officiar de juez?

Sobre estos tópicos, de que tantos insig-

nes pensadores sehan ocupado en todos los tiempos y en todas las lenguas, yo, modesto escritor suramericano, he de ocuparme en otra ocasión con mayor amplitud y seso. Tengo sobre lo moral y lo inmoral unas ideas originalísimas, que desde hace algunos meses me están bullendo en el cerebro. Entre otras muchas cosas, probaré que es inmoral un hombre, como usted, por ejemplo, que se ha pasado la vida trabajando honradamente sin sacrificar sus ideales y convicciones, y que por ello ha llegado a la vejez sin un cuarto en el bolsillo, achacoso, triste, cansado; y que, en cambio, es profundamente moral un periodista de esta mi tierra, que no es viejo todavía, pero que viste a su mujer y a sus hijas con las mejores y más finas sedas, tiene casas y chacras, buen estómago y plata en el Banco; todo lo cual ha conseguido a fuerza de servir a cuantos amos le abrían y le abren sus bolsas.

Por ahora me concreto a su pequeño

libro. Sus *Nociones de Moral* son santificadoras por el perfume de virtud que ellas emanan. Deben ser leídas por cuantas personas se hallen en peligro de pecar, así como por las honradas y puras, pues son páginas reconfortantes como vino de cien años. Ya sé bien que de esta última clase pocas hay en el Perú y que su librito no será leído siquiera. Eso tiene meterse a apóstol en la inmensidad de un desierto. ¿Qué se obtiene? Que las palabras, y las ideas y obras que ellas sugieran, se las lleve el viento.

He ahí precisamente el defecto que le encuentro a su labor de hoy: la extemporaneidad. Nuestro país no ha menester aún que se le enseñe con buenas razones, nó; el Perú necesita que le hagan entender las cosas a palos. El garrote todavía debe hacer de las suyas en estas tierras: hay que proclamarlo Emperador. Usted, señor don Abelardo, vino al mundo siquiera unos cincuenta años antes que yo, y, a riesgo de pasar por mal-

criado puesto que reprocho a un abuelo, como usted, por mil motivos venerable, he de decirle que sus *Nociones de Moral*, son inútiles porque caen en saco roto. Nadie las querrá oír. Y es natural. Usted es hombre, y un hombre ¿qué puede obtener si se pone a predicar en medio de pollinos? Nada más que coces y rebuznos...

A don Gregorio Castañeda Aragón.

Dos días hace que leí su libro *Máscaras de Bronce*, que ha tenido la bondad de enviarme, con amable dedicatoria que, ciertamente, agradezco de todo corazón. A los que, como yo, a fuerza de empujones y más debido a buena suerte que a méritos propios, son algo conocidos en la América, nos suelen llegar en cada correo muchos libros de jóvenes escritores. No le miento si le digo que casi todos son tan malos que uno los

arroja al canasto a las veinte o cincuenta páginas de lectura. Con su libro ha pasado precisamente lo contrario. Lo he leído de corrido y su lectura me ha proporcionado grato deleite.

Encuentro en usted un poeta de recia contextura. Bien es verdad que sacrifica la forma al fondo. Parece que muy poco le preocupa el *hacer* sonetos, y, francamente, lo consigue, pues ninguna de las composiciones que forman el volumen, salvo una merece tal nombre, y a mí se me antoja que son otros sus deseos, sin embargo. El soneto, usted lo sabe tanto como yo, para ser tal ha menester que la rima entre uno y otro cuarteto como entre uno y otro terceto sea uniforme. Se me dirá que esas son cosas de preceptiva y que ésta es lo más despreciable de la literatura. Muy bien. Acepto todo eso. Los que hayan leído alguno de los que llevo publicados pueden certificar de que soy uno de los que con más desparpajo se

rien de la preceptiva. No la tomo en cuenta para nada. Todo lo que huele a retórica me da asco. Gabriela Mistral ha aplaudido alguna vez esta cualidad mía. Mas soy un vehemente defensor del soneto clásico. Admito que se invente nuevas formas y hasta pretendo haber creado alguna; pero no me parece justo que se modifique las establecidas. ¿Por qué? El señor Villaespesa es uno de los que más han generalizado esta especie de caricatura del soneto, con rima desigual. Usted, como buena parte de la juventud americana, le sigue. Lo deploro. Y, de pasada, puedo asegurarle, amigo Castañeda, que eso se debe en mucho a las dificultades que presenta el soneto. Además, en el caso suyo, hay algo que debo decirle, y es que para destruir una cosa es necesario probar primero que se puede construirla, que de lo contrario bien pudiera decirse que usted no escribe sonetos porque no puede. Y ¿cómo se defendería de semejante reproche?

De esta única manera: escribiéndolos. Tal opinión la afianzo con una cita de Leopoldo Lugones, muy aplicable al asunto; «La justificación de todo ensayo de verso libre, está en el buen manejo de excelentes versos clásicos cuyo dominio comporte el derecho de efectuar innovaciones. Este es un caso de honradez elemental». (*Lunario Sentimental*, pag. 11. Buenos Aires, 1909). Sí mi amigo. Sus *Máscaras de Bronce* son de 1916. Ignoro si ha publicado algún otro libro y aun malicio que no; pero estoy seguro de que, en sus trabajos posteriores, si es honrado consigo mismo, sabrá corregir estos que no son defectos, pero sí lunares.

Por lo que respecta a la *poesía* de su libro no puedo sino enviarle una felicitación cordial y entusiasta. Hay composiciones verdaderamente magistrales por el colorido local y la emoción despertada. Hay en algunas tal firmeza de rasgos, que bien pudieran llamarse bajo relieves. Se advierte que ha leído

mucho a Herrera y Reissig, porque tiene usted una manera de describir muy parecida a la del poeta uruguayo. Su verso es claro, rotundo, sin artificios de lenguaje. Muchas veces con sólo dos palabras nos presenta el cuadro. *Aminta la cabrera*, sirva de ejemplo:

Hembra fornida Músculos de roca
laten bajo su piel tibia y morena.

Muy bien. Así son también las cholas de mi tierra. Luego viene un brochazo que me parece sencillamente admirable. Celebro, amigo mío, la precisión de estos dos adjetivos: *ancha* y *áspera*; sin ellos no habría nada. Veamos:

Y su boca ancha y áspera provoca
con el frescor de un cántaro de arena.

No puedo dejar de apuntar mi impresión sobre sus *Rimas Galantes* Es esta: me han parecido muy malas, pero muy malas; salvando la *Letanía*, que tiene alguna novedad y emoción. No se meta en galanteos. Como dice el modismo, no tiene dedos para

organista. ¡Claro que no!

Si no me equivoco, debe dedicarse a cantar el paisaje de América, la vida de América, el alma de América. En eso llegará a donde quiera, Y no tome estas palabras mías como consejos; no me gusta darlos, porque cuando me los dan me fastidio y hago todo lo contrario. Igual cosa puede ocurrirle a usted. Se lo digo en tono de camarada. Nada más. Crea que pocas veces he leído algo más bello y más americano que esto:

LEJOS DEL MUNDO

Harmodio es el gañán de tomo y lomo
cuyos brazos nervudos, a mandobles,
descuajaron la selva, recios como
la robusta raigambre de los robles.

Y Laura la muchacha mas esquivo
del campo. Hay en sus ojos que la sombra
pastoral de los árboles aviva
un ambiguo rubor si alguien la nombra.

Y se aman. Cada tarde tras el filo
del monte, en un breñal, buscando asilo
al inocente afán que nunca estalla...

Se besan, él la dice un disparate
y ella, más colorada que un tomate,
baja los ojos húmedes... y calla.

Gracias, pues, por su libro, amigo Castañeda. Saludo en usted a todo un buen poeta, y por encima de los Andes magníficamente azules le estrecho las dos manos.

A don A. Roco del Campo

Recibí, señor, la carta que desde Talca me escribió usted con fecha 10 de enero de este año, y en la que me dice que mi amiga la simpática e interesante poetisa Aída Moreno Lagos tuvo la «gentileza de facilitarle» mis libros *Panoplia Lírica* y *Hombres y Bestias*, y que por ello ha tenido oportunidad de conocer mi labor artística. Luego me avisa que «sinceramente» le parezco «un gran temperamento poético y un buen crítico», y que me man-

da sus «efusivas felicitaciones, si que ellas no tienen gran mérito, pues la envía un novicio ignorado en las letras». Le aplaudo la modestia y le agradezco de todo corazón sus elogios, mas me permitirá que le diga que si no es usted yo ignoraría eso de que tengo un gran temperamento poético y un buen criterio. Es un descubrimiento que se lo debo. Voy a pedir patente a su favor.

Después, ¡picaronazo! se insinúa para que yo le mande mis obras. Me ruega que le avise el precio en moneda chilena de cada uno de mis libros, porque desea con esos mis libros «enriquecer su pequeña y modesta biblioteca». ¡Qué diablo! Más fácil, más honesto y más decoroso hubiera sido pedirlos a las librerías, o pedírmelos directamente, sin ambages ni subterfugios. Crez, simpático amigo Roco del Campo, que le saludo con todo cariño y le prometo que el día menos pensado accederé a su pe-

dido. Por ahora no tengo tiempo para ocuparme de mis admiradores, que, desgraciadamente, se están multiplicando en toda la América en forma casi alarmante. Nacen admiradores como ratas. Si yo hubiera sabido que la Gloria es tan fecunda, le juro que no habría escrito mis libros. A cada rato le llegan a uno cartas como la suya. Se hace necesario buscarse un secretario, y yo no estoy en condiciones de pagarlo. ¡Es un fastidio!

Le voy a pedir un favor. Si es católico, encienda una vela a la virgen de su devoción para que me conserve sano y feliz, con gran contento del Parnaso, regocijo de las Musas y tristeza de Víctor Hugo que quiere tenerme a su diestra, según me lo avisa en cartas que me ha dirigido desde el otro mundo, y, últimamente, para que así, usted, señor Roco, pueda seguir deleitándose con las maravillas que dé a luz mi sin par ingenio. ¿Lo hará? Espero que sí...

A don
Luis Varela Orbegoso

Recibí la carta en que me acusa recibo de *Hombres y Bestias*. Desde antes de mandárselo, sabía, más o menos, cuál sería su opinión respecto a ese mi libro. Seguro estoy de conocer lo bastante su temperamento: es usted hombre ecuánime, tranquilo y ponderado, y, como tal mal puede aprobar mis actitudes en contrario, más aún puesto que creo que en estas cosas del panfletismo, la virulencia y la ener-

gía del vocablo descansa buena parte de mi valer intelectual.

Recordará que algunas veces hemos hablado de esto, y que usted siempre me ha aconsejado serenidad y mesura en el ataque, cosas esas que, felizmente, no conoce mi espíritu. Yo siempre le he escuchado, como usted, por sus méritos intelectuales primero y por sus noblezas de espíritu después, merece que le escuchen. Yo le he escuchado, repito, con el respeto que el escritor *Clovis* merece y con el cariño a que el imponderable amigo Luis Varela es acreedor. Esta es la diferencia: he escuchado los consejos, pero no los he puesto en práctica, porque soy enemigo de los asesinatos, y dar vida a sus consejos, amigo *Clovis*, habría sido algo así como asesinar, a mi personalidad!

Su carta, como arriba le digo, me la sabía de memoria antes de que me llegase. Lo que no puedo explicarme es el

silencio de *El Comercio*. Y no es que tenga miedo al silencio. Estoy tan convencido de mi propio valer que no le temo. (A este convencimiento del propio valer, algunos menguados le llaman megalomanía, palabrilla que explotan aquellos a quienes nunca hice caso y de quienes nunca me ocupé, pero a quienes muchas veces dí de almorzar, de beber y de sentir, ya que, reacios al sentimiento, alguna vez lo conocieron porque yo se los expliqué.) Demás que mi labor, felizmente —puedo decirlo— no ha sido silenciada, pues mientras *El Comercio* se calla, vienen cartas y recortes del extranjero a darme los parabienes más fogosos, y aquel insigne escritor que se llama Manuel González Prada me escribe una cariñosa y calurosa misiva de felicitación que, por cierto, he publicado. Una carta que no puedo publicar porque su autor no lo quiere, temiendo, es más que seguro, enemistarse con los escritorzuelos que apo-

reio, dice: «América debe saludar con un trompetazo de victoria la aparición del más grande panfletario de estos tiempos: usted»,

¿Qué cosas han impedido que el decano de la prensa nacional exprese su parecer respecto de mi libro? Acaso sea su afán de ser considerado como el periódico más sensato, discreto y moderado de los nuestros, o acaso también el temor (muy humano) de malquistarse con algunos amigos. Pero yo creo que *El Comercio* pudo y puede decir, sin faltar a su tradición, que *Hombres y Bestias* es un libro bueno o malo (según se le juzgue); pero escrito con un desenfado y una soltura, con una veracidad y una honradez, con una documentación y un esfuerzo que no tienen precedentes entre nosotros. Respecto a las concepciones críticas en sí mismas, hay que tener en cuenta que ellas son cuestión de temperamento, y el temperamento de un escritor, querido Luis Varela, no se puede discutir.

Ahora bien; mi libro no es, como alguien ha dicho, un libro de «campanas mezquinas», no. Es libro de justicia y, sobre todo, de castigo. Era necesario, porque era necesario hacer saber al público grueso cómo se hacen en Lima los grandes prestigios y cómo, robando a tuti cuanti, escriben sus obras algunos colegas, obras que, además, al ser pasadas por el alambique del análisis no sirven ni para resacado. Y ahora que hablo del plagio recuerdo el articulejo que en un periodiquillo *Casos y Cosas* me dedicó un mentecato que además de mentecato es cornudo, si el autor es quien se me dice. ¡Qué plagios los de que me acusa! Ha pretendido el zopenco, sin lograrlo, hacer conmigo lo que he hecho con dos de los poetas de guardarropía que abundan en esta tierra. Pero ¡qué torpe! Ha podido husmear en otros versos, en que se advierte otras más marcadas influencias, que no de Lugones (algunos de *Panoplia*

Lírica, donde se ve la garra de Luis C. López) para hacer esa clase de autopsia. ¡Pero *El Nuevo Sermón de la Montaña*! Imbécil: si es uno de los más originales poemas que se ha escrito en el Perú. He popularizado el periodiquillo cuanto me ha sido posible, porque para mi definitivo prestigio de poeta originalísimo, eso basta.

Esta carta ha resultado un poco egolátrica, ¿verdad? ¡Mejor! Así podrán decir los necios que estoy atacado del delirio de grandezas. Perdone, grande amigo mío, que le haya hecho víctima hoy de mis arranques yoistas. Ya usted está acostumbrado a ellos; acaso por eso los perdonará con una sonrisa de benevolencia que quizá tenga un poquito de ironía...

Mayo de 1918.

A doña N. N.

Amiga mía: Después de nuestra ruptura, le confieso, no volví a acordarme de usted. No me crea ingrato. Yo soy así: no doy importancia a las cosas pasadas. Pero su carta me sorprende. ¿Con qué objeto me escribe?

Yo también pienso como usted que, decididamente, no he nacido para enamorarme. Es decir, no he nacido para enamorar. Como cualquier mortal, he tenido mis aventurillas,

¡claro está! Pero no he sentido nunca lo que en criollo se llama *camote*. Y no es que me falte corazón; más bien, me sobra. El quid de la cuestión está en que tengo una idea del amor absolutamente distinta de la que tiene el resto de seres humanos.

Una vez, caminando por una calle de Lima, me dí de manos a boca con usted, que se me antojó criaturita fresca y apetitosa como un melocotón. Rubia era usted y no más gorda que mi bastón. Yo la miré con la indiferencia que siempre miro a las mujeres, porque sé que la indiferencia lo hace a uno muy interesante. Mas usted me dió una miradita tal y cimbró la cinturilla de tal modo, que decidí relamerme los labios de puro gusto. A los pocos días éramos grandes amigos y hasta me había entregado su boquita, que era, dicho sea de paso, un triunfo del bermellón. Una noche, era una noche de fiesta, pues en el barrio celebraban a no recuerdo qué santo del cielo, deslicé las manos, con mucho ti-

no por supuesto, por donde usted sabe. Se indignó terriblemente y si no me dió una bofetada fué porque me tenía miedo. Desde ese momento resolví, a pesar de que la quería un poquitín, abandonarla para siempre. ¡Era usted demasiado honrada para mí!

Sí, mi amiga: hay que hacerles la guerra a las mujeres honradas. No hay cosa más detestable en el mundo que una mujer honrada. Para mí, por ejemplo, la mujer casada que no engaña a su marido, es la estupidez andando. Como suena. De una de las cosas de que estoy más seguro es de que si yo hubiera sido mujer y me hubiera casado, le habría puesto a mi marido más cuernos que piojos tiene en la cabeza Corrales Díaz, pongo por caso. Y así deberían hacerlo todas las señoras casadas que pisan el planeta. Y no sólo por placer sino hasta por estética. Es muy elegante, como que por algo se dice que fulanita o zutanita *adorna* a su marido.

Creo que el amor y el matrimonio son incompatibles. Yo tenía unas relaciones bastante cordiales con una señora que había contraído matrimonio hacía algunos años con un empleado de Banco. El marido era mi amigo. A la una de la tarde se iba a su trabajo. Entónces, yo me filtraba en su casa: Idilio hasta las cinco, hora en que regresaba. Momentos después nos reuníamos en el Club, y allí el muy bellaco me juraba por los clavos de Cristo, que su mujer le amaba con delirio, que le tenía un camote de primera. Claro está que yo le felicitaba. Casi siempre sucedía que un socio nos invitaba a comer. Mi amigo accedía; yo, ni a tiranas. Me iba a comer con su señora. Idilio hasta las diez. Y así vivíamos encantados. De repente, un buen día, este buen hombre tuvo la peregrina ocurrencia de cogerse una tifoidea fulminante. A los quince días dormía el sueño de los justos en un nicho de calicanto.

¡Me armé!, grité entonces. Pero no, señor, que lo primero que me dijo la viuda, fué: «Ahora sí que nos casamos». Cogiendo mi sombrero con una velocidad de automóvil de carrera marca «Cadorna», tomé las de Villadiego. Y se acabó aquel amor. Todo por el matrimonio...Igual cosa haría con usted. ¿Casarme? No, preciosa.

Ustedes, las mujeres tienen la curiosa costumbre de vivir de los hombres; los hombres debemos hacer lo contrario: vivir de las mujeres. Conste que no lo he hecho todavía porque son pocas las que se dejan sacar dinero. Pero ya caerá alguna. Además, esta es la profesión de moda. Mi sueño dorado sería doctorarme en semejante carrera, y tengo la seguridad de que cualquier día, si Dios no dispone otra cosa, acabaré en *maquereau*...

Así dejo contestados todos los puntos de su carta, y la notifico q' si se aviene a ejecutar mis ideas no tendré inconveniente de ninguna clase para reanudar nuestra vieja

amistad. Además le prometo instalarla en un bonito departamento, con buena cámara, elegante sala, baños tibios y muchas mucamas. Incluso, la advierto que he progresado bastante en el arte de hacer el amor.

No deje de enviarme respuesta.

CRONICAS

Un Poeta

Felipe Rotalde pertenece a la camarilla de *los monos* de «La Crónica», de Lima. Este mono Rotalde es un poeta de verdad. Bajo su modesta apariencia de hortera endomingado esconde un espíritu artístico para el que yo estoy empeñado en augurar triunfos definitivos.

Yo conozco a este mono hace ya bastante rato. Mi amistad con él data de las coserías que a la hora del véspero sosteníamos más o menos animadamente, en la

redacción del citado diario, Clemente Palma, el zambo Hernández, Luis Góngora, el joven Manuel Beltroy (amanuense este último de José de la Riva Agüero; amigo *íntimo* de un joven Tassára con quien fué encontrado en la avenida de Miramar, traídos ambos a la usanza de Adán y Eva en el Paraíso antes de comer la célebre manzana, según cuenta graciosamente Eca de Queíroz en uno de sus más admirables libros; protegido del mentecato Víctor Andrés Belaúnde y asiduo comprador de mis libros, que adquiere con el único fin de «estudiarme como un caso de locura»), el insigne dibujante Cárdenas Castro, el no menos insigne caricaturista Carlos Raygada, alguna vez José Eguren, el loco Ureta, el maravilloso Alejandro Ureta, cuyo genial espíritu de artista de la vida he de glosar en no remota oportunidad, este simpático mono Felipe y yo.

Allí, entre charla y charla, solíamos

meternos en el estómago un sandwich y una soda, que pagaban cualquiera de los presentes. Un día, lo recuerdo como si fuera ayer, Palma se antojó de pan con queso. El zambo Hernández se abrió no de piernas sino de bolsillos. Y vino el pan y vino el queso. Todos, menos Felipe, cogimos nuestra parte. El no quería. Acaso la improvisada merienda le parecía demasiado democrática. Pero Palma se encargó de demostrarle lo contrario. Hizo un elogio del pan con queso, tan oportuno y vibrante que Rotalde se decidió a hincarle el diente. Nunca lo había comido. ¡Demonio! Y ahora le parecía sabrosísimo. Concluyó su ración y se relamió los labios dándome unas miradas bastante amables. Yo supe leer en ellas. Quería más. Y yo estaba pobre. Precisamente en ese día el doctor Palma me había sacado de un apuro, haciéndome pagar cinco soles por un soneto para «Variedades». Me quedaban de los

cinco soles unas cuantas pesetas. Mas las necesitaba para otros menesteres. Sin embargo, tan amables fueron las miradas de Rotalde que decidí «romper mi agua», como en Lima llaman al hecho de gastar dinero. Y todos comimos nuevamente. Mas el único que se quedó extasiado fué Felipe. ¡Qué rico el pan con queso, apologizado por don Clemente, y qué lástima no haberlo comido antes! Pero ya lo comería a pasto en los restantes días de su vida...

Por el tiempo en que esto sucedía, Rotalde desarrollaba cables hasta las cuatro de la mañana y luego escribía versos no malos, pero sí vulgares. Poco a poco fué formándose. Juzgo innecesario decir que como todos los que comienzan se metía en ajenos cercados. ¡Hasta yo he sido su maestro! Una tarde charlábamos amigablemente varios periodistas, cuando a Gónzora se le metió en la cabeza que Rotalde leyese algunos sonetos que había escrito

para la bailarina Pavlowa. A poco de comenzada la lectura yo advertí una imitación más o menos descocada de unos versos míos publicados días antes en *La Crónica* y después en ese genialísimo libro que se llama *Panoplia Lírica*. Salté de mi asiento (¿lo recuerdas, Felipe?) y grité: ¡me has plagiado! El querido mono se quedó lívido. Los demás quisieron defenderle. Momentos después pude advertir que se había resentido terriblemente. No quería ni hablarme. No tardamos mucho, sin embargo, en hacer las paces.

Hoy, todavía no ha encontrado su camino. Al menos, esto me parece. Los últimos versos suyos que conozco son aún productos de imitación. Tienen una influencia muy marcada de Enrique González Martínez, el gran poeta mexicano a quien yo llamo «príncipe de los modernos líricos castellanos» y el cual principado sabré probarlo por a + b en un libro próximo.

Yo espero mucho de Rotalde. Y hasta puedo asegurar que llegará a ser uno de los buenos líricos nacionales. Lo que le falta es un poco de libertad. Clemente Palma es su censor, así como también lo es de Góngora. Y desgraciadamente, aunque Palma tiene mucho talento, es hombre lleno de prejuicios, de mal gusto y atado de pies y manos (¡la esclavitud fué siempre patrimonio de las razas inferiores!) al servilismo de las formas y a las intolerancias de los antiguos. Sólo cuando se haya sacudido esta especie de ladilla que es el señor Palma, llegará a remontarse sobre las más empinadas cumbres, y podrá tender las alas y volar, que para eso las tiene, respirando a pecho abierto el ozono de las alturas y bañándose plenamente en el azul divino de los cielos.

Alma viajera

Tingo. Estación. Baúles. Maletas. Cestos de fruta. Papás que dan consejos a sus hijos «para que no se malogren». Novias que despiden a sus «chicos». Ir y venir. Bulla. Alboroto. De repente, un ronco pitazo anuncia la llegada del tren. Yo me echo en brazos de una hermana y unos amigos míos que han venido a dejarme. Luego, el tren parte.

Me he sentado cómodamente en un asiento, he abierto un libro y me he puesto a

leer. Han pasado algunos minutos. He levantado la vista y he contemplado buen rato, con un poquitín de melancolía, la enorme inconmensura de la campiña natal. Algunas aves han pasado cantando con la alegre monotonía de siempre. Poco a poco ha ido perdiéndose de vista el panorama de la tierrecuca, y entonces he sentido que una lágrima caliente—lágrima de hombre—rodaba por las cuencas de mis ojos y se detenía en la huella que ha ido formando, lentamente, el monóculo, el pobre monóculo que tanto ha hecho sonreír a las chicas de la provincia...

De pronto, una voz fuerte, clara, aunque algo pastosa, ha dicho: ¡Hidalgo!, y simultáneamente la contera de un bastón apuntado hacia mí me ha hecho volver la cara hacia el lugar de donde ha partido la voz clara, fuerte, aunque algo pastosa.

—¡Hola!, don José Manuel,—he dicho yo un poco sorprendido.—Usted por aquí...

—Ya lo ve usted, me ha contestado.

Después he ido a sentarme a su lado. Don José Manuel es senador de la nación. Su voz—acaso por eso—tiene una inflexión parlamentaria. Sus maneras tienen cierto aire de discreción adquirido seguramente en los corrillos de las Cámaras. Y hemos comenzado a charlar. Yo, propiamente, casi no he dicho nada. Le he dejado hablar.

He sido siempre hombre bien educado. Regla de buena educación es dejar hablar a las personas mayores. Don José Manuel es mayor que yo no ya sólo en edad sino en conocimientos, en experiencia, en ingenio. Así me lo hizo notar un día. «Usted—me dijo—es muy muchacho todavía; no entiende de estas cosas, que son cosas de hombre...» Y yo, que soy muy muchacho todavía, he dejado que hable el hombre. A ver si aprendo a serlo...

Ha hablado de política. ¿Por qué los hombres de ahora no hablan de otra cosa? Ha lanzado una serie de insultos contra los

prohombres nacionales. Luego me ha confesado sus proyectos. «Ya verán mis enemigos lo que valgo!» Después, al descuido, ha mirado a un sacerdote dominicano que viaja en el sillón de enfrente. Este fraile tiene una nariz de garfio y unos ojos de buey cansado. Cuando don José Manuel le ha visto bien le ha dado una mirada de arriba abajo y del uno al otro costado, como si quisiera medirle las fuerzas. Ni más ni menos que en las peleas de gallos. Se ha sentido más fuerte que él y por eso ha comenzado a decir lindeza y media contra los frailes. El sacerdote, que lo ha oído todo, le ha mirado de reojo y ha comenzado apresuradamente a rezar un padrenuestro. De seguro que ha estado encomendando su alma a Dios ¡Pobrecito!

Por las ventanillas del tren divisó luego la pampa árida, seca, tendida como la piel de un mastodonte muerto, y entonces sintió el quimérico deseo de alzar en alto **un**

corazón y derramarlo sobre la pampa para
calmar su sed centenaria, porque mi corazón
es un vaso santo, repleto hasta los bordes,
donde los sedientos pueden beber el vino de
la Vida...

Los Perros

Yo tengo un perro. No se llama Cabel ni es recuerdo de Marquina, como en los versos de Valle-Inclán. Este perro, modestamente, se llama León. ¿Por qué está este perro en mi casa? ¿Desde cuándo está este perro en mi casa? Un día, una pobre vieja, lo vendió a mis hermanas, como un trapo cualquiera, como una mercancía. El pobre perro, pocos días ha, había venido al mundo. Mis hermanas dieron por él todo lo que la vieja pidiera: diez centavos.

Lo compraron por lástima, por pena, porque no fuera a morir de hambre. Por eso y desde entonces está este perro en mi casa...

Yo volvía de un viaje. Llamé a la puerta de mi casa, y el perro, que ya tenía ocho meses, me contestó ladrando. Así trascurrió una semana. León no quería estar conmigo; al verme, ladraba fuerte, furiosamente. Pronto, sin embargo, nos hicimos amigos; un pedazo de pan sirvió de intermedio. Hoy este perro ya no es mi amigo; es mi hermano. Yo le quiero como a tal y él corresponde este afecto con uno semejante.

Al llegar de la calle, ensombrecido aún por las fatigas del trabajo y nervioso todavía por las inquietudes de la lucha, este perro, que conoce mis pasos, sale a recibirme jadeando de alegría, de entusiasmo. Pone sus dos manecitas sobre mis rodillas, y, entonces, le digo acariciándole:

—¿Cómo estás, León?

El me mira, y yo en la humilde dulzura de sus ojos adivino la respuesta. Está bien.

Este perro ¿conoce a su padre? Este pero ¿conoce a su madre? No—su caso es igual al mío—; no los conoce. Alguna vez le he visto triste, triste, muy triste. He puesto la mano sobre su corazón y he sentido cuán desesperadamente latía. ¿No será que León piensa en la incertidumbre de su origen? ¿Se llegará algún día a conocer seriamente la sicología de los animales? Creo que sí.

León es muy bueno, muy leal, muy noble, como todos los perros. Y ¿por qué cuando queremos insultar a un hombre le decimos: ¡perro!?, ¿por qué? Si los perros se dieran cuenta de esta conducta nuestra para con ellos, que nos quieren tanto, ¿no sería posible que un buen día se declarasen en huelga?

Un escritor, no recuerdo cuál, ha dicho que desde que conoció la bondad de los pe-

rrros supo cuán miserables son los hombres. Esta frase la vivo todos los días. Su verdad es indiscutible. Aprendamos a comprenderla.

Por eso, hoy que me siento bueno, me pongo de rodillas ante vosotros, lectores, y os grito desde el fondo de mi corazón: ¡Piedad para los perros!...

¡Señor Presidente!

Allá, en Lima, he conversado una media hora larga con el doctor José Pardo. El doctor Pardo me ha recibido en una pequeña habitación que se pudiera llamar trastienda de la secretaría presidencial. Su secretario, el doctor Revoredo, antiguo amigo mío, me ha hecho llegar hasta el sitio donde el Presidente me esperaba. El doctor Pardo me ha tendido cariñosamente su mano fina, y yo me he dicho una vez más que es pura filfa eso que dicen de su orgu-

llo y su gesto de emperador. Yo, luego, he colocado mi sombrero sobre una mesa cubierta con un modestísimo tapete verde, y hemos comenzado a charlar con la llaneza de dos viejos amigos, pero con una diferencia capital, que acaso no ha advertido el doctor Pardo: la diferencia de situaciones, es decir, la que media entre un monarca y un demócrata; pues mientras el doctor Pardo es un Presidente de República, yo soy un altísimo Emperador del Verso...

Se dice por ahí que este doctor Pardo es un tal por cual, que es un pretensioso, que es un pedante, que es un déspota. No es cierto. El doctor Pardo es hombre sencillo, franco y afable. (*) Señores de la oposición, no seáis injustos. No aborrezcáis al doctor Pardo. No seáis malos. ¿Por qué le odiáis? ¿Qué os ha hecho?

(*) Claro que conmigo tenía que serlo. Sabiendo como sabe los puntos que calzo tuvo que hacer ante mí derroche de galantería, que de lo contrario le hubiera mandado al estercolero.

Durante el tiempo que he conversado con el doctor Pardo, éste ha estado intrigadísimo con mi reloj pulsera. Es el mismo reloj que antes llevaba en el ojal de la solapa. Al doctor Pardo le ha llamado la atención en grado superlativo. Ha tenido deseos de preguntarme dónde lo he adquirido, cuánto me ha costado, por qué es tan pequeñín, etc. Pero no lo ha hecho. Apenas le veía, que le veía cada medio segundo, se excitaba su curiosidad. Yo, por mi parte, esperaba instante por instante la palabra interrogadora. Mas esa palabra no venía. Yo he pensado después que el doctor Pardo creería que una pregunta tan ingenua era impropia de un mandatario. Y he sonreído de *tout coeur*.

A mí es poco lo que me va o me vienen la política del país. Juzgo a los hombres tales como se me presentan. (*) Y

[*] Ahora he cambiado de opinión: hay que juzgarles tales como son en realidad.

generalmente me gusta juzgarlos no ya como políticos, poetas, médicos, etc., sino sólo como hombres. Por eso no me interesa saber lo que piensan: me basta con averiguar lo que sienten. Y yo os puedo asegurar, amigos míos, que el doctor Pardo es hombre bueno, y que siente como pocos, con una honradez, una nobleza y una dignidad nada comunes. Que alguna vez se equivoque es harina de otro costal...

Si el Perú no está en el estado que debiera es porque los opositores no dejan *hacer* a sus mandatarios. (*) Estos señores de la oposición, entre nosotros, son unos señores sin entendederas y sin corazón. Como aquel hombre del cuento, pueden decir tocándose la cabeza: ¡aquí hay madera! Y, ciertamente, la hay. Si no en todos, en muchos. Si el gobierno quiere traernos un acorazado, pongo por caso, sus enemigos

[*] Pero es que los mandatarios, agrego ahora, no saben hacer, sino deshacer.

gritan a voz en cuello: «que no lo traiga, no necesitamos armarnos», y al revés cuando es contraria la idea del gobierno. ¡Ah, bellacos, no os entendería ni la buena señora que os lanzó al mundo!

El doctor Pardo es un hombre bueno. ¿Puede haber mayor bondad que sacrificarse por su patria? El doctor Pardo es un sacrificado. (*) Los mejores años de su vida los ha puesto al servicio del país. Blanca tiene la cabeza ya; blanca como debe ser su alma. Se advierte pronto, sin embargo, que es fuerte como roble joven. Es que la bruma de los desengaños deja sus huellas en el cuerpo; en el alma no. Todos hemos oído decir que las desgracias matan moralmente a los hombres. Error. Los que saben ser hombres pueden salvar de la catástrofe siquiera el espíritu, porque el

(*) Según me dijo él, debí escribir. Pero los sacrificios, si en verdad los ha hecho, como asegura, se los ha cobrado con creces amenguando la hacienda pública para engordar la suya.

espíritu vuela cuando se ve amenazado por las flechas de la derrota. De esos es el doctor Pardo.

Yo me he sentido inmensamente cerca de él, porque he adivinado que su alma es buena como la mía. Al despedirme le he estrechado con fuerza la mano fina, como poniendo en esa fuerza un pedazo de mi espíritu; y, lejos ya, le he dicho a Revoredo: ¡este hombre tiene un corazón de oro! Y en verdad que lo tiene...

Escribí esta crónica en los últimos días del año 1918, y la publiqué luego firmada con mi seudónimo *El Divino Quechua*. Como se vé, más que un elogio del señor Presidente de la República, es una lamentación por los sustos y garrotazos que le pegan sus enemigos. Conste que él me pidió que le escribiera un artículo y que me dijo que estaba canoso y viejo «de tanto sacrificarse por el país» que «no sabe pagar».

y por poco no llora. Me conmovió. Por eso en este artículo, como se ha visto, le imploro a la oposición, que no le haga sufrir. ¡Pobrecito!

ATOMOS

Apuntes para un diario íntimo.

1. Hay días, en el verano, en que el sol nos fastidia tanto que provoca nuestra ira. Lo miramos amenazantes, lo maldecimos a nuestro antojo, y sentimos deseos de darle una pateadura...

2. Rostro al poniente, está mi casa de campo, en el balneario de Tingo, que no es, por cierto, ni un San Sebastián ni un Biarritz.

Dos paralelas filas de sauces viejos adornan la calleja. De esos sauces suelen caer muchas hojas, secas ya, que van a arrebñarse en las ventanas de la casa. Desde

esas ventanas, abiertas siempre a todos los buenos vientos, con un libro en la mano muchas veces, con los ojos cansados otras muchas, arrellanado en antiguo sillón familiar, he contemplado, absorta el alma y ebria la mirada, extenderse el crepúsculo sobre la inconmensura de los cielos. Y cuando el crepúsculo sangraba, he creído que también había sangre en mi corazón. Y, sin saber llorar, muchas veces he llorado.

El edificio es pobre, tosco y viejo. No tiene estilo, en apariencia; en esencia, sí. Es el estilo de las casas lugareñas, que tienen algo de casa de campo y algo de casa de ciudad. Un estilo chato, sin relieves, aplanado. Paradójicamente pudiera definirse así: un estilo sin estilo. Este edificio tiene dos puertas que dan a dos calles, porque ha de saberse que hace esquina. Por la una calle se va a la estación de trenes; por la otra a los baños; por cualquiera de

ellas al campo. Y es que Tingo, por el frente, por atrás, por la derecha, por la izquierda, está rodeado de campo. Visto de lejos y de altura, con sus casitas encalamadas, de techos puntiagudos, pobres, desnudos, haraposos y tristes, como el alma de sus habitantes, en el mes de enero, que es cuando los cereales están maduros, da la impresión de un niño asustado y perdido en medio de un trigal.

Yo soy como ese pueblo: parezco un niño asustado y perdido en medio de la Vida...

3. Se me ocurre hacer esta pregunta: ¿por qué será que las solteronas tienen siempre sobre la mesa de noche un paquete de velas?

4. Cuando uno se pone a pensar en la literatura española actual siente ganas de dormir.

5. Un joven poeta ha publicado unos versos en que me flama genio. ¡Error! El «genio» es un producto racial, según creo, o, cuando menos, un resultado del ambiente que le rodea. Y ¿cómo puedo ser genio si vivo entre borricos?

6. Doña Emilia Pardo Bazán es una burra.

7. Nacido en un ambiente de cobardía literaria; en medio de una juventud sin audacia, sin rebeldía, sin entusiasmo, sin virilidad, sin juventud; entre hombres que heredaron de sus abuelos españoles el cansancio, el ocio y la fatiga, y de sus abuelos indígenas la humillación de su inferioridad y el amargo dolor de la derrota, yo significaré en la historia de mi pueblo una como reencarnación de Holofernes, la figura bíblica.

8. Nos asombra, nos deja tiesos, mudos, electrocutados, el pensar que Ramón Gómez de la Serna haya nacido en España.

Un amigo a quien le leímos unas páginas de su libro *Muestrario*, nos preguntó:

—¿Será cierto que ese Gómez de la Serna es español?

—Completamente.

—Me parece imposible. Si me aseguran que Dios y el Diablo han hecho las paces, o que el mar se ha convertido en tierra y la tierra en mar, o que hay mujeres honradas, o cualquiera otra barbaridad por el estilo, quizá lo crea; pero el que Gómez de la Serna es español no lo creo ni por un momento, porque eso equivaldría a creer que en España hay algo digno de admiración, lo cual es absurdo.

9. El hombre que corre ante un peligro no es ni menos valiente ni más cobar-

de que el que lo afronta. El miedo y el valor están por partes iguales en el alma de todo individuo. Lo que los diferencia es el amor propio, que no todos poseen en el mismo grado. Cuando un hombre hace un acto de valentía es porque se sabe respetar. El cobarde se desprecia a sí mismo; por eso es cobarde.

10. El doctor José de la Riva Agüero se casará el día que encuentre un «matrimonio de conveniencias», ya sociales, ya políticas, ya económicas. Para entonces me prometo hacerme su amigo, porque así tendré mujer sin que me cueste...

11. Cuando pienso que ha de llegar un día en que no podré escribir con la libertad y desenvoltura con que lo hago, porque se me acabará la juventud, y con ella los bríos, me entran ganas de suicidarme.

12. El doctor Clemente Palma ha resollado por la herida. Ha respondido al juicio que hice de su persona y obra en mi libro *Hombres y Bestias*, diciendo, sin nombrarme por supuesto, que mi «baba corrosiva le ha manchado los zapatos» y que como he de acabar en una cárcel tendrá paciencia para esperar a reemplazarlos con los que yo fabrique cuando purgue mis culpas. ¡Qué tal tipo!

Le ha parecido demasiado audaz, al doctor Palma, que un mozo de veintitantos años le abofetee el rostro de mico sucio. Le ha parecido demasiado audaz, porque es la primera vez, según entiendo, que en el Perú se tiene la valentía de rebelarse contra la gravedad mestiza de los que se han creído y se creen autoridades literarias. Pero era ya necesario que los jóvenes encañonáramos nuestra rebeldía contra estas fortalezas convencionales que se alzan en medio del camino para interrumpirnos el paso. Y por cierto que mi vanidad personal se infla hi-

perbólicamente cuando me fijo en que soy uno de los que van a la vanguardia del ejército demoleedor.

Con el único título de ser autor de un libro de cuentos, escritos entrando a saco en el cercado ajeno, es que se presentó este señor en el campo de las letras exhibiendo armas de crítico. Y, ¡claro!, para vengar sus fracasos literarios se dedicó a fastidiar a los que iban delante. Siempre con sus chistecillos de barrio bajo, su estilo aglutinado y petulante, su socarronería malsana y sus reticencias cobardes y humildosas. Nunca elogió francamente, nunca supo alentar, nunca estimuló. Cuando decía algún ditirambo lo acompañaba de peros. ¿Y esto por qué? Porque cuando encontraba algo bueno, se ponían a ladrar desaforadamente los canes de su envidia. Y entonces eran derrames de bilis, de sordas cóleras, de bajos sentimientos, sus artículos preñados de sandez. Además hay que te-

ner en cuenta que este bicho es un alarmante caso de hipertrofia de severidad. Pero los garrotazos que propina no hacen víctimas, felizmente. Los a quienes nos atacó—después de habernos elogiado—hemos continuado escribiendo sin hacer caso de sus majaderías, sin escuchar sus consejos; hemos seguido trabajando incansablemente y escuchando, mal que le pese, voces de aplauso y aliento que honrarían a cualquiera: tal la valía de quienes nos las han prodigado.

No debería extrañarme de la bajeza de sus sentimientos, conociendo, como conozco, antecedentes suyos. Además, el ser miserable le viene de raza. Blanco-Fombona nos ha contado la historia de cómo vino al mundo don Ricardo Palma, su padre, en estas breves y justicieras líneas que reproduzco con el objeto de vulgarizarlas más, si cabe: «En los ejércitos de la Gran Colombia que pasaron al Perú con el Libertador, había muchos negros de nuestras

africanas costas. Conocida es la psicología del negro. La imprevisión, el desorden, la tendencia al robo, a la lascivia, la carencia de escrúpulos, parecen patrimonio suyo. Los negros de Colombia no fueron excepción. Al contrario: en una época revuelta, con trece años de campamento a las espaldas, y en país ajeno, país al que en su barbarie consideraban tal vez como pueblo conquistado, no tuvieron a veces más freno ni correctivo sino el de las cuatro onzas de plomo que a menudo castigaban desmanes y fechorías. Una de aquellas diabluras cometidas en los suburbios de Lima por estos negros del Caribe fué la violación, un día o una noche, de ciertas pobres y honestas mujeres. De ese pecado mortal descende Ricardo Palma». Y si a esto se agrega su bastardía—la de Clemente Palma—, bastardía de que él parece avergonzarse, se tiene que nos encontramos ante un perfecto representante del hombre ruin.

Y este perfecto representativo del hombre ruin es quien desde las columnas de una revistilla que dirige, hipócritamente, pues no me nombra, ha pretendido asustarme con sus ladridos de despecho, de desvergüenza y de cinismo. Pero se ha equivocado el zopenco. Cuando se es joven no se le teme a ningún zambillo fabricado de contrabando; cuando se es joven no se tiene pelos en la lengua y menos en la pluma; cuando se es joven se tiene el brazo fuerte y el espíritu altivo. Tome nota de ello el señor Palma, que puede que le convenga...

13. Las mujeres que no han parido no son mujeres todavía. La madre, he ahí el ideal.

14. Yo soy una equivocación de la naturaleza. Debí ser océano, río o volcán. Como el océano tengo furias, como el río arre-

batos, como el volcán rugidos.

15. Los que no saben odiar o son brutos o son malos. El odio es virtud de las almas buenas. El que es bueno odia, cuando menos, lo malo, donde lo encuentra.

16. Soy una fragua de odios...

17. ¡Oh, si de una puñalada se pudiera matar a la Maldad!

18. El día que la cirujía como corta el apéndice, corte el corazón, y se pueda vivir sin el, los hombres serán felices.

19. No hay nada más ridículo que un hombre pasando y repasando por la calle donde vive la mujer que le gusta.

20. Hay hombres que tienen aspiraciones demasiado bajas y hasta puercas. Sólo

lo aspiran a cagar. Conocí un poeta que decía: «con mi último libro me cago en Víctor Hugo». Un músico: «mi ópera X me da derecho para cagarme en la tapa del órgano». Un comerciante arruinado: «deje usted no más, que si me saco la lotería me cago en media humanidad». ¿Hay algo más sucio?

21. No se puede decir *un*, sino *el* poeta.

22. Esa vieja que camina tan oronda con sus formas descomunales, debe tener las ubres y las nalgas postizas...

23. El matrimonio sólo debería realizarse entre la gente acaudalada; pero siempre que el talento tenga cotización en la Bolsa. En ese caso yo pediría la mano de una millonaria, pudiendo, cuando se me preguntase: «¿Usted que tiene?», responder orgullosamente «¡mi talento!»

24. No hay el poeta tal o el poeta cual. El Poeta, es decir, la esencia poeta, no debe ni puede tener sino este nombre: poeta. En la vida no puede llamarse de otro modo porque está al margen de ella, Es algo sobrenatural; está entre la Vida y la Muerte, sin pertenecer a ninguna. Más bien, ellas a él le pertenecen. Es su conductor: puede darlas a quien le plazca.

25. Un empresario de cinemas es siempre un poco alcahuete. ¡Cuántos besos se dan los enamorados en la penumbra de los palcos! ¡Cuántas masturbaciones se hacen los viejos verdes y los colegiales tímidos al ver las piernas, brazos y senos de las artistas! ¡Oh!

26. El mejor síntoma de que la humanidad progresa es que el hombre se va aristocratizando más y más. La democracia, siendo una estupidez, conduce al salva-

jismo. Nada hay más asqueroso ni antihi-
giénico que la muchedumbre. El pueblo
siempre huele mal, aunque se bañe a diario.
A los obreros le sudan las manos. ¡Aj qué
asco! En tanto que un aristócrata es lim-
pio, aseado, galante y digno de que se le dé
la mano, pues, por lo menos, usa guantes.

27. Si yo fuera mujer tendría pudor
de mis calzônes. No los haría ver con na-
die; ni con la lavandera. Me ocultaría en
un cuarto y los lavaría yo mismo.

28. «El Poeta —habla Víctor Hugo, el
Maestro— es un mundo encerrado en un
hombre». Yo voy más lejos: digo que es
un planeta, un planeta mayor, como Mar-
te, Mercurio, Júpiter, etc. Y mayor que e-
llos aún. Los planetas giran al rededor del
Sol; el Poeta no. Son los planetas, los as-
tros todos, inclusive el Sol mismo, los que
giran al rededor del Poeta. Por eso es más
grande que ellos,

29. He leído todos los libros de Ramón Pérez de Ayala, de un cabo a otro cabo. No le pierdo ni una línea. Cuando estoy terminando de leer cualquier obra suya, ya sea novela, poesía o artículo, me pongo triste, porque me gustaría no acabarla nunca, y me digo: si hubiese siquiera cien Pérez de Ayala, España no sería lo que es!

30. Esos poetas llorones que tanto abundan en el mundo no conocen ni de oídas lo que es la tristeza, jamás han sufrido, nunca han tenido tratos con el Dolor. De buena gana les metería un puntapié en el culo. Se lo merecen.

31. Nada hay más expresivo que un ¡vaya Ud. a la mierda!

32. Castellanicemos cuantas palabras nos dé la gana, y no les hagamos caso a

los puristas. Casi todos son uncs asnos.

33. Los choferes son unas enciclopedias. Ellos conocen la mar de secretos. Si la señora Tal le pone cuernos a su marido con el señor Cual; si Fulanita no es virgen, pues un día Zutanita, dentro del automóvil, le rompió algo...; si doña Tantos y Cuantos, después de la suaré se metió al *camalito* del cánonigo Perencejo. ¡Oh, la sabiduría de los choferes!

34. ¿Qué es el Poeta? El Poeta es todo. Por eso no es posible bautizarlo. Si fuera necesario hacerlo de alguna manera, la palabra que más podría representarlo, pero sin abarcarlo en absoluto, es: Dios. Sí. Por eso cuando yo hablo de mí mismo, lo hago con unciosa reverencia, puesto que me refiero a Dios...

35. En una película. La mamá dice a

la hija, una cabrita que tira al monte: «Chiquilla, no está bien que des semejantes escándalos; fíjate en que aún no te has casado». Esto se llama aconsejar el adulterio.

36. Yo tenía un ejemplar de *Las Montañas del Oro*. Este es un libro raro. Parece que la edición fué muy reducida y que ya se ha concluído. Un día vino un joven a visitarme, y lo vió. Me rogó que se lo vendiera. Entonces yo me desaté en diti-rambos para el autor y para la edición, con el fin de pescarle al proponente más pesetas de lo justo. Mi amigo me dió lo que le pedí: veinte soles. Con ellos me compré unos calzoncillos. Ahora, el negociado me da risa. ¡Leopoldo Lugones convertido en ropa interior!

37. ¡García! García es un apellido muy vulgar. Hoy —¿por qué?— cualquiera apellida García. Llamarse así es una des-

gracia, una catástrofe, una hecatombe; es algo más terrible que un naufragio, un incendio, una tempestad; es peor que un latigazo, una bofetada, un escupitajo. Un hombre que se llame García, así, a secas, es, indiscutiblemente, un asno, un imbécil, un bruto. No se puede ser García y ser inteligente. Claro está que si el García tiene rabo la cosa cambia: García Calderón, García y Lastres, por ejemplo...

38. Pensando en lo imbéciles que son los cuerdos ¡cómo me gusta que digan: Hidalgo es un loco!

39. Aquí tenéis mi retrato. Voy camino de los veintitrés años. Soy delgado; no flaco. Roma la nariz. Abultada, como indicando que está repleta de pensamientos, la frente. Inteligentes y graves los ojos, no miran nunca lo que están viendo: parece que miraran más allá. Salientes los

pómulos. Las orejas...; nada tienen de particular las orejas. Bigote, negro de azabache, mozo, pero ya gallardo, corona el labio superior. El color del rostro no es blanco, tampoco negro, tampoco amarillo; es un color que no tiene nombre todavía: el color americano. Los cabellos tirados para atrás, en desorden, revueltos; se advierte pronto que no conocen las caricisas del peine, y esto los hace hermosos. Yo los he pintado de un solo brochazo en uno de mis sonetos más admirables:

..... Mi cabellera
como un tamulto de olas se levanta.

Soy feo, de una fealdad total; pero, genialmente feo. ¿Valgo menos por esto?

40. «¡Cómo gozo viendo a un espíritu fuerte sacudir el látigo vengador sobre los lomos de la idiotez universal!», dice Emilio Bobadilla.

Imagino que esta burra de Balaam; como le llama Vargas Vila, gozará como

chino con los palos que le atizo, puesto que él forma parte de la idiotez universal.

41. Un amigo me decía: - ¿Cuándo te casas hombre? El matrimonio es la felicidad. Mi señora es un angel.

Y yo pensaba para mi capote: - ¡Si supieras que duermo con ella!

42. El papel higiénico es necesario, pero es indecoroso. Cuando se lee un anuncio: «Papel higiénico, 50 centavos el paquete», se piensa, sin querer, en el W. C., en las nalgas y en lo demás...

43. A ratos no entiendo a Federico Nietzsche; pero es el filósofo que menos me desagrada.

44. Las mujeres no deberían escribir. Ellas han sido creadas para cuidar que la cocinera no se trague la comida, que las

gallinas no se metan a las habitaciones y que nuestros cuellos y camisas estén perfectamente limpios. No tienen talento para otra cosa. Sin embargo, como en todo hay excepciones. Gabriela Mistral es una de ellas. Leed un fragmento de una carta que me escribe esta genial poetisa: «Mi poesía hubiera interesado al hombre que quise, porque es sólo una parte de mi sangre, que salió de mi cuerpo. A un hijo mío pudiera también interesar, porque sería la mitad de las entrañas de que se hubiera arrancado. A un literato no debe ni puede interesarle. ¿Que por qué he publicado? Porque ciertos gritos no los lleva el viento hasta lejos, y la revista burguesa los lleva. ¿Que para qué escribo? Por lo mismo que no me emborracho: para anegar la página de lo que me está anegando a mí hasta darme una plenitud angustiosa. Bebería para adormecerme, si no fuera tan canalla, tan impuro el vino negro. Y escribo sola-

mente por que no tengo un hijo que admirar por las noches...»

Decidme ahora una mujer que habla y piensa de esa manera ¿no tiene derecho a escribir? Claro que sí. Pero es que esta mujer escribe con su propia sangre. Deja de ser mujer para escribir, puesto que es sincera. ¡Hay que admirar su heroismo!

Lo que son las aberraciones del Destino...¿Por qué Gabriela Mistral habría nacido en Chile?

45. Los hombres que pertenecen a la «Sociedad Protectora de Animales», son casi siempre los animales que quieren ser protegidos...

46. Alguien ha dicho que yo no tengo biografía, porque nadie a mi edad, la tuvo. No miente como un bellaco quien eso ha dicho, porque bellaco no es. Ese alguien, sépase, es uno de los más notables escritores

modernos de la América española. Si miente, miente como el que habla de una cosa sin estar seguro de conocerla bien. La edad no influye nada en la vida de un hombre, máxime cuando ese hombre es artista. Biografía es la historia de una vida. Y una vida ¿qué es? Es una evolución de sensaciones. Y para q'esa evolución se lleve a cabo no es necesario el trascurso del tiempo. No ya en veintitrés años sino sólo en un día se puede vivir. Yo he vivido veintitrés años, y bien pudiera asegurarse que son veintitrés siglos, porque cuando a un año de vida se le vive intensamente, ese año vale como un siglo.

47. Leyendo el juicio que en *Los Modernistas*, libro de Víctor Pérez Petit, hay sobre la obra de Gabriel d'Annunzio quiero confesar que me reí a más no poder. No del autor sino de los italianos. Allí he leído que hay en Italia un insigne escritor llama-

do nada menos que Jacinto Gallina. Tiene su lógica, después de todo, el tal apellidado: los italianos han sido, son y serán unos cobardes, verdaderas gallinas. Otro apellida Verga. Esto es inmoral. Si los clérigos de mi tierra leyesen el libro de Fétit lo excomulgarían por haberse atrevido a estampar semejante palabrota. Otro, por fin, para colmo de colmos, se llama Ugo G-jetti. Esto ya es sucio...

48. Acabo de tener una aventura con una chiquilla de esas que llamamos «honradas». Insisto en que las mujeres honradas no sirven para maldita la cosa. No saben ni menearse. Uno tiene que hacerlo todo. ¡Guerra a las mujeres honradas!

49. La m debería tener cuatro palotes, puesto que la n tiene dos.

50 Hoy he salido al campo. El cielo de febrero, limpio y claro, da al paisaje una tonalidad un poco gris que todo lo pone triste. Por un ancho camino carretero, en el que nunca se ve carretas, camino lentamente mientras León, mi perro, ya se detiene para rascarse frenéticamente las orejas o ya persigue con avidez inusitada el vuelo de una mariposa, de un moscardón, de un insecto cualquiera. Este camino carretero tiene dos filas de árboles, una a cada lado. Estos árboles tienen las ramas caídas como brazos de enfermo; están tristes, deshechos, tienen sed. Es tiempo de lluvias, y, sin embargo, no llueve o llueve poco. Las viejas dicen que es porque Dios se ha resentido de tanto hereje como hay ahora. Por otra parte, los curas repiten en las iglesias, desde el púlpito, lo que las viejas rezongan en las cocinas. «Hijos míos: Dios ha fruncido el ceño, allá en la altura, por la herejía de los hombres, y prue-

ba manifiesta de su enojo es la escasez de lluvias que nos llevará a una miseria espantosa en castigo de nuestros pecados».

Tras frases parecidas hacen correr un lagrimón por sus mejillas mantecosas. Naturalmente, las viejas se emocionan. «¡Oh, el santo cura ha llorado!». Después los tales reverendos organizan procesiones que llaman «rogativas», para pedir lluvias a los santos del cielo. Innecesario decir que con ese fin piden limosnas «para costear los gastos que ocasione tan piadosa ceremonia».

Me he sentado al borde de una acequia, en tanto que León ha comenzado a dar brincos por entre los maizales vecinos. La alegría de León, cuando le traigo al campo, me deja perplejo muchas veces. Parece que él también supiera comprender la sublimidad de la naturaleza.

El agua, cristalina y mansa, corre, cabe mis pies, sin hacer ruido, como si no quisiera turbar el éxtasis en que me hallo. Al

frente, un trigal ya dorado se mece con vaivén de remanso. De tiempo en tiempo, una ráfaga de viento lo sacude con fuerza, y entonces produce la impresión de un mar de oro, y yo cierro un momento los ojos y extendiendo los brazos hacia él, en actitud de lanzarme al agua...

Un ladrido del perro me vuelve a la realidad.

51. ¿Qué es lo que más les gusta a las mujeres? Abrirse de piernas.

52. El canto es, de las artes, la más baja y la que más se presta al ridículo.

53. Los imbéciles son habladores; los inteligentes, callados. El hombre ignorante tiende a decirlo todo; el culto, a meditarlo.

En cuanto a mí, hablo tan poco que mucha gente me cree mudo.

54. ¿La fotografía es o no un arte? Sí, lo es; pero es un arte mecánico, sistemático. El arte —en la acepción genuina de la palabra— debe ser espontáneo. Y la espontaneidad está enérgicamente reñida con el sistema.

55. Los monumentos no tienen importancia de ninguna clase. La escultura debería limitarse a perpetuar las formas de belleza universal. Un monumento de Victor Hugo, por ejemplo, por muy bueno que sea, será cuando más una caricatura de ese titán del pensamiento. Los mejores monumentos de los grandes hombres son sus propias obras.

56. Si los diarios suprimieran sus informaciones de «vida social», las hijas de familia se olvidarían de leer a tal punto que a los seis meses sería menester enseñarles nuevamente las primeras letras.

57. Todos los pintores que han querido retratarme han fracasado. Es porque mi actitud habitual me la dan el pensamiento y la meditación, y cuando *poso* no pienso ni medito en nada, como no sea en que el pintor es un animal. Por eso, el que ve un retrato mío, se dice, aunque esté muy parecido: «Hidalgo es ése; pero Hidalgo no está ahí». En efecto, yo nunca estoy en mis retratos; estoy en mí mismo. Hago una excepción: el pintor José Sabogal.

58. El *arte*, dice un crítico de pintura, —no recuerdo quién, no copia a la Naturaleza; copia a la Vida. Esto es una confirmación de mis palabras anteriores. El que logre traducir con los pinceles lo que yo represento en la Vida, ese será mi gran pintor.

59. La escultura es, después de la Poesía y de la Danza, el arte que más me satis-

face. Pero aún no ha llegado al culmen de la grandiosidad, Si yo, en lugar de poeta, hubiera nacido escultor, creo que habría hecho verdaderas maravillas. Sueño con una obra que dé una impresion cabal de un incendio magnífico, cuyas llamas terribles se elevaran hasta el cielo y ensombreciéndolo de hollín, con sus grandes polvaredas de humo, asustasen al propio Dios. ¡Qué hermoso!

60. Aprendamos a comprendernos y seremos felices.

61. Aquel que camina por la acera de enfrente es tan feo como debe de haber sido el hombre en sus orígenes. Podría servir de argumento para probar la teoría darwinista.

62. Mis libros pueden ser todo lo admirables que quieran mis amigos...y admi-

radores; pero yo valgo más que todos ellos. Y es que las palabras no pueden expresar, por más que se haga, lo que se piensa, lo que se siente.

Quizá en las interlíneas de mis escritos estoy más de cuerpo entero.

63. Un sacapotra de aldea compró una vez un caballo para que tirase el coche en que hacía sus «visitas» cotidianas.

—Este animal es muy inteligente, le dijeron al vendérselo.

En efecto; su primer acto fué estrellar el vehículo contra una pared, en la cual los sesos del medicucho quedaron pegados como estampilla.

Aquello fué una protesta: ¡un inteligente no podía estar al servicio de un imbécil!

64. En mi alma se puede ver, como a través de un cristal, las huellas que han dejado en ella las mil y mil sensaciones, que,

como aves pasajeras, se han marchado volando, para, otros días, volver quizás...

65. El comienzo de mi vida puede servir para último acto de una tragedia esquiliana. Mis padres abandonaron el suelo terrestre casi simultáneamente. Un medicucha llamado Ladislao Corrales Díaz, fingiéndose amigo suyo, les envenenó allá por el año 1901, para atrapar su hacienda que, a decir verdad, era bastante holgada. Con esto empezó para mí una época de amargura, la más amarga de mi vida: la niñez. Como el otro, puedo decir más tarde «yo no jugué de niño». Fuí creciendo en medio de un hogar que no era el mío; hostil, como que era madriguera de ladrones y prostitutas. No supe de las dulzuras del beso maternal. Cuando alguien, por acariciarme, me besaba, sentía como la hincadura de un alfiler. Las caricias de las viejas de la casa se me antojaban bofetadas; las ri-

sas, muecas de amenaza; los abrazos, serpientes de dolor; la alegría de los demás, sarcasmo de mi tristeza. ¡Oh, Dolor, yo te conozco desde niño!

66. He oído decir que el androginismo es vicio de los seres superiores. No es cierto. Hay burros maricones. El doctor José Pardo, presidente del Perú, puede servir de ejemplo...

67. Yo también soy académico de la lengua; pero de la verdadera. La manejo a las mil maravillas.

Quien lo dude, que se lo pregunte a las mujeres que he querido...

68. Hay crepúsculos que parecen menstruaciones...

69. Tengo un temperamento nervioso en grado superlativo. No puedo estar quie-

to en ninguna parte, ni sentado, ni de pie, ni tendido. El movimiento, he ahí mi estado habitual. Sólo cuando voy al campo y miro los árboles, las flores, el paisaje, me quedo tranquilo, casi en éxtasis.

70. Los críticos que se llaman imparciales y aseguran que juzgan sin apasionamiento, mienten como mujeres.

71. Estoy de acuerdo con Pompeyo Gerner, el gran pensador catalán, cuando dice: «La corrección de la dicción, de la frase, de la ortografía, eso se deja para el corrector de imprenta». Sí, señor. El escritor no debe ni puede preocuparse por esos detalles. Debe anegar de ideas las cuartillas, y echarse a dormir. Ahora, si se puede *escribir bien*: mejor; pero no es cosa esencial. Ya lo he dicho otra vez.

72. El hombre debería tener mujer,

to en ninguna parte, ni sentado, ni de pie, ni tendido. El movimiento, he ahí mi estado habitual. Sólo cuando voy al campo y miro los árboles, las flores, el paisaje, me quedo tranquilo, casi en éxtasis.

70. Los críticos que se llaman imparciales y aseguran que juzgan sin apasionamiento, mienten como mujeres.

71. Estoy de acuerdo con Pompeyo Gerner, el gran pensador catalán, cuando dice: «La corrección de la dicción, de la frase, de la ortografía, eso se deja para el corrector de imprenta». Sí, señor. El escritor no debe ni puede preocuparse por esos detalles. Debe anegar de ideas las cuartillas, y echarse a dormir. Ahora, si se puede *escribir bien*: mejor; pero no es cosa esencial. Ya lo he dicho otra vez.

72. El hombre debería tener mujer,

pero no madre, hijas ni hermanas. Es un desastre, caramba...

73. En la escuela mis compañeros me fastidiaban llamándome «zonzo». ¡Zonzo, porque no jugaba! Andaba siempre con la cabeza gacha, no por humildad, sí por tristeza. En las horas de recreo, yo, que tenía doce años, huía hacia los rincones oscuros, y allí leía con avidez novelas, folletines, libros de versos, todo cuanto en mi mano caía. Por esos años conocí a Lamartine, sobre cuya *Graziella* derramé muchas lágrimas. Cervantes, Julio Verne, Xavier de Montepín, Zorrilla, Núñez de Arce, Juan de Dios Peza, curiosamente amalgamados, me fueron familiares.

74. Cuando muere un gran hombre, hay llanto en la tierra; pero en el otro mundo, si le hay, debe ser día de fiesta...

75. Me carga que los escritores usen todavía frases convencionales: «la pluma con que escribo», «la lámpara de mi buhardilla». ¡Como si todavía se usaran esos utensilios! Ahora se escribe en máquina, que no con pluma, y en lugar de lámpara hay focos de luz eléctrica.

76. Cierta vez una mujer bastante apetitosa me dijo, estando ya para quitarme los calzoncillos:

—¡Si supieras cuánto deseo tenía de *estar* con un poeta!

Me puse los pantalones y salí precipitadamente, para no darle en el gusto. Sólo quería *estar* conmigo por curiosidad. ¡Qué lisura!

77. Antes de dar mis originales a la imprenta los leo unas cuarenta veces seguidas, y después de impresos vuelvo a leerlos otras cuarenta veces, porque, como Bal-

zac, no tengo «seguridad de expresión».

78. En esos días fríos del invierno, en que metidos en un rincón nos acurrucamos junto a la estufa sin conseguir calentarnos tanto como quisiéramos, cuando, de repente, sale el sol y se mete por las ventanas de la pieza, nos parece que nos hemos sacado la lotería.

79. A los quince años, en Lima, paseando por la Alameda de los Descalzos, ví, de distinta manera que a las demás mujeres, a una hermosa muchacha rubia, alegre, coqueta, elegante y grácil. Ambos nos hicimos una mueca y esa mueca fué una mutua presentación, porque comenzamos a hablarnos, como si de antiguo nos conociéramos. Citas nocturnas, a escondidas de sus padres, dióme la dama. Besos fueron del balcón a la calle y de la calle al balcón, como invisibles avecillas, apaciguando

nuestros entusiastas corazones. Una noche pedí a Lucila, que así se llamaba la ninfa, que saliera a la puerta. Dió pretextos ella, pero al fin accedió. Cerca de dos horas estuvimos juntos. Y nunca más volvimos a vernos. Pero yo recuerdo siempre que nueve meses después de aquella noche puede haberme nacido un heredero...

80. La tierra acaba de estremecerse de una manera terrible, apocalíptica y brutal. Como presa de salvaje escalofrío, ha temblado larga, dolorosamente. El pánico se ha apoderado de mi espíritu. ¿Qué son los temblores de tierra? ¡Misterio! La ciencia tratará en vano de explicarlos. Pero a mí se me antoja que deben ser ecos de las carcajadas de un Fausto inverosímil.

81. A Blasco Ibáñez yo no le veo la punta. Sus novelas son todas, si no de imi-

tación, de adaptación. Puro Zola, pero sin la fuerza ni la genial desenvoltura de ese gran generador de novelas.

Su estilo es soporífero, incoloro, vulgar. Sus pensamientos son raquíticos. Parecen viejos convalecientes a quienes tiemblan las piernas, y si alguien, por un acaso, se antoja de moverlos, se van al suelo y se maltratan las narices.

En materias sociales no va más lejos que cualquier vulgar republicano con humos de socialista. Sus ideas, si son suyas, las traduce en gritos, ademanes, amenazas y alardes. Produce la impresión de un cerro atado a la cola de un caballo desbocado que corriese vertiginosamente. ¡Pura bulla, y en el fondo nada! Así hasta yo podría resultar apóstol.

Como todos, o casi todos, los evangelizantes, nunca pone en práctica sus prédicas. Aconseja la virtud, y se deleita elogiando al populacho, que, en España, In-

Inglaterra, Francia, China, y en todas partes, es fuente de vicio y corrupción. Celebra la democracia, y vive como burgués. Aplaudiva la honradez, y es un estafador de tomo y lomo.

Quien no crea esto último que lo pregunte a los argentinos.

82. ¿Por qué todos los diarios han de llamarse «La Prensa», «La Nación», «El Pueblo», «La Patria», «El Herald», etc.? Cambien de cliché, señores periodistas; yo os lo ruego!

83. Las moscas desean la inmortalidad más que los hombres. Es evidente. Defecan donde pueden, con el objeto de que nosotros digamos: «aquí ha habido moscas» ¡Vaya usted a ver!

84. ¿Que por qué tengo la rabusión de la lechuza y la maldigo cada vez que la veo?

Porque tiene cara de mujer.

85. Cuando a un escritor le llega la Gloria es siempre demasiado tarde. Se le podría decir con frase de Federico Hebbel: «Por qué no habéis llegado ayer, por qué no antes de ayer?»

86. Hoy, en pleno vigor cerebral, he envejecido demasiado pronto. Mi espíritu no tiene las inquietudes de otras épocas. Diez años de lecturas jamás interrumpidas han acabado por modificar de golpe y totalmente mi alma de niño caprichoso. Sólo queda en mí la rebeldía innata contra todos los ídolos y todas las tendencias. Yo quisiera destruir, aunque fuera a base de dinamita, los monumentos que perpetúan la memoria de hombres muertos. «El Pasado, he ahí el peor enemigo de la Humanidad», suelo decir frecuentemente.

87. —¿Qué es lo que desean las mujeres?

—Que las miren; nada más. Ellas se encargan del resto.

88. En un banco de un jardín público estoy sentado junto a mi amigo Toribio Ponce, que es pintor, y como yo, un alma. Ante nosotros pasan las buenas gentes lugareñas, con sus caras de estupidez y de alegría, y muchas se dirán, al ver cómo contemplamos, sin decirnos una palabra, las copas de los árboles, que somos unos pobres idiotas. ¡Como si hubiese algo más elocuente que el silencio!

Pero no, no estamos mudos; estamos conversando con los árboles. Nuestras miradas y el movimiento de sus ramas son las palabras.

—Los cipreses, Toribio, son más inteligentes o, mejor dicho, menos torpes que los hombres, digo cortando el silencio como con una cuchillada.

—¿Por qué?

—Porque son tristes.

89. Hay mujeres que tienen miradas ganzúas. Nos miran de tal modo que parece que estuvieran abriendo las puertas de nuestro espíritu y contemplándonos tales como somos. No es posible engañarlas. ¡Qué horror!

90. Un camarada me decía con insistencia que llegó a cargarme:

—Yo quisiera meterme de sirviente en el palacio de cualquier monarca, para ver de cerca qué comen, cómo duermen, qué cosas dicen los reyes.

Un día, caliente ya, le dí en mi casa una plaza de lustrabotas, para que saliese de la curiosidad. Y ahora dice por esas calles que los reyes vivimos, pensamos y hacemos como cualquier hijo de vecino.

91. He tenido tratos con artistas.

¿Quién querrá creer que a pesar de ser *artistas*, se enamoran como cualquier mujer y como cualquier mujer son románticas, histéricas y soñadoras?

92. Don Manuel González Prada acaba de morir. El cable nos trae la noticia con laconismo desconsolador. Lloremos la desaparición del Maestro.

Fué González Prada poeta, orador, filósofo, periodista, crítico, panfletario, hombre de bien. En todo sobresalió como el que más. Pero en lo que no tuvo rivales fué en la prosa. El supo dar al castellano ductilidad y soltura dentro de una entonación de trueno andino. Tiene períodos que suenan cual tropel de potros vertiginosos, cuyos cascos arrojaran chispas luminosas como luciérnagas fantásticas en la negrura de una noche tropical.

Ninguno de los más afamados estilistas modernos de lengua española domi-

nó el idioma con más nobleza y donosura que él. Ni Valle-Inclán, ni Rodríguez Larreta, ni Azorín. Valle-Inclán es epidérmico, invertebrado, gelatinoso; su prosa es fofa como carne de hembra de alquiler. Larreta es ambiguo, poco espontáneo y nada original; deja columbrar el esfuerzo del cincel, la prolijidad del retoque. Azorín—el grande y genial Azorín, la gloria más pura de la literatura española actual, díganlo *Castilla*, *Los Pueblos*, *La Ruta de don Quijote*, *Al Margen de los Clásicos* y tanto libro admirable—, peca de monocorde, es algo monótono, recalcitrante a veces. González Prada marca época en el desenvolvimiento de la prosa castellana. Su discurso en el teatro Politeama, de Lima, sus artículos sobre Víctor Hugo y Castelar, su ensayo *La Muerte y la Vida*, tienen la precisión y nobleza de líneas de mármol griego, y quedarán como modelos de dicción, de espontaneidad y solidez.

«Cualquier plumada suya,—dice Blanco-Fombona en el estudio que va como prólogo de *Páginas Libres*, edición «Andrés Bello»—aún la que parezca más instintiva, es dada a conciencia. Jamás tropezáis en su obra con el villano lugar común ni en sus predios con huellas de alpargata. Este demócrata no olvida su origen ni su temperamento señoriles. Escribe en bronce de Corinto. Su prosa metal, sonoro y brillante, chispea y repercute.

»El pensador gusta iniciarse con una frase rotunda de imagen o imágenes audaces. En seguida la claridad inunda la página. Original en todo, enmienda, como véis, la plana a la Naturaleza: primero el trueno y luego el relámpago.

»Corre de su pluma la frase cálida, chorreando vida. Adjetivar es lo más escabroso y peliagudo. González Prada adjetiva artimañosa, oportuna y a veces ferozmente. Clava un epíteto como un puñal. Acuden

los adjetivos en ocasiones a la pluma del pensador como pájaros señeros a un reclamo eficaz».

«Prosa de un dinamismo extraordinario la de González Prada. Salta de período en período con la agilidad de un torrente que se desmelená de roca en roca; pero en la espontaneidad aparente (*¿aparente no más?*) de aquella prosa hay estudio y disimulo de esfuerzo; es decir, arte de buena ley, oro de diez y ocho quilates.

Relativos, gerundios, lánquidos incisos eslabonados; lo ficticio, lo frondoso; los purismos, los arcaísmos; todo lo inútil y baldío desaparece en González Prada. Queda el nervio: lo que vibra; la concisión: lo que hiere; la idea: lo que ilumina: la imagen: lo que deslumbra.»

Para mí es doblemente dolorosa la noticia de la muerte de González Prada, porque con él pierdo no solamente un maestro sino también un amigo que quería y respe-

taba como a padre. Aquel viejo insigne que —como he dicho en unos versos— parecía una estatua griega que se hubiese animado, la pasaba tranquilamente en su retiro de la Biblioteca Nacional, lleno de decepciones, pero sin amarguras. Casi todos sus amigos, aquellos a quienes, como nodriza espiritual, amamantó con sus lecciones de honradez, de virtud y de civismo, le abandonaron en la vejez, para ir, como perros hambrientos, a lamer las plantas de los potentados, a cambio de un mendrugo humillante. Yo desde que le conocí, le supe amar. Y tengo la pretensión de creer que fuí de los pocos en que él depositó confianza.

Desde hace algún tiempo tengo el proyecto de consagrar todo un libro a loar sus méritos de hombre, de escritor y de amigo. Hoy que el cable trae la terrible noticia de su muerte, quisiera comenzar; pero me es imposible, porque las lágrimas

están anegando ya la página en que escribo estos recuerdos...

93. Mi sueño ideal es que una mujer se suicide por mí. Sólo cuando eso suceda creeré que las mujeres comienzan a ser buenas.

94. Juan Ramón Jiménez es un poeta sietemesino. Todo en él es débil, tembloroso y raquítico. Su espíritu es sensiblero y llorón, rayano en mujeril. Ingenuo como niño enfermizo, se cree todo lo que le dicen. Y así, un buen día se pone a escribirle versos a una señorita limeña que le mandaba unas cartas sentimentales. Se enamora de ella violentamente, y entonces la escribe avisándola que iba a ir a Lima, con el objeto de conocerla...y de casarse. Georgina Hübner, que así se llama la ninfa, se pone en comunicación con el cónsul del Perú en Barcelona, y le hace decir que ha

muerto. Jiménez llora como una Magdalena: «¡Has muerto! ¿Por qué? ¿cómo? ¿qué día?» «¿Y yo, Georgina, en tí? Yo no sé cómo eras...morena? casta? triste?» No había tal Georgina; es decir, sí la había: era el señor José Gálvez, mal poeta y mal amigo...de Jiménez.

Este Gálvez tiene el mal gusto de imitarle. Su libro *Bajo la luna* es un ejemplo. No contento con desvalijarle le enamoró fingiéndose mujer. Y lo consiguió, ¡ya lo han visto ustedes!

¡Pobre Juan Ramón Jiménez, tan mal poeta y tan...(no sé cómo decirlo) tan...tan cojudo! Esa es la palabra.

95. Los gordos tienen el talento en la barriga.

96. Debía reglamentarse el formato y volumen de los libros. Los demasiado grandes o voluminosos nos fastidian siempre. Hay ciertos librotos que no hemos leído.

do ni leeremos jamás, por lo grandes que son. Les tenemos miedo. Pero si estuvieran en tres, cuatro o veinte volúmenes pequeños leeríamos ávidamente.

97. Aceptemos por un momento que en el embarazo de la Virgen María no hubiera habido acción carnal, que fué obra y gracia del Espíritu Santo. ¿Y la preñez? ¿Por qué los pintores, que pintan a María de tantas formas, ya llorando, ya con el hijo en brazos, etc., no la pintan con la barriga hinchada?

98. «Las ideas no son como las estampillas de correo, que sólo pueden usarse una vez», ha dicho, si mal no recuerdo, don Miguel de Unamuno. Seguramente muchas de las nuestras se les han ocurrido a otros escritores; pero eso no quiere decir que les plagemos. El plagio no está precisamente en el *fondo* sino en la *forma*. Los poetas que copian los *procedi-*

mientos de otros, esos son los plagiarios, y a esos hay que escupirles en la cara.

99 —Aquel hombre debe ser muy inteligente: en los ojos se le conoce. Quisiera saber en que se ocupa, para admirar sus obras.

—La inteligencia, amigo mío, es como fluido magnético: se escapa por donde puede. Ese hombre no hará jamás nada de provecho, porque la inteligencia se le sale por los ojos. Los de ojos humosos, medio torpes, son generalmente los que valen más.

100. «No hay nada tan bueno como las mujeres que no se consiguen», dice Huysmans, el interesante novelista de *Lábas*. En efecto, antes de la posesión nos imaginamos de ellas maravilla y media; pero después vemos cuán iguales son las unas a las otras, cuán intolerables, cuán raras. Y es que las mujeres nos hacen un

daño terrible al entregársenos, porque realizan con la entrega una especie de asesinato, el asesinato de nuestras mejores ilusiones.

101. ¡Comer! ¡Qué cosa más grotesca! Cuando comemos parece que el espíritu nos abandonara, que se marchase quien sabe adónde, como si tuviera asco de nosotros mismos.

102. Los grandes tragaldabas son brutos. Cuando se sientan a la mesa comen y comen sin decir palabra, y después, llenos y abotargados, agudizan su ingenio, que también los burros son ingeniosos, y a modo de pluscafé lanzan chistes perfumados de regüeldos que hacen desternillarse a los chicos de la casa.

103. Se me antoja que antes de inventar el fonógrafo, Edison debió oír mucho a los oradores...

104. Los borrachos exhiben por las calles su vicio vergonzante con el mismo impudor con que las prostitutas enseñan las piernas.

105. La filosofía es algo llamado a sucumbir. No tiene razón de ser. Cuanto más queremos entenderla, más nos fastidia. Estoy profundamente de acuerdo con Giovanni Papini cuando dice que la filosofía no sirve para nada. Sin embargo, éste afirma que puede sobrevivir como género literario. Ni así la aguantaríamos. Llegaría a cargarnos como las novelas de folletín.

106. Fíjese bien. Aquel viejito que está en aquella mesa sorbiendo apaciblemente su vaso de cerveza, debe haberse escapado de una de esas oleografías que adornan las cantinas populares.

107. No existe la vocación profesional. Los individuos se dedican no a lo que quisieran sino a lo que su raza les impone, sin que ellos mismos se den cuenta de la imposición. Los ingleses son comerciantes; los españoles, poetas; los italianos, pulperos; los alemanes, militares, y así por el estilo. Si yo, por ejemplo, en vez de español fuera japonés, a esta hora no estaría escribiendo sino manejando una navaja de barba o unas tijeras en el fondo de cualquier peluquería.

108. Quisiera ser ciego para apreciar lo que vale la luz...

109. El lujo ha consistido siempre en los atavíos con que hombres y mujeres se presentaban en público; ahora, al revés, consiste en no llevarlos y mostrarse sencillos, si posible desnudos; pero en cambio se atavía a los sirvientes con cuanto derroche

es dable. De allí resultan los entorchados y levitas de nuestros mayordomos y las sedas y perfumes de nuestras mucamas. Esta época es tan ilógica...

II0. La moda de los sombreros con plumas que llevan las mujeres tan orondamente es de mal gusto, pero lógica. Generalmente las que tienen más y mejores plumas son las mujeres que a más hombres han «desplumado»

III. Un librero del Cuzco, del Cuzco había de ser, me ha robado vilmente. Le mandé unos libros míos para su venta. Los vendió ya; pero no quiere darme cuenta ni dinero. Diré su nombre para que conozcáis al apache: Héctor G. Rozas. ¡Que se pudran las entrañas de que nació!

II2. El robo se justifica según los casos. Robarle el corazón a una mujer, si lo

tiene, que lo dudo, es meritorio.

113. El editor o el librero son para el autor lo que los agiotistas para los horteras. Los autores deberíamos formar un complot con el objeto de saquear a los libreros. Les robaríamos,—siempre que se dejaran, por supuesto—, sin temor de perder el alma, puesto que «quien roba a un ladrón tiene perdón de Dios».

114. Para muchos la apostasía es un defecto; para mí, un mérito. El que cambia de opinión, las más de las veces, es inteligente y progresista; al revés del que se estanca, se cristaliza. Los conservadores se asemejan a los brutos: se aferran a un capricho y nada ni nadie los convence de lo contrario.

115. Me deleita la contradicción. Cuando contradigo mis opiniones de media hora

antes salto de júbilo, y grito: ¡cuánto he vivido en media hora!

116. Hoy, en prosa, soy panfletario; en verso, épico unas veces y otras objetivo. Es posible que mañana sea dulzón en lo primero y lírico y sentimental en lo segundo. Mi espíritu es volublemente intranquilo. Ahora mismo siento que la tendencia mística me atrae como imán poderoso. Quizás lo que hoy condeno será lo que aplauda mañana. No busquéis en mí firmeza ni me la pidáis. ¡Comprendedme, os lo suplico!

117. Claudio Farrere, escritor tan de moda, es como esos pastelitos, de moda también, que, entre nosotros, se llama «repollo», y que están rellenos con toda suerte de cremas. Gusta al principio; pero después empalaga con sus exotismos, poco exóticos en verdad, mas sí empalagosos co-

mo la crema de los aludidos pasteles de a dos por cinco centavos.

118. Los cobardes usan zapatos marca «Villadiego»...

119. Mi técnica es igual a la de un militar europeo cuyo nombre no recuerdo: atacar mientras más solo esté y más débil sea!

120. Los peruanos son torpes pero lógicos. Seamos justos. En el Perú—no sé de otros países—las calles tienen el nombre de «cuadras». Cuadra, en buen castellano, quiere decir caballeriza. Como en mi patria no viven sino caballos...

121. Ver un italiano y no acordarse de los rabioles y los tallarines es algo humanamente imposible.

122. José Ortega y Gasset, ante la literatura castellana del momento actual, yergue su figura inmensa de pensador austero y ponderado, como faro encendido que desde la playa saludase con sus guiños de luz maravillosa a los jóvenes de hoy, naufragos fugitivos de una tempestad que los Trigo, los Rueda, los Valle-Inclán, los Alvarez Quintero, los León, los Insúa y tantos otros quisieran alumbrar con sus lucecillas fanfarronas y pirotécnicas.

123. Los períodos largos, como el anterior por ejemplo, son como los carretes de hilo: se les tira de un extremo y no tienen cuando acabar. Quédense para los Castelares, que nosotros no los podemos ni leer ni escribir. Sin embargo, sirva de muestra ese botón.

124. El final de toda discusión es casi universal: ir a casa del dentista para que

ponga los dientes en su sitio...

125. Algunos críticos literarios de aquende y allende el mar se me antojan subprefectos, subprefectos de la América del Sur. Esgrimen cánones retóricos o gramaticales, a modo de «varas de la ley», y sus únicas armas son la insolencia y el abuso.

126. Las representaciones de ciertas zarzuelas, argentinas especialmente, sólo merecerían el nombre de espectáculos si a esta palabra se le quitara el acento...

127. Para castigarme a mí mismo por haber cometido el delito, el tremendo delito de haberme enamorado, publico este poema en tres sonetos, que llamo *Idilio de quince días*. Gracias a Dios que sólo fueron quince. Creo que es una estupidez enamorarse: no hay mujer que lo merezca. Un par de ojos diabólicamente bellos, unos

muslos suaves, rosados y perfectos como de Venus griega, unas caderas de ánfora, unos senos divinos cuyos pezones sublimes supieron estrujar mi boca y un maravilloso espíritu comprensivo, me sorbieron los sesos. Hoy que los he recuperado me da vergüenza el pensar que tuve la torpeza de enamorarme ciegamente siendo ya hombre: el amor es cosa de niños y de locos. Menos malo que me castigue yo mismo. Leed:

I

LA PROTESTA INTERIOR

Criatura doliente, alucinada,
la frente gacha, pero el alma erguida,
en la noche, en la tarde, en la alborada,
me iba por las llanuras de la vida.

Y te encontré, mujer. Y tu mirada
me encontró: era una lámpara encendida.
Cerré los ojos para no ver nada;
pero ví... Y el Amor me hizo una herida.

Y yo que fuí guerrero me hice esclavo,
y me volví cobarde, siendo bravo,
y en vez de apostrofar, quedé en mutismo.

Hoy pregunto por mi alma: ¡no la encuentro!
Y ando a tientas, temblando, hacia mi adentro,
como loco, buscándome en mí mismo...

II

EL ADIOS

Mi pobre corazón se va a partir
con la separación trágica y cruel.
Sobre la arena del Dolor—lebre
huraño y moribundo—iré a gemir.

Todo fué para mí gozar, vivir,
fué todo para mí luna de miel;
¡y me dejas, al irte, en el bajel
que conduce a las playas del morir!

Ya calló mi trompeta de cristal,
ya se apagó la luz de mi ilusión,
ya en mi jardín brota una flor de mal.

Y hoy tengo la diabólica obsesión
de ver que en un cortejo funeral
cargó el cadáver de mi corazón...

III

EL RECUERDO

En los días que el tedio me aletarga,
bajo el quemante sol suelo ir al mar;
y le contagio mi tristeza amarga,
pues las olas comienzan a llorar.

Entonces pienso que la vida es larga,
que Schopenhauer supo razonar;
y el *Colt* me mira con su gruesa carga
de seis balas, queriéndome azuzar...

Y cuando todo en mi interior es niebla,
pronto, de llamas de ilusión se puebla
mi envejecido y rudo corazón,

porque recuerdo que en su fondo aún arde
esa esperanza que encontré una tarde
dormida en tus ojeras de carbón...

128. Maldigo a Dios porque me dió talento. ¡Quisiera ser un asno!

129. Días antes de que el cable anunciara la muerte de Amado Nervo, le envié a Buenos Aires dos libros míos. ¡Qué desgraciados! ¿A qué manos irán a parar? ¿Qué ojos profanos se posarán sobre sus páginas? ¿Qué dedos torpes desdoblarán sus pliegues? Es triste que haya muerto. Lo siento por mis libros: ¡cuánto le hubieran gustado!

130. Se goza más deseando a una mujer que poseyéndola.

(Se me dice que este pensamiento ha sido expresado ya antes de ahora. No importa. De todos modos es mío, absolutamente mío, puesto que a mí también se me ha ocurrido.)

131. Quisiera escribir cartas a mis a-

migos muertos. ¿Habrá oficina de correos en el otro mundo? Si la hay, debe haber mejor servicio que aquí. Las estafeteras serán menos feas, los repartidores más honrados y los administradores más amables que en la Tierra...

132. Para mi consagración definitiva me basto yo solo. No necesito los elogios de nadie. Pero me gusta oírlos tanto como a los niños engreídos les place que se les acaricie el mentón y se les diga piropos...

133. El buen gusto actual sólo tiene de bueno el no ser bueno de verdad. Y si lo fuera tendríamos que hacernos partidarios del mal gusto.

134. Con las mujeres hay que hacer como con los cigarrillos: arojarlas a tiempo, para no quemarse...

135. Hay tragedias más trágicas que las de Esquilo. Por ejemplo: el que a un caballero le pique una pulga en la entrepierna, mientras baila con una dama de respeto en una suaré aristocrática.

136. Florentino Alcorta ha muerto en un balneario de Lima. Lloremos una elegía sobre la tumba de ese escritor por mil motivos odiado y por mil motivos insigne.

Incomprendido en vida, acaso mañana, cuando se haya depuesto prejuicios canallescos y cobardes venganzas, habrá de reconocerse los méritos altísimos de este cojo terrible, especie de Lautremont criollo, que supo descargar bizarramente sus mandobles formidables sobre los lomos de la estupidez peruana.

La vida obligó a Alcorta muchísimas veces a alquilar su pluma, una pluma que supo de las hiperbólicas indignaciones de Víctor Hugo y las acerbas ironías de Voltaire. La alquiló vilmente, porque el estó-

mago de una criatura, hija suya, le pedía pan a grito herido. ¡Perdonémosle! Y reconozcamos que fué uno de los más grandes escritores de la patria.

Quizá ninguno de nuestros escritores, muerto ya Prada, conoce ni maneja el idioma castellano con tanta hondura y brillantez cómo él conoció y manejó. Sin pretenderlo nunca, Florentino Alcorta hizo escuela en el Perú. Casi toda una generación de periodistas ha aprendido de él gracejo, donosura y flexibilidad.

Panfletario temible, él, durante mucho tiempo, abofeteó con su prosa restallante los rostros lobunos de casi todos nuestros políticos y las caritas afeminadas y barbilindas de casi todos nuestros literatos. Aquéllos y éstos le odiaron y maldijeron por eso.

Muchas veces fué injusto, es verdad; lo cual no quiere decir que lo seamos con él. Y así mientras hoy día, muchos menguados se regocijan con la noticia de su muerte,

yo, justiciero siempre, escribo estas palabras, para que a modo de rosas negras alegren el silencio severo de su tumba...

FIN

INDICE

BIBLIOTECA REGIONAL DE AREQUIPA
"MARIO VARGAS LLOSA"

TIPO DE ADQUISICIÓN

CANJE

☐

DONACIÓN

☐

COMPRA

☐

| | |
|------------------|---|
| DEDICATORIA..... | 5 |
| PROLOGO..... | 7 |

LIBRO I. - POLITICA

| | |
|--------------------------------|----|
| Augusto Durand..... | 19 |
| José Pardo..... | 27 |
| Nicolás de Piérola..... | 35 |
| Mariano Ignacio Prado..... | 43 |
| Andrés A. Cáceres..... | 49 |
| Mariano Nicolás Valcárcel..... | 55 |
| Oscar R. Benavides..... | 58 |
| Jóse de la Riva Agüero..... | 63 |

II. - APUNTES

| | |
|-----------------------------------|-----|
| Homero..... | 73 |
| Cervantes..... | 77 |
| Vargas Vila..... | 81 |
| Darío y Almafuerte..... | 85 |
| Emilio Bobadilla..... | 89 |
| Rufino Blanco - Fombona..... | 93 |
| Los hermanos González Blanco..... | 99 |
| Ramón del Valle - Inclán..... | 105 |
| Federico Hebbel..... | 111 |
| Eduardo Marquina..... | 117 |
| Ricardo León..... | 121 |
| Victor Pérez Petit..... | 127 |

III. - OPINIONES

| | |
|--------------------------|-----|
| Camila Sánchez | 133 |
| Los poetas chilenos..... | 141 |

IV. - CARTAS

| | |
|-------------------------------------|-----|
| A don Ramón Vinyes..... | 167 |
| A don Abelardo M. Gamarra..... | 179 |
| A don Gregorio Castañeda Aragón.... | 187 |
| A don A. Roco del Campo..... | 195 |
| A don Luis Varela Orbegoso..... | 199 |
| A doña N. N | 205 |

V. - CRONICAS

| | |
|-------------------------|-----|
| Un poeta..... | 213 |
| Alma viajera..... | 219 |
| Los perros..... | 225 |
| ¡Señor Presidente!..... | 229 |

VI. - ATOMOS

| | |
|-------------|-----|
| Atomos..... | 239 |
|-------------|-----|